

Bolivarianismo versus Monroísmo

CONTRAPUNTEO ENTRE LA DIGNIDAD Y EL INJERENCISMO

José Gregorio Linares



C O L E C C I Ó N B O L Í V A R X X I

Bolívar

Centro de Estudios
**Simón
Bolívar**



Bolivarianismo versus Monroísmo

CONTRAPUNTEO ENTRE LA DIGNIDAD
Y EL INJERENCISMO

Bolivarianismo versus Monroísmo

CONTRAPUNTEO ENTRE LA DIGNIDAD
Y EL INJERENCISMO

José Gregorio Linares

Centro de Estudios

**Simón
Bolívar**



© Centro de Estudios Simón Bolívar, 2020

© Centro Rodriqueano de Investigación Social para la Latinoamericanidad (CRISOL)

Coordinadora Editorial

Alexandra Mulino

Editor-Corrector

Carlos Duque

Revisora

Alejandra Barreto

Diseño de portada

Alejandro Calzadilla

Diseño y diagramación

Odalís C. Vargas B.

ISBN: 978-980-419-071-1

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2020001200

*Al equipo organizador del programa de Formación
Caracas Insurgente, promotor del bolivarianismo.*

*A Luis Cipriano Rodríguez, Arístides Medina Rubio
y Luis Antonio Bigott, maestros bolivarianos.*

*A mi madre y a mi padre, humildes bolivarianos a
quienes extraño todos los días.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
I. Orígenes del conflicto entre Bolivarianismo y Monroísmo: la Colombia de Miranda y la de Bolívar	17
MONROE VERSUS MIRANDA	19
MONROÍSMO VERSUS BOLIVARIANISMO	23
II. Monroe conspira contra Miranda	29
MIRANDA APOYA A EE. UU. ¿EE.UU. RESPALDA A MIRANDA?	31
MONROE CONTRA MIRANDA: EXPANSIONISMO VERSUS INTEGRACIÓN	35
III. Estados Unidos contra Bolívar	39
EMBAJADOR ESTADOUNIDENSE IRRESPETA AL LIBERTADOR	41
IRVINE VERSUS BOLÍVAR: ALTERCADO ENTRE LA INSOLENCIA RINGA Y LA DIGNIDAD BOLIVARIANA	45
ESTADOS UNIDOS Y EL GOLPE PARLAMENTARIO CONTRA EL PRESIDENTE SIMÓN BOLÍVAR	49
UN GRINGO Y UN PERUANO (TUDOR Y LUNA PIZARRO) ENEMIGOS DE BOLÍVAR	53
LA PRIMERA AGRESIÓN ESTADOUNIDENSE CONTRA VENEZUELA	57
SOLES Y RAYOS DE BOLÍVAR	61

SUCRE Y BOLÍVAR ANTE LA AGRESIÓN EXTRANJERA	65
ANDRÉS BELLO ANTIMPERIALISTA	69
IV. Peticiones, injerencia, invasiones y bloqueos	73
OLIGARCAS SOLICITAN INVASIÓN EXTRANJERA	75
LA REPÚBLICA DEL ZULIA Y PANAMÁ, DOS INVENTOS GRINGOS	79
¡SOCORRO, VIENE UN GRINGO!	83
PACTO SECRETO CONTRA EL IMPERIALISMO	87
INVADIR NO ES VENCER	91
CIPRIANO CASTRO EN LA CARACAS INSURGENTE	93
¿ORACIÓN POR LA GUERRA O CREDO POR LA PAZ?	97
INVASIONES HUMANITARIAS	101
RAZONES PARA INVADIR	105
VISITAS DE FIN DE AÑO	107
BLOQUEO CONTRA HAÍTÍ	111
MANOS FUERA DE VENEZUELA	115
V. Las armas del Monroísmo	119
OPERACIÓN BALBOA: PASADO Y PRESENTE	121
AGENCIAS DE NOTICIAS ¿LIBERTAD DE EXPRESIÓN O DE MANIPULACIÓN?	125
LA MENTIRA POLÍTICA COMO INSTRUMENTO DE DOMINIO	129
OEA: INJERENCISMO E INDIGNIDAD	133
JAMES BLAINE Y LOS ORÍGENES DE LA OEA	137
<i>GOOD BYE</i> , OEA	141
LA AYUDA MÉDICA HUMANITARIA	145
MATAR DE HAMBRE: TÁCTICA DE GUERRA NAZI	149
JUGAR LIMPIO: ¿QUÉ DEMOCRACIA?	155
LA NESTLÉ EN LOS PAÍSES POBRES: EL GATO EN LA FIESTA DE LOS RATONES	159

VI. La Colombia santanderista: Alfil de EE. UU. contra Venezuela	163
COLOMBIA LA GRANDE, Y LA OTRA	165
LA INVASIÓN DE COLOMBIA Y EE. UU. CONTRA VENEZUELA	167
DERECHA: INTRANSIGENCIA Y ENTREGUISMO	171
¿COLOMBIA O COLONIA?	175
SITIAMOS UNA PLAZA: CARTAGENA EN 1815	179
BOLÍVAR Y LOS VENEZOLANOS EN LA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA	183
SANTANDER Y LOS MALANDRINES FOLLONES	189
USA: MATAR A GAITÁN, ASESINAR LA PAZ	195
RACISMO E IMPERIALISMO EN COLOMBIA	199
JULIO LONDOÑO, UN PROYECTIL DE LARGO ALCANCE	203
LLANEROS VERDADEROS Y LLANEROS USURPADORES	209
LAS SEMILLAS IMPERIALES, SIMIENTES DEL MAL	213
LA ÉLITE DE COLOMBIA CONTRA BOLÍVAR	217
A MODO DE CONCLUSIÓN: LOS VENEZOLANOS UNIDOS FRENTE A LAS AMENAZAS IMPERIALES	221

INTRODUCCIÓN

Los Padres de su Patria

Nuevamente el gobierno de Estados Unidos amenaza a Venezuela y pretende someternos. Ignora que somos un pueblo digno y rebelde. La base fundamental de nuestra dignidad y la fuente de inspiración de nuestra rebeldía la constituye el legado del Libertador, quien se ha erigido en símbolo de emancipación continental. Enfrentado al bolivarianismo surgió el monroísmo como doctrina injerencista e imperial, preconizada por la élite gobernante de Estados Unidos y por las oligarquías que gobiernan sus protectorados en Latinoamérica.

A lo largo de la historia republicana ha habido un contrapunteo entre el bolivarianismo y el monroísmo. El bolivarianismo defiende la independencia, la soberanía nacional, la autodeterminación de los pueblos, la integración suramericana, los proyectos de justicia social. El monroísmo, por el contrario, promueve la dependencia, el injerencismo, la desigualdad, la injusticia. Son dos proyectos opuestos en permanente pugna.

Algunos venezolanos, aunque viven en nuestro país, se sienten ciudadanos de USA y esa es la nación a la que enaltecen. Cada 4 de Julio, día de la independencia de Estados Unidos, experimentan nostalgia por su verdadera Patria. Cuando se denuncia la política imperialista de EE. UU. hacia Venezuela, sienten rabia y frustración. Lamentan haber nacido aquí, donde hay gente que critica a esta potencia y a sus presidentes. En especial les incomoda que se hable tanto de Bolívar y su legado, cuando deberíamos regirnos por el ideario y la obra de los Padres de su Patria.

Veamos qué proponían y qué hacían los padres de su patria cuando Bolívar, Padre de la nuestra, liderizaba la lucha por la independencia, la integración suramericana y por instaurar un gobierno que garantizara “la mayor suma de felicidad posible”. Durante la gesta independentista suramericana y caribeña hubo cinco presidentes en EE. UU.: Thomas Jefferson (1801-1809), James Madison (1809-1817), James Monroe (1817-1825), John Quincy Adams (1825-1829) y Andrew Jackson (1829-1837).

Conozcamos el ideario de los Padres de su Patria. Jefferson fue un ferviente defensor de la esclavitud, aseveraba que los negros eran inferiores a los blancos; por ello estaban condenados a la esclavitud; su inferioridad era innata, no dependía de la libertad ni la educación. En política exterior afirmaba: “Nuestra Confederación debe ser considerada como el nido desde el cual toda América, así la del Norte como la del Sur, habrá de ser poblada”. Agregaba: “Aunque nuestros actuales intereses nos restrinjan dentro de nuestros límites, es imposible dejar de prever lo que vendrá cuando nuestra rápida multiplicación se extienda más allá de dichos límites, hasta cubrir por entero el Continente del Norte, si no es que también el del Sur”. Asimismo, Madison se opuso a la lucha de Haití por su liberación, porque “...la existencia de un pueblo negro en armas es un espectáculo horrible para todas las naciones blancas”. Y cuando recrudeció la guerra de independencia suramericana dictó leyes que prohibían el apoyo a las fuerzas patriotas y obligaba a los ciudadanos de su país a entregar a “los delincuentes” que violasen esa disposición. Igualmente, Monroe proclamó el proyecto expansionista que se conocerá como Doctrina Monroe: “América para los (norte) americanos” que relega a Suramérica a ser el patio trasero de USA. En el mismo tenor Adams confesó que la población norteamericana: “...siente la misma avidez de saqueo que dominó a los romanos en sus mejores tiempos. Lo único que esperamos es ser dueños del mundo”. Asimismo Jackson, activo genocida de pueblos indígenas a quienes despojó de extensos territorios y envió lejos de sus tierras ancestrales, fue el militar que echó a la fuerza a los patriotas venezolanos que en 1817 tomaron la Florida española e instauraron una república independiente.

Los pitayanquis suspiran por los padres de su patria: esclavistas, exterminadores de indígenas, expansionistas, enemigos de Suramérica. En

contraste, el Libertador abogó por distribuir tierras entre los indios, por la abolición de la esclavitud y por el ejercicio soberano de las naciones suramericanas. Seguimos en las mismas: ellos defienden el prontuario de sus padres y nosotros el legado del nuestro. Es su patria contra la nuestra.

Es el contrapunteo entre dos proyectos geopolíticos: bolivarianismo versus monroísmo. El forcejeo entre EE. UU., una nación poderosa que pretende arrebatarnos nuestras riquezas, someter a nuestros pueblos, controlar nuestros gobiernos e imponernos su cultura, contra los herederos del Libertador, quien nos ha legado una doctrina, el bolivarianismo, que es bandera de independencia, autodeterminación, soberanía, identidad, autoestima y justicia social. ¡Y en esa confrontación los bolivarianos venceremos!

Avanzar en ese propósito es el objetivo de este libro, donde recopiló una selección de los artículos que he publicado a lo largo de los últimos años en el periódico 4F, en el blog de la Escuela Venezolana de Planificación y en distintas plataformas comunicacionales. Fueron escritos al calor de las luchas en nuestra Patria, asediada hoy por uno de los más poderosos y genocidas imperios que conoce la historia. Son artillería del pensamiento para abatir las fuerzas del enemigo monroísta. Trincheras de ideas para fortalecer la conciencia crítica y el sentido de Patria. Cada artículo se corresponde con un momento de la lucha y responde a una estrategia de contraataque. Nuestro fin es uno: asegurar el triunfo del proyecto bolivariano y del pueblo venezolano.

Confiamos en nuestra capacidad: en el pasado derrotamos a España, "...el imperio donde no se pone el sol"; hoy venceremos a USA, la potencia del Norte, que quiere imponernos su dominio para garantizar su "American way of life". Y es que nosotros los venezolanos hemos derrotado incluso al mismísimo demonio cuando nos ha querido avasallar. No olvidemos a Florentino el que contrapunteó con el Diablo, que dice en los versos de Alberto Arvelo Torrealba:

Lo malo no es el lanzazo
sino quien no lo retruca...

¿Qué culpa tengo señores,
si me encuentra el que me busca?...

Yo soy como el espinito
que en la sabana florea:
le doy aroma al que pasa
y espino al que me meneá...



**Orígenes del conflicto entre
Bolivarianismo y Monroísmo:
La Colombia de Miranda y la de Bolívar**

MONROE VERSUS MIRANDA

Con la fundación en diciembre de 1819 de la República de Colombia (nación integrada por Venezuela y Nueva Granada) el Libertador se propone la concreción de un proyecto geopolítico postcolonial de alcance planetario: establecer una gran nación en Suramérica que se constituiría en un nuevo polo de poder, soberano e independiente, que serviría de contrapeso a las potencias mundiales en pugna por la hegemonía, para propiciar así el pleno desarrollo nacional y el “equilibrio del universo”. El antecedente más cercano de ese proyecto integracionista y geopolítico es el promovido por Francisco de Miranda, para quien la idea de la independencia de las colonias hispanoamericanas era inseparable de la idea de la integración. Desde 1788 propone que una vez alcanzada la independencia, se acometa la creación de una nación unificada, un solo Estado hispanoamericano independiente, que debe llamarse Colombia. Este nuevo Estado estaría conformado por las ex colonias hispanoamericanas unidas bajo un mismo gobierno; abarca un territorio de alrededor de 30 millones de kilómetros cuadrados y alberga unos 20 millones de habitantes. Miranda sugiere, en su plan de gobierno de 1801, que Colombo, la capital de Colombia, fuera construida en el istmo de Panamá.

En ese extenso territorio debía fundarse una gran nación compuesta por todas las naciones que han sido oprimidas por el imperio español: “... pues que todos tenemos la misma lengua, las mismas costumbres y sobre todo la misma religión; pues que todos estamos injuriados del mismo modo, unámonos todos en la grande obra de nuestra común libertad”,

así demandaba Miranda en 1801 en su proclama “Por la patria el vivir es agradable y el morir glorioso”.

Esta gran nación debía garantizar su autonomía e independencia, “...sin que la dominación de una potencia extranjera cualquiera pretenda fijarse o mezclar su autoridad en el país, porque en tal caso seremos la codicia y muy luego el despojo de todas las demás” (carta a Manuel Gual, Londres, 31 de diciembre de 1799).

Al norte de esta gran nación soberana quedaba otra nación recién liberada, EE. UU., ocupando la faja noratlántica con una extensión de apenas un par de millones de kilómetros de superficie, habitada por alrededor de 6 millones de pobladores, más Canadá, cubierta de hielos, bosques y lagos impenetrables. De este modo Miranda plantea: “Que el Misisipi sea la mejor frontera que pueda establecerse entre las dos grandes naciones que ocupan el continente americano”. (América espera. P. XVI). Deslinda así Angloamérica de Hispanoamérica.

Las potencias europeas y Estados Unidos no podían ver con buenos ojos que una vez derrotada España, en vez de unas naciones atomizadas y por tanto débiles, surgiera en Suramérica una gran nación con pretensiones independientes que no estaba dispuesta a someterseles, que aspirara a gobernarse a sí misma de manera autónoma, y además estuviera en condiciones en el futuro de competir con ellas y disputarles su supremacía. De modo que ante el proyecto de Miranda, los más sagaces políticos de Europa y Estados Unidos encienden las alarmas y preparan el contragolpe: no debía aceptarse que una nación suramericana jugara un papel protagónico en el escenario mundial.

James Monroe que para entonces era embajador de EE. UU., primero en Francia y luego en Gran Bretaña, advierte a su gobierno acerca de los peligrosos planes de Miranda: “No podemos permitir que el general Miranda desarrolle una vasta nación en el continente americano, este proyecto desde su óptica debemos detenerlo a como dé lugar, ya que una nación con esa característica sería el acabose de la nuestra, que apenas la forman las trece colonias que se liberaron de Inglaterra. Una nación de las dimensiones que la ve el General Miranda sería única, ya que la inmensa mayoría de esos pueblos hablan español, tiene la misma religión y las mismas costumbres”.

A partir de allí, de parte de Europa y EE. UU. todo fue maña y diplomacia para esconder sus verdaderos intereses geopolíticos; que no son otros que los de impedir el surgimiento de la poderosa nación suramericana proyectada por Miranda. No deseaban que en el continente surgieran naciones independientes con proyectos propios, sino semicolonias y protectorados.

MONROÍSMO VERSUS BOLIVARIANISMO

Cuando en 1810 Bolívar conoce en Londres a Miranda comprende que la independencia política por sí sola no es suficiente para garantizar el bienestar de nuestras naciones suramericanas; es indispensable, además, crear grandes Estados que puedan participar en el concierto internacional en condiciones de igualdad con las grandes potencias. De lo contrario, una vez derrotado el imperio español, seríamos sometidos al control de otras poderosas naciones y jamás podríamos prosperar.

De allí a pensar en las ventajas de unir en una sola nación a Venezuela con la Nueva Granada hay solo un paso. Esto ocurre cuando en 1812 cae la Primera República. Bolívar se refugia en la vecina república neogranadina y se plantea la reconquista del poder en Venezuela. Entiende que ello solo es posible si se unen y luchan unidos los dos pueblos vecinos; más aún, el futuro de Nueva Granada depende también de la victoria independentista en Venezuela. Si los patriotas no toman el poder en Venezuela, tarde o temprano la Nueva Granada caerá. De modo que para efectos prácticos, constituíamos una sola nación, así lo escribe en el Manifiesto de Cartagena en diciembre de 1812.

En 1814 cae la Segunda República y en 1815 una expedición invasora comandada por Pablo Morillo llega a América. Todo es destrucción entre las filas patriotas. Bolívar debe exiliarse. Son tiempos de reflexión, reagrupamiento y preparación. En 1815, en la Carta de Jamaica, proyecta: “La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central... Esta nación se llamará Colombia”. Más tarde, en 1816, Nueva Granada cae en poder de Pablo Morillo. Los pa-

triotas neogranadinos se refugian en los llanos de Venezuela y las Antillas; y las fuerzas patriotas venezolanas se repliegan y se reorganizan. En 1817 van tomando el control de zonas estratégicas como la Guayana y los llanos; y ya para 1818 la fortuna nos sonríe. Según expresa el Libertador, la ofensiva patriota llevada a cabo “nos ha dado por resultado final... la ruina del ejército español, que ha quedado reducido a cero” (carta al Coronel José Leandro Palacios el 7 de agosto de 1818).

En 1819, después de instalado el Congreso de Angostura (15 de febrero), Bolívar despliega una de las estrategias político militar más extraordinarias de que se tenga noticias. Decide liberar a Nueva Granada como paso previo indispensable para unirla con Venezuela y crear una gran nación a la que llamará Colombia, como aprendió de Miranda. Acompañado por un ejército de libertadores venezolanos y neogranadinos que se encontraban en Venezuela, decide en 1819 atacar el centro del poder monárquico establecido en Nueva Granada. Atraviesa el páramo de Pisba, aunque la naturaleza se oponga. Triunfa en la batalla del Pantano de Vargas (25 de julio de 1819), en Boyacá (7 de agosto de 1819) y vuelve victorioso a Angostura.

Con la derrota de los realistas en Nueva Granada y el control patriota de amplias zonas de Venezuela, las condiciones objetivas y subjetivas están dadas para concretar el proyecto geopolítico de crear una gran nación: la República de Colombia. Este hecho histórico trascendental ocurre el 17 de diciembre de 1819. Se sanciona la Ley Fundamental de la República de Colombia que establece: “Las Repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola, bajo el título glorioso de la República de Colombia”. Posteriormente, en marzo de 1820, Bolívar confiesa: “La intención de mi vida ha sido una: la formación de la República libre e independiente de Colombia entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado”.

En 1821 el Congreso de Cúcuta le da una constitución a la República de Colombia. Con la incorporación de Panamá (1821), Quito y Guayaquil (1822) la superficie de la nueva nación abarca el territorio de las actuales repúblicas de Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela, incluyendo la Guayana Esequiba, hoy en reclamación. El territorio que ocupa la república de Colombia es superior a toda Europa junta. Su extensión

es alrededor de 2.519.954 km², mientras que toda Europa llega apenas a 2.435.600 km² (Francia 643.800 km², España 505.400 km², Alemania 357.000 km², Italia 301.300 km², Reino Unido 243.600 km², Hungría 93.030 km², Portugal 92.100 km², Áustria 83.870 km², Dinamarca 43.100 km², Países Bajos 41.870 km², Bélgica 30.530 km²). La Colombia de Bolívar es también más extensa que EE. UU. que posee en 1823 una superficie de 2.145.444 km².

Además, desde 1821 en Cuba, Puerto Rico y República Dominicana se desarrollan movimientos independentistas que aspiran a que sus respectivas patrias se integren, en condiciones de igualdad, a la Colombia bolivariana. Estaban convencidos de que formar parte de la nueva nación era una garantía de protección, independencia y bienestar. Por su parte, desde Colombia también se planifica en 1825 –después de la Batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824)–, la liberación de Cuba y Puerto Rico, acciones a las que se opone el gobierno de EE. UU., que considera que ambas islas forman parte de su *hinterland* de seguridad nacional.

Bolívar como presidente de Colombia lleva el desafío mucho más allá, se plantea conformar un ejército y una escuadra federal para toda Hispanoamérica: “...el primero de 25.000 hombres y la segunda de 30 buques de guerra. El ejército constará de los contingentes de tropa que debe suministrar cada estado según su población; la escuadra será también tripulada bajo la misma base... El objetivo primordial de la liga de las fuerzas de mar y tierra que debe solicitarse ardientemente es: Primero, defender cualquier punto de los aliados que sea invadido. Segundo, expedicionar contra las islas de Cuba y Puerto Rico. Tercero, expedicionar contra España, si tomadas estas islas no hicieran la paz con los confederados” (carta de Bolívar a Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez. Lima, 11 de agosto de 1826).

Simultáneamente desde Colombia se viene adelantando una serie de proyectos de integración de carácter continental que afianzan la hermandad entre las distintas naciones suramericanas y crean vínculos de largo plazo entre ellas. Se teje toda una red de tratados bilaterales de “unión, liga y confederación perpetua” que se plantean la formación de una liga verdaderamente americana:

Esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para la ofensa y defensa: debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos. Es necesario que la nuestra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora y en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero” (Instrucciones dadas al embajador Joaquín Mosquera para su misión a los Estados del Perú, Chile y Buenos Aires. Cúcuta, 11 de octubre de 1821).

Desde Europa responden las potencias, a partir de 1825, con la reactivación de la Santa Alianza, (federación de potencias europeas integrada por Rusia, Austria y Prusia, y luego respaldada por la Francia de la restauración borbónica y España) que se propone la reconquista de las posesiones coloniales ubicadas en Suramérica. “Los aliados [de la Santa Alianza] son demasiado fuertes y tienen un interés muy grande en la destrucción de las nuevas repúblicas americanas”, asegura Bolívar; y se dispone a resistir: “debemos, pues, en este caso, prepararnos para una larga contienda con la mayor parte de la Europa” indica. (carta a Santander, Arequipa, 30 de mayo de 1825). Sabe que esta federación imperial se plantea, en especial, la destrucción de la república de Colombia, la nación hispanoamericana independiente de mayor prestigio e influencia para entonces.

Por su parte, desde Estados Unidos responden al proyecto de Colombia con la Doctrina Monroe (diciembre de 1823). En mayo de 1823, John Quincy Adams –futuro presidente de EE. UU. (1825-1829) y entonces secretario de Estado durante la presidencia de James Monroe–, quien había dicho que en materia de política exterior en Estados Unidos “lo único que esperamos es ser dueños del mundo”, expresa su inquietud por la preponderancia que está adquiriendo Colombia, “llamada a ser en adelante una de las naciones más poderosas de la tierra, tanto por su acceso a los océanos Pacífico y Atlántico, y sus ríos navegables, el Amazonas, el Orinoco y el Magdalena, como por la fertilidad de su suelo y la abundancia de sus riquezas mineras”. Meses después redacta y propone la doctrina que llevará el nombre del presidente en ejercicio, James Monroe.

Frente al proyecto de Colombia con su estrategia geopolítica de integración, bienestar y emancipación cuyo lema podría resumirse en las palabras “Suramérica para los suramericanos”, aparece EE. UU. con su plan geopolítico de hegemonía, expansión e injerencia que se resume en la sentencia “toda América para los norteamericanos”. De modo que podríamos aventurarnos a pensar que la doctrina Monroe es, en buena medida, la respuesta geopolítica de Estados Unidos a los planes de liberación, integración y prosperidad que enarboló Bolívar como presidente de la República de Colombia. Desde entonces se mantiene este contrapunteo entre el proyecto bolivariano de liberación e integración, y el monroísta de dominación y expansión. ¡Tarde o temprano los bolivarianos venceremos definitivamente al monroísmo!



Monroe conspira contra Miranda

MIRANDA APOYA A EE. UU. ¿EE. UU. RESPALDA A MIRANDA?

Es bien sabido que Francisco de Miranda participó activamente en apoyo a la independencia de Estados Unidos. En el ajedrez de alianzas y enfrentamientos entre potencias rivales, combatió como oficial del ejército español en batallas decisivas contra Gran Bretaña, como la de Pensacola. La destacada actuación del venezolano fue reconocida por los principales líderes independentistas estadounidenses, con muchos de los cuales alternó durante su estancia en esta nación insurgente. Al respecto cuenta el presidente John Adams:

Durante nuestra guerra revolucionaria, el General Miranda vino a los Estados Unidos, cruzó, si no todos nuestros Estados, al menos un gran número de ellos, fue presentado al General Washington, a sus edecanes, sus secretarios y a todos los gentilhombres de su familia, a los otros generales y sus familias, y a numerosos coroneles. Adquirió la reputación de ser un gran estudioso de los clásicos, un hombre de conocimiento universal, un gran general con el dominio de todas las ciencias militares, lleno de sagacidad, una mente inquisitiva con una insaciable curiosidad. En todas las opiniones que se expresaban se decía que tenía un mejor conocimiento de las familias, de las facciones y las alianzas existentes en los Estados Unidos que ningún hombre que allí viviera; que sabía más sobre las campañas, asedios, batallas y escaramuzas que pudieron haberse producido durante toda la guerra que cualquiera de nuestros oficiales o cualquier político de nuestras asambleas. (carta del presidente John Adams a James Lloyd. 6 de marzo 1815).

En 1798 Francisco de Miranda le había escrito al presidente John Adams solicitando apoyo a su proyecto independentista. Le expresa:

“En fin, espero que el pequeño auxilio que necesitamos para comenzar, y que se reduce a seis u ocho navíos y cuatro o cinco mil hombres de tropa, lo hallaremos fácilmente tanto en Inglaterra como en América... Mis deseos serían que la Marina fuese inglesa y las tropas de tierra, americanas. ¡Quiera la Providencia que los Estados Unidos hagan en 1798 por sus Compatriotas del Sur lo que el rey de Francia hizo por ellos en 1778!” (Francisco de Miranda a John Adams, presidente de los Estados Unidos de América. Londres, 24 de marzo de 1798).

Para entonces Miranda confía en la solidaridad y reciprocidad de EE. UU., aun más que en Gran Bretaña a la que en balde ha recurrido innumerables veces en busca de apoyo. Escribe a Manuel Gual: “Este gobierno inglés hace tan largo tiempo que nos trae entretenidos con sus bellas promesas, que yo casi tengo perdida la confianza; y espero más de los E.U. de la América (por lo mucho que les interesa nuestra Independencia) y ¡sobre todo de nosotros mismos, que de ningún otro! (31 de diciembre de 1799).

Mas, otra cosa pensaban la élites dirigentes en EE. UU.. El mismo John Adams recuerda a Miranda en su visita: “su tema de conversación permanente era la independencia de Sudamérica, su inmensa riqueza, sus recursos inagotables, su innumerable población, su impaciencia bajo el yugo de España, y su disposición a quitarse de encima esta dominación española” (carta a James Lloyd. 6 de marzo 1815).

Precisamente esto último –su énfasis en “la independencia de Sudamérica” y su “disposición a quitarse de encima esta dominación española”– no es del agrado de John Adams ni de muchos de los dirigentes de la nueva élite angloamericana. De hecho años después (1815) Adams se queja de la influencia ejercida en aquella época por Miranda entre la juventud más idealista y radical: “Es seguro –dice– que él (Miranda) llenó la cabeza de muchos jóvenes oficiales de visiones esplendorosas de riqueza, libre comercio, gobierno republicano, etc., etc., en Sudamérica”. Añade que por fortuna, con el pasar del tiempo algunos se arrepintieron del desvarío. Expresa que uno de ellos “reconoció, con evidente

humillación y tristeza, que era uno de los se habían dejado arrastrar por el entusiasmo de moda y había estado encantado con las ideas de riqueza, gloria y libertad que la independencia que América del Sur representaba” (carta a James Lloyd del 6 de marzo 1815).

A pesar de la reticencia estadounidense con la independencia suramericana, en 1805 Miranda vuelve nuevamente a EE. UU. y busca otra vez apoyo a su causa. Visita al secretario de Estado, James Madison y al presidente Thomas Jefferson. Organiza la expedición para liberar Venezuela y con ello da inicio a la independencia de toda Suramérica. Pero tuvo que valerse de inversionistas privados y aceptar tratos leoninos para lograr sus objetivos. No recibió ayuda alguna de parte del gobierno. Cuando el presidente Jefferson es acusado por los sectores más reaccionarios por el supuesto delito respaldar a Miranda, su respuesta es terminante: “Que la expedición de Miranda fue autorizada por mí es una absoluta mentira, la haya dicho quien quisiera; y estoy igualmente convencido de que lo mismo vale para el señor [secretario de estado] Madison. Saber tanto como pudiéramos sobre ella era nuestro deber, mas no así darle apoyo” (carta a William Duane, 22 de marzo de 1806).

La élite estadounidense pensó en términos de imperio en potencia. No quería apoyar la independencia suramericana hasta tanto EE. UU. estuviera en capacidad de capitalizar los beneficios. Así, guarda distancia frente a los planes independentistas de Miranda, en consecuencia, no le da el apoyo solicitado y neutraliza a los que se animan a respaldarlo.

Además, los dirigentes de EE. UU. conocían los planes integracionistas de Miranda. Su proyecto de crear una gran nación llamada Colombia, que comprendía a todas las posesiones españolas, desde el Misisipi hasta la Tierra del Fuego. Esto iba en contra de su afán expansionista en pleno desarrollo. Por razones geopolíticas los angloamericanos eran opuestos a la idea mirandina de unidad de Hispanoamérica, pues en ello veían un escudo contra sus pretensiones hegemónicas hemisféricas.

También sabían que Miranda no se sometería a sus designios y que luchaba por alcanzar la plena independencia de Colombia “sin que la dominación de una Potencia extranjera cualquiera pretenda fijarse o mezclar su autoridad en el País; ¡porque en tal caso seremos la codicia y muy luego el despojo de todas las demás que teniendo una fuerza marí-

tima cualesquiera querrán también tener parte en la División!” (carta de Francisco de Miranda a Manuel Gual. Londres, 31 de diciembre de 1799).

Así que Miranda, quien tanto confiaba en la ayuda norteamericana y en los principios de libertad e igualdad que sus dirigentes preconizaban, no recibió jamás apoyo a sus planes independentistas. Sus propósitos de independencia e integración chocaron con el proyecto imperial y hegemónico de la élite anglosajona estadounidense. De modo que de parte de EE. UU. Hispanoamérica no habría de hallar solidaridad ni retribución. Las esperanzas de Miranda se fundaba en los principios, pero para EE. UU. sus unilaterales intereses geopolíticos lo son todo. Apartaron a Miranda, un hombre que tanto había hecho por la independencia de EE. UU., un hombre que estaba dispuesto a darlo todo por la libertad, no solo de su Patria sino de EE. UU. y de la humanidad entera, si ello era necesario.

Ahora, la lucha que mantiene el pueblo venezolano por su segunda y definitiva independencia es sometida al acoso imperial estadounidense. Esto les recuerda a los pocos gobernantes de EE. UU. que hayan estudiado un poco de historia, que los venezolanos continuamos luchando con la misma tenacidad de Miranda y que al igual que él no nos rendiremos.

MONROE CONTRA MIRANDA: EXPANSIONISMO VERSUS INTEGRACIÓN¹

Estados Unidos se ha opuesto a la unidad de Hispanoamérica. Sus representantes saben que en la integración de las naciones suramericanas está la base de la prosperidad y grandeza de nuestros pueblos. Saben también que para someternos deben dividirnos. Temen que nuestra unión atente contra sus planes hegemónicos en el hemisferio. De allí que a lo largo de la historia hayan objetado los proyectos de integración nuestroamericanos. Uno de estos primeros proyectos de unión lo enarbola Francisco de Miranda (1750-1816). Su plan es cuestionado por James Monroe (1758-1831), futuro presidente de EE. UU. (1817-1825).

Miranda no solo lucha por la independencia. Se plantea, sobretodo, la unión de toda Hispanoamérica en una sola gran nación, a la que llamó Colombia en homenaje a Cristóbal Colón. De esta manera en el continente habría tres naciones: Estados Unidos, pequeña pero expansionista nación recientemente independizada de Gran Bretaña; Brasil, prolongación de Portugal; y Colombia, gran nación independiente de cualquier centro de poder, con capacidad para establecer relaciones en condiciones de igualdad con el mundo entero, y con una excelente posición geopolítica. Abarcaría desde el sur del río Misisipi en la frontera con EE. UU. hasta la Patagonia; y su capital estaría ubicada en Panamá, en el centro del hemisferio. La gran extensión de su territorio total no era un inconveniente: China, India, Rusia eran inmensas, y el mismo Brasil no se que-

¹ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 143, del 6 al 13 de octubre de 2017, p. 11, sección análisis.

daba atrás. Para Miranda, lo importante era garantizar la pervivencia de un Estado grande, fuerte, próspero y bien administrado, capaz de generar bienestar entre sus habitantes y de enfrentar la ambición expansionista de cualquier potencia.

Los planes de Miranda no fueron del gusto de los dirigentes de Europa y EE. UU., quienes vieron en ellos una amenaza para el avance imperialista de sus respectivas potencias. No tenían la intención de apoyar la independencia de las naciones hispanoamericanas, si ello no les traía beneficios cuantiosos; y esto solo sería posible si éstas se mantenían divididas y debilitadas.

Uno de los que se opuso con más tesón al proyecto de Miranda fue el estadounidense James Monroe, quien ocupó cargos como agente diplomático de Estados Unidos en Francia y Gran Bretaña –embajador en París (1794-96) y en Londres (1893-06)–, entre otros, en la época cuando el venezolano vivía en Europa y difundía entre los círculos políticos su proyecto de integración suramericano. Al enterarse de los planes del suramericano, el estadounidense alertó a su gobierno: “No podemos permitir que el general Miranda desarrolle una vasta nación en el continente americano, este proyecto desde su óptica debemos detenerlo a como dé lugar, ya que una nación con esa característica sería el acabo de la nuestra, que apenas la forman las trece colonias que se liberaron de Inglaterra; una nación de las dimensiones que la ve el General Miranda sería única, ya que la inmensa mayoría de esos pueblos hablan español, tienen la misma religión y las mismas costumbres”. A partir de entonces EE. UU. enfrentó todos los planes de integración continental suramericanos, y los suplantó por estrategias de dominación y tutelaje disfrazadas de cooperación y solidaridad.

Los gringos siempre han estado claros. Monroe se opuso a Miranda, posteriormente, en 1823, anunció la doctrina que lleva su nombre, que se resume en la frase “América para los americanos”, es decir, que las naciones hispanoamericanas no podían quedar bajo el tutelaje de Europa; pero tampoco aspirar a ser independientes, sino que debían pasar a la hegemonía yanqui y transformarse en zona de influencia exclusiva.

Mientras ellos piensan así, algunos políticos latinoamericanos propician la división suramericana al atacar a los gobiernos nacionalistas y

antimperiales de la región. En Venezuela, muchos dirigentes de oposición van aún más allá, claman por la intervención de EE. UU. en nuestro país. Anhelan ver convertida a Venezuela en semicolonias yanqui. Si estudiaran un poquito de historia y tuvieran “un tantico así” de decoro tendrían pesadillas. En los sueños se les aparecería el espectro de Francisco de Miranda. Les reclamaría su entreguismo y su traición. No podrían dormir tranquilos.

De Miranda dijo Napoleón Bonaparte: “A ese hombre le arde en el pecho el fuego sagrado del amor a la libertad”. Hoy este caraqueño universal es un símbolo de unidad suramericana frente a las amenazas del imperio estadounidense. De integración de las naciones latinoamericanas que buscan fortalecer los lazos de solidaridad y ayuda mutua entre nuestros pueblos. Es un escudo frente a la nueva doctrina Monroe. Por eso, cada vez que evocamos su nombre es fuego sagrado el que arde en nuestro pecho.

III

Estados Unidos contra Bolívar

EMBAJADOR ESTADOUNIDENSE IRRESPETA AL LIBERTADOR²

Durante la Guerra de Independencia las relaciones entre Simón Bolívar y el gobierno de Estados Unidos fueron tensas debido a la sistemática animadversión de la Casa Blanca hacia los movimientos emancipadores suramericanos. Al principio del enfrentamiento bélico EE. UU. asumió una postura de criminal neutralidad que favorecía a España: “nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos”, les reprochó Bolívar en la carta de Jamaica de 1815.

Con el paso del tiempo EE. UU. no se conformó con el rol de observador neutral, sino se parcializó abiertamente a favor de los realistas, impidiendo que en su territorio se ejecutara cualquier acto de solidaridad con los patriotas. Allí, dijo el Libertador, “se ha visto imponer una pena de diez años de prisión y diez mil pesos de multa, que equivalen a la de muerte, contra los virtuosos ciudadanos que quisiesen proteger nuestra causa”.

A pesar de estos antecedentes, Bolívar albergaba la esperanza de que EE. UU. se enmendaría y finalmente respaldaría la lucha independentista. Por esa razón, cuando Juan Bautista Irvine llegó a Venezuela como representante oficial de EE. UU. en 1818, el alborozo fue general. Fue recibido con especial deferencia por los independentistas. El *Correo del Orinoco* refirió la “satisfacción de ver entre nosotros a un agente de los Estados

2 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3. N° 138, del 1 al 8 de septiembre de 2017, p. 11, sección análisis.

Unidos de Norte-América. Este es el señor Juan Bautista Irvine, ventajosamente conocido por sus principios filantrópicos y republicanos”.

A Bolívar le informaron que el agente diplomático era portador de una noticia de gran trascendencia que cambiaría la correlación de fuerzas a favor de los patriotas. Se le informó extraoficialmente que éste “viene a tratar con el gobierno de Venezuela sobre el reconocimiento de nuestra independencia, y nos asegura la declaratoria de guerra entre los Estados Unidos y España”. Entonces agrega el Libertador emocionado: “la declaratoria de guerra entre el Norte y la España, es cuanto podíamos apetecer y la Divina Providencia se ha dignado concedérnoslo todo”.

Pero pronto vinieron el desengaño y la contrariedad. Tales proyectos favorables a la causa patriota no estaban en la agenda del representante gringo. Él venía a otra cosa: a explorar sobre el terreno el verdadero poder militar de los republicanos y a sacar partido de las circunstancias; pero sobre todo estaba aquí –“Venezuela no está lejos”– para exigir que devolviéramos unas goletas estadounidenses, Tigre y Libertad, que fueron confiscadas por los patriotas. El hecho es que unos negociantes gringos transportaban armas y pertrechos destinados a los realistas sitiados en Guayana y Angostura. Los mercaderes gringos “olvidando lo que se debe a la fraternidad, a la amistad y a los principios liberales que seguimos, han intentado y ejecutado burlar el bloqueo para dar armas a unos verdugos y para alimentar unos tigres que por tres siglos han derramado la mayor parte de la sangre americana”.

Con esta acción violaron las cláusulas de neutralidad, y se involucraron directamente en el conflicto entre España y los independentistas en favor del bando realista; lo que les acarrió la incautación de las naves, ejecutada por los republicanos al capturarlos *in fraganti* en aguas del Orinoco. A pesar de todas las evidencias en contra, el diplomático de EE. UU. exigía: 1) que los patriotas reconocieran que los contrabandistas eran ciudadanos neutrales y pacíficos; 2) que debían ser indemnizados; y 3) que las naves confiscadas debían serles devueltas.

El Padre de la Patria se opuso terminantemente a tales pretensiones. “Las goletas ‘Tigre’ y ‘Libertad’ han venido a traer armas y pertrechos a los sitiados, y por esto cesan de ser neutrales, se convierten en beligerantes, y nosotros hemos adquirido el derecho de apresarlas por cualquier

medio que pudiésemos ejecutarlo”, explica. Ante esta determinación, J. B. Irvine recomendó a su nación procurar la suplantación de Bolívar por un gobernante dócil que apoyara la política exterior estadounidense. Planteó: “Un cambio de gobierno restauraría la ley en este país. La dictadura de Bolívar debe tener un fin, las ruedas de su gobierno están ya obstruidas por la imbecilidad”. Tiempo después calificó a Bolívar de “general charlatán y político truhan”; también afirmó que “Bolívar había tenido más cambios que una mariposa; pasando sucesivamente por todos los grados de la complacencia, de la queja, de la puerilidad y del reproche”.

Con “soberbia luciferina” el agente diplomático estadounidense envió al Libertador unas cartas soeces y amenazantes instándole a hacer lo que le exigía. Bolívar con gran altura le reclama en primer término el lenguaje usado, “en extremo chocante e injurioso al gobierno de Venezuela”; sin embargo “no reciprocaré los insultos”, le expresa. Al mismo tiempo y con firmeza le advierte: “no permitiré que se ultraje ni desprece al gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra España ha desaparecido una gran parte de nuestra población y el resto que queda ansia por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España, que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende”. Finalizó recordándole: “Se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer a imperios poderosos”. ¡Qué nadie, venezolano o gringo, olvide jamás estas palabras! ¡Hoy están plenamente vigentes!

IRVINE VERSUS BOLÍVAR: ALTERCADO ENTRE LA INSOLENCIA GRINGA Y LA DIGNIDAD BOLIVARIANA³

A lo largo de la historia, el gobierno de Estados Unidos ha intentado atropellar a los gobiernos de Venezuela que defienden la justicia y la soberanía nacional; además ha actuado con insolencia y altanería en cada una de las ocasiones cuando hemos dirimido diferencias. Este año se cumplen doscientos años de uno de los primeros desencuentros entre EE. UU. y Venezuela. Me refiero al altercado entre el Libertador Simón Bolívar y el primer embajador de EE. UU. en Venezuela Juan Bautista Irvine.

Irvine vino a nuestro país en 1818 con la orden expresa de su gobierno de exigir al gobierno patriota dirigido por Bolívar, que le devolvieran unas goletas mercantes estadounidenses, la Tigre y la Libertad, que fueron confiscadas en el río Orinoco. El hecho es que en dichas naves unos negociantes gringos transportaban armas, pertrechos y víveres destinados a auxiliar a los realistas que estaban sitiados en Guayana y Angostura, violando de este modo el decreto de bloqueo de la costa oriental y central de Venezuela del 6 de enero de 1817.

Estos buques fueron sancionados por las autoridades republicanas con la incautación de los mismos y la confiscación de la mercancía. Subraya Bolívar: “el río estaba bloqueado por nuestras fuerzas y ningún neutro podía auxiliar con armas y municiones las plazas sitiadas y bloqueadas sin ejecutar actos hostiles que le harían perder los derechos de neutralidad” (6 de agosto de 1818).

3 *Cuatro E*, periódico del PSUV. Año 4, N° 185, del 12 al 19 de octubre de 2018, p. 4, sección análisis.

A pesar de los argumentos el diplomático de EE. UU. exige: 1) que los patriotas reconocieran que los contrabandistas eran ciudadanos neutrales, imparciales y pacíficos; 2) que debían ser indemnizados para resarcirlos de las pérdidas; 3) que las naves confiscadas debían serles devueltas a sus propietarios; 4) que el bloqueo del Orinoco no era materialmente posible porque los patriotas no disponían de suficientes fuerzas para hacerlo efectivo; y por tanto, 5) que las penas impuestas por las autoridades navales venezolanas contra los estadounidenses eran ilegales.

A partir de entonces se desarrolla un duelo epistolar entre Bolívar e Irvine que dura alrededor de cuatro meses, entre julio y octubre de 1818. El Libertador enarbola las banderas de la verdad, la justicia y la soberanía; el norteamericano las del sofisma, la arbitrariedad y el injerencismo. Bolívar refuta la opinión de que el bloqueo del Orinoco era pura ficción. Demuestra que nuestros buques “apresaron en los meses de marzo, abril y mayo un bergantín, una goleta, un guairo mercante y el apostadero militar de la isla de Fajardo” (6 de agosto de 1818). La base de toda la argumentación de Irvine para formular sus demandas era la supuesta neutralidad de las goletas incautadas, las cuales a su juicio tenían perfecto derecho de comercializar libremente en un escenario de guerra pues “un neutral puede vender toda clase de mercancías a beligerantes en su propio territorio, o conducirla al de partes en guerra, siempre que lo haga de manera imparcial” (17 de agosto de 1818). Cuando se percata de que sus argumentos son débiles, recurre a la soberbia y la conspiración. Le recrimina al Libertador que sus argumentos “están encaminados a disolver los vínculos del derecho internacional”; le señala que “el libro americano que cita, sólo prueba la ignorancia del escritor o compilador”; y le reclama que como máxima autoridad respalde “procedimientos «monstruosos», que yo no habría imaginado jamás pudieran ser contemplados, y mucho menos defendidos por este Gobierno”. Incluso, sin el menor recato, le reclama que los patriotas que tomaron los buques se apropiaron de “3 barriles de pan, 2 y 1/2 ídem de carne de res y un cuñete de mantequilla”.

Bolívar no se deja intimidar ni mucho menos convencer por los débiles alegatos y las desagradables palabras del representante de Norte América, J. B. Irvine. Entonces éste recomienda a su gobierno procurar la suplantación del Libertador: “Un cambio de gobierno restauraría la ley

en este país”, escribe el 1 de octubre de 1818. Asimismo: “La dictadura de Bolívar debe tener un fin, las ruedas de su gobierno están ya obstruidas por la imbecilidad” (6 de octubre de 1818). También expresa: “El régimen del Dictador Bolívar ha producido desórdenes que necesitarán mucho tiempo para reparar” (2 de noviembre de 1818).

Han pasado doscientos años, pareciera que las cosas no cambian. Continúa el duelo entre Venezuela soberana y Estados Unidos imperialista. Entre la verdad, la soberanía, la justicia y la nobleza representadas por el Libertador y sus herederos bolivarianos; contra los sofismas, el injerencismo, la arbitrariedad y la soberbia, encarnadas en el embajador de EE. UU. Juan Bautista Irvine y sus sucesores. Afortunadamente, como enfatiza Bolívar, “se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer a imperios poderosos”.

ESTADOS UNIDOS Y EL GOLPE PARLAMENTARIO CONTRA EL PRESIDENTE SIMÓN BOLÍVAR⁴

En la actualidad la política exterior estadounidense consiste en evitar la confrontación directa. Ahora su táctica es otra: la actuación encubierta a través de sus aliados criollos, especialmente de las cúpulas empresariales y las organizaciones civiles y partidos políticos a quienes financian para hacer oposición a los gobiernos de avanzada. Todo esto con el propósito de crear “crisis de gobernabilidad”, como preámbulo para ocupar el poder a través de sus representantes nacionales. En ese sentido, han ido perfeccionando el uso del parlamento para derrocar gobiernos legítimos, elegidos democráticamente.

Pero esto no es del todo nuevo, ya desde los tiempos de Bolívar, cuando se instalaron los primeros congresos en las recién creadas repúblicas, EE. UU. se inmiscuyó en las políticas de cada nación latinoamericana e intentó influir en las decisiones que se tomaban. Habida cuenta de que en esa etapa de fundación de las repúblicas los congresos jugaban un rol fundamental, hacia allí fueron dirigidos los mayores esfuerzos de “persuasión” de la Casa Blanca. Todo ello se facilitaba debido a que en toda Suramérica los parlamentos fueron conformados con gente privilegiada de la oligarquía, sin interés alguno en transformar las relaciones de producción reinantes.

Desde EE. UU. se organizaron misiones diplomáticas encargadas de establecer alianzas con diputados afines políticamente y de conspirar

4 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 2. N° 99, del 13 al 20 de noviembre de 2016, p. 13, sección formación.

contra aquellos que le eran adversos. El propósito: anular la influencia de quienes se planteaban proyectos políticos que en Estados Unidos consideraban una amenaza a sus planes, como el que enarbolaba el presidente de la República, Simón Bolívar.

Esta acción injerencista fue llevada a cabo a través de los embajadores norteamericanos; fueron muchos los actos de repulsa de los diplomáticos contra el Libertador. ¿La razón fundamental? Sus proyectos políticos eran diametralmente opuestos al de los gobernantes gringos y sus aliados nacionales: Bolívar luchaba por la abolición de la esclavitud (1816), el reparto de tierras entre los soldados y oficiales (1817), la distribución de tierras entre los indígenas (1820), la creación de una gran nación suramericana: la República de Colombia (1819), la conquista de la independencia de las naciones del sur que liberaba (1821), y la creación de una coalición suramericana supranacional, el Congreso de Panamá, para alcanzar el “Equilibrio” del universo” (1826) y garantizar la plena soberanía. En cambio, Estados Unidos y sus aliados criollos se planteaban la explotación de mano de obra esclava, la expropiación de las tierras de los indígenas y su servidumbre, el sometimiento político y comercial de las naciones que alcanzaron la independencia de España, y la atomización de las naciones suramericanas.

Por estas razones, los representantes estadounidenses se enfrentaron al Libertador. El agente diplomático Juan Bautista Irvine, quien asistió a la instalación del Congreso de Angostura (1819) y al Congreso Anfictiónico de Panamá (1826), calificó a Bolívar de “general charlatán y político truhan”. William Tudor, embajador de EE. UU. en el Perú, conspira contra Simón Bolívar, a nombre de su gobierno manifiesta su deseo de derrocarlo y acabar con el proyecto bolivariano. En una carta dirigida a Henry Clay (3 de febrero de 1827), declara que: “la esperanza de que los proyectos de Bolívar están ahora efectivamente destruidos, es una de las más consoladoras. Los Estados Unidos se ven aliviados de un enemigo peligroso futuro”. También William Harrison, embajador de EE. UU. en la República de Colombia (integrada por Venezuela, Nueva Granada y Ecuador), se coaliga con los enemigos del Libertador, quienes habían participado en el intento de magnicidio de septiembre de 1828. De ellos, dice que son “excelentes patriotas, hombres arrojados, la parte

inteligente del pueblo y amantes de los Estados Unidos y de sus instituciones” (27 de mayo de 1829).

EE. UU. mueve los hilos del congreso para restarle poder al Libertador, y apoderarse del Poder Ejecutivo mediante el derrocamiento del presidente Simón Bolívar. En el Mensaje a la Convención de Ocaña (1828) Bolívar contraataca a sus adversarios. Revela que los diputados han “hecho del legislativo solo el cuerpo soberano, cuando no debía ser más que un miembro de este soberano”. Cuestiona el hecho de que el Congreso goce de un poder desmedido y que el Poder Ejecutivo sea condenado a subordinarse a sus decisiones. En virtud de ello, el Ejecutivo “...viene a ser un brazo débil del poder supremo, de que no participa en la totalidad que le corresponde, porque el congreso se ingiere en sus funciones”.

Frente a estos desafueros, Bolívar exige que se ponga fin al secuestro del poder y la voluntad popular por parte del Legislativo. Demanda la instauración de “...un gobierno que impida la transgresión de la voluntad general y los mandamientos del pueblo”.

Pero la nefanda actividad antibolivariana de los congresos continúa. En 1830 el Congreso Constituyente expresó que Venezuela “a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, ve en el general Simón Bolívar el origen de ellos”; y declaró “al ciudadano Bolívar enemigo de Venezuela”.

Entonces, no es de extrañar que nuevamente EE. UU. haga uso del parlamento para sus designios: impedir el avance de la revolución bolivariana, aniquilar la organización popular, revertir los logros sociales, derrocar a un presidente bolivariano elegido democráticamente, apoderarse de los recursos naturales de nuestra patria, y lograr un mayor control geopolítico en la región. Afortunadamente, nada de esto ocurrirá: el pueblo enfrenta en todos los terrenos a los congresistas proyanquis. El Libertador insistía (carta a Mariano Montilla. Guayaquil, 4 de agosto de 1829) en que si no afrontábamos con coraje a los enemigos de la Patria “...un nuevo coloniaje será el patrimonio que leguemos a la posteridad”. Nosotros, guiados por su ideario y ejemplo, no permitiremos que ninguna forma de coloniaje se asiente en nuestras naciones. ¡Bolívar vive!

UN GRINGO Y UN PERUANO (TUDOR Y LUNA PIZARRO) ENEMIGOS DE BOLÍVAR⁵

Entre los enemigos más enconados que tuvo Bolívar a lo largo de su lucha por la independencia e integración suramericana, están el embajador gringo William Tudor (1779-1830), y el sacerdote y abogado peruano Javier Luna Pizarro (1780-1855). Ambos conspiran contra Bolívar: boicotearon los triunfos del Libertador, dificultaron la ejecución de su proyecto emancipador, se aliaron con sus adversarios nacionales y foráneos, planificaron su asesinato y obstaculizaron la integración suramericana.

William Tudor Jr., fue primer cónsul de Estados Unidos en Perú (1824-1827). Llega a Lima en marzo de 1824, después de que España recupera parte de sus posiciones en territorio peruano (El Callao y Lima); razón por la que los patriotas peruanos solicitan la ayuda de Simón Bolívar para “la salvación de la República”, con lo que consiguen alcanzar la independencia del país. Al referirse a los patriotas que derrotaron a las fuerzas realistas Tudor dice: “Los invasores que vinieron a proclamar la libertad y la independencia fueron crueles, rapaces, sin principios e ineptos”. Cuando no puede ya oponerse a los patriotas, comienza a conspirar contra Bolívar, líder de la República de Colombia (creada en diciembre 1819 en el Congreso de Angostura e integrada por Cundinamarca, Venezuela y Ecuador) quien para entonces ejercía la presidencia del Perú y preparaba el congreso anfictiónico de Panamá, evento que Tudor sabotó.

5 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 161, del 9 al 16 de marzo de 2018, p. 10, sección análisis.

William Tudor, sobre la línea política trazada por el gobierno de EE. UU., sigue los viejos consejos de Thomas Jefferson quien ya desde 1786 planteaba: “Cuidémonos de creer que interesa expulsar a los españoles. Por el momento aquellos países se encuentran en las mejores manos”. Y también los más recientes de John Prevost, (agente especial de EE. UU. en el Perú, Chile y Buenos Aires), quien planifica infiltrar el liderazgo patriota (13 de marzo de 1824) porque “los jefes principales deben, en primer término, frustrar el proyecto de unión de los diferentes estados meditado por Colombia”. Estos (Santander en Nueva Granada; La Mar y Luna Pizarro en el Perú, Páez en Venezuela) ejecutan la orden. Con intrigas, instigados por Tudor, logran que el ejército del Perú se lance desde el sur a la invasión de Colombia, tomando a Guayaquil. Su propósito es destruir la República de Colombia y asesinar a Bolívar, su líder máximo.

Tudor llama a Bolívar: “el loco de Colombia” y “conspirador y usurpador atroz”. Y agrega, satisfecho por su labor injerencista antibolivariana, que:

La esperanza de que los proyectos de Bolívar están ahora efectivamente destruidos, es una de las más consoladoras. Esto es no solo motivo de felicitación en lo relativo a la América del Sur, liberada de un despotismo militar y de proyectos de insaciable ambición que habrían consumido todos sus recursos, sino que también los Estados Unidos se ven aliviados de un enemigo peligroso en el futuro... si hubiera triunfado [Bolívar] estoy persuadido de que habríamos sufrido su animosidad.

Complementaba: “téngase presente que sus soldados y muchos de sus oficiales son de mezcla africana”. E insiste en que Bolívar “puede ser derrocado como uno de los más rastreros usurpadores militares, lleno de toda la execración de sus contemporáneos por las calamidades que su conducta les acarrea”. Mientras “él viva –dice el 7 de noviembre de 1827–, sólo habrá guerras”. Remata señalando “...que hay muchos motivos evidentes por los cuales Estados Unidos e Inglaterra deberían ser adversos al éxito de su usurpación” y que se deberían adoptar “algunas medidas” para verificar los actos de Bolívar y “evitar sufrimientos largos y terribles a estos países”.

Javier de Luna Pizarro, antiguo presidente del Congreso Constituyente de 1822 en Perú se convierte en el más decidido opositor a Bolívar (ya lo había sido de San Martín). Pretende someter al Libertador, representante del Poder Ejecutivo a la supremacía de un Congreso que está en manos de una oligarquía racista que promueve la esclavitud de los negros, la explotación indígena y la servidumbre con respecto al gobierno de Estados Unidos. Se opuso a todos los planes de Bolívar, azuzó la guerra contra la República de Colombia que éste presidía, y orquestó un frustrado intento de magnicidio contra el Padre de la Patria, el 28 de julio de 1826, cuando asiste al Teatro de Variedades en el 5º Aniversario de la Jura de Independencia. De él dijo el Liberador: “Por culpa de Luna se perdió el Perú enteramente y por Luna se volverá a perder, pues tales son sus intenciones”. Mas, para Tudor este peruano es “el más ilustrado, el más liberal y el más puro de los patriotas peruanos y el más versado en todas las cuestiones constitucionales”.

No hagan mucho esfuerzo, ya sé en quienes están pensando: en el presidente de Perú, Pedro Pablo Kuczynski, quien parece la encarnación de Luna Pizarro; en los embajadores de Estados Unidos, continuadores de William Tudor, quienes persiguen el mismo propósito desde hace doscientos años: someter a Bolívar. Pero no lo lograrán. Bolívar sigue luchando en Latinoamérica, contra los gobiernos imperiales, contra los perritos falderos y los carteles de Lima que se oponen a la Revolución Bolivariana. ¡No pasarán!

LA PRIMERA AGRESIÓN ESTADOUNIDENSE CONTRA VENEZUELA⁶

En 1819, mientras Simón Bolívar comanda un ejército popular para liberar Nueva Granada (actual Colombia) del dominio español, el gobierno de Estados Unidos prepara una alevosa agresión contra la República de Venezuela: prepara una invasión contra nuestro país y promueve un golpe de Estado contra el Libertador. Ustedes se preguntarán el porqué de semejante ataque. La respuesta: EE. UU. pretendía escarmentar al Libertador, quien se opuso a aceptar las exigencias del gobierno estadounidense, que demandaba la devolución de las fragatas norteamericanas Tigre y Libertad, que fueron incautadas en 1817 cuando contrabandeaban armas y víveres a favor de los realistas.

En 1818 la Casa Blanca envió como embajador a Juan Bautista Irvine, quien –entre julio de 1818 y marzo de 1819–, se radicó en Angostura e intentó imponer las razones de su gobierno: llevarse las naves y, además, cobrar una indemnización por las pérdidas sufridas. No logró nada. Bolívar se negó a devolver las naves decomisadas y a premiar a unos transgresores extranjeros. Alegó que éstos violaron el derecho internacional público que establece el principio de neutralidad entre naciones que no están en guerra, por tanto debían someterse a los dictados de la ley.

Ante el fracaso de su misión, Irvine afirmó que Bolívar era “...un Don Quijote con ambición, pero sin talentos militares”; y recomendó a su gobierno recurrir a la violencia y tomar represalias contra el líder

6 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 211, del 15 al 22 de julio de 2019, p. 10, sección memoria.

venezolano. Siguiendo sus recomendaciones, en marzo de 1819, el Secretario de Estado norteamericano John Quincy Adams propuso hacer uso de la fuerza: invadir nuestro país con embarcaciones de gran capacidad destructiva, bombardear los pueblos y fortificaciones de las costas del Orinoco, derrocar el gobierno republicano presidido por Bolívar asentado en Angostura, y establecer un gobierno dócil, dispuesto a someterse a los designios norteamericanos. El régimen de James Monroe respaldó semejante barbaridad. Al frente de la misión invasora nombró un oficial de la marina de alto rango con plenos poderes para actuar, el comodoro Oliver Hazard Perry, quien era considerado un héroe de guerra en su país.

Los ocupantes navegaron desde EE. UU. en dos barcos de guerra fuertemente armados: la Corbeta John Adams y la goleta Nonsuch. El primero con 544 toneladas y 28 cañones era demasiado grande para navegar por el Orinoco y tuvo que atracar en Puerto España (Trinidad), en espera de las órdenes de Perry. El segundo, con 14 cañones, sí pudo navegar el río y al arribar a Angostura, para intimidar a las autoridades saludó disparando 21 cañonazos.

En ese escenario de amedrentamiento se dieron las negociaciones entre el vicepresidente Francisco Antonio Zea y el comodoro Hazard Perry, quien estuvo en Venezuela desde el 11 de julio hasta el 23 de agosto de 1819. El capellán del barco de apellido Hambleton escribió una especie de diario de viaje desde el momento en que la misión llegó a la desembocadura del Orinoco. Prepara el ambiente psicológico y material para la invasión. En relación con los indígenas dice que son “pobres y miserables en extremo. Completamente diferentes a los indios de Norteamérica, siendo quizá los más pasivos y más inofensivos del Universo. Son la gente más indolente e inactiva del mundo”. Del ciudadano venezolano asevera que “luce pobre, miserable e ignorante en extremo”. Con respecto al gobierno patriota afirma: “El Gobierno tiende a ser sanguinario y con frecuencia condena hombres a la muerte sin juicio previo, ya se trate de un militar o de un civil. Es más, me pregunto si en el país existe alguna ley, a no ser la voluntad de Bolívar quien es dictador absoluto”. Con respecto a los diputados que conforman el Congreso de Angostura afirma: “El Congreso ha estado sesionando por varios meses, dedicado en espe-

cial a preparar una Constitución. Este Cuerpo no es muy respetable, y solamente unos cuantos de sus miembros son hombres capaces. Pasan la mayor parte de su tiempo en una cafetería jugando a chelín cada mano”. Con relación a la capacidad defensiva de la plaza que piensan sitiar dice:

Llegamos a Guayana a las diez de la noche. La Fortaleza principal tiene paredes de piedra, está construida al pie de una colina y tiene cinco cañones; en la cumbre hay otro fuerte militar hecho con iguales materiales y con otros cinco cañones. En ninguna de las dos Fortalezas hay vigilancia regular y los soldados, aun cuando están bien armados, aparecen casi desnudos. Estos baluartes, de estar suficientemente provistos de hombres y municiones, dominarían completamente el río a este nivel donde apenas tiene una media milla de anchura; pero es tanta la falta de disciplina de estos hombres y su ignorancia en el manejo de las armas, que estoy seguro que bastarían doscientos buenos soldados para tomar ambos fuertes.

Además, afirma: “Aquí quedan pocas familias respetables y con dinero, ya que la ciudad se empobreció y arruinó cuando cayó en manos de los patriotas”. Recomienda poblar el país con estadounidenses “pues el clima es moderado, y el gasto que ocasiona el vestir y alimentar a los negros no es elevado, y en cambio los beneficios que se pueden sacar de estas tierras pueden ser considerables”. Solo se queja del clima pues “mientras estuvimos en Angostura la tripulación sufrió mucho con la fiebre amarilla; casi la mitad de los oficiales y marinos enfermaron súbitamente”.

En ausencia de Bolívar, el amedrentamiento norteamericano contra las autoridades venezolanas surtió sus efectos. El vicepresidente Francisco Antonio Zea, temeroso quizás ante la cercanía amenazante de los navíos de guerra del Norte o tal vez por falta de convicciones en materia de soberanía, aceptó restituir las goletas a sus propietarios e indemnizarlos por los supuestos perjuicios sufridos. Pero la fiebre amarilla les jugaría una mala pasada a los invasores. En la travesía de vuelta, el comodoro Hazard Perry enfermó de malaria y murió frente al Golfo de Paria el 23 de agosto de 1819. Igualmente “casi la mitad de los oficiales y marinos enfermaron súbitamente”. De modo que en Estados Unidos saben que en lo

tocante a Venezuela, si de invasiones se trata, aunque los norteamericanos sean superiores desde el punto de vista militar, están condenados a la derrota porque el que se mete con Venezuela... se “enferma súbitamente”.

SOLES Y RAYOS DE BOLÍVAR⁷

Después de las Batallas de Boyacá (1819) y Carabobo (1821) y de otras batallas definitivas para la independencia de Suramérica se crea en Cuba en 1823 la organización “Soles y rayos de Bolívar” para luchar contra el colonialismo español e instaurar la república independiente de Cuba. Uno de los propósitos de este movimiento era integrar Cuba a la República de Colombia. La consolidación de esta nación era clave en el ideal integracionista del Libertador. Tenía como finalidad geopolítica contribuir al “equilibrio del universo” e impedir el expansionismo tanto europeo, manifestado, sobre todo, por la Santa Alianza, como estadounidense, expuesto desde los inicios de la creación de la República del Norte por sus “padres fundadores”.

Varios latinoamericanos –entre los que se encontraba el poeta José María Heredia (1803-1839), quien había vivido en Venezuela– liderados por el habanero José Francisco Lemus, coronel del ejército de Bolívar, se suman a este plan y se proponen, con el apoyo de tropas bolivarianas asentadas en el continente, independizarse de España y crear la República de Cuba como acto previo a su unión a la República de Colombia.

Esto no fue una acción aislada ni local. Formaba parte de la estrategia de lucha continental fraguada por Simón Bolívar. En 1817, Lemus había entrado en contacto, en Filadelfia, con los representantes de Bolívar ante el gobierno de Estados Unidos (Pedro Gual y Manuel Torres) quienes lo

7 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 165, del 17 al 24 de abril de 2018, p. 10, sección análisis.

comisionaron para preparar en Cuba una insurrección en apoyo a la invasión que debía llevar a cabo un ejército bolivariano de 3000 hombres al mando del general Manuel Manrique. El movimiento lamentablemente fracasó porque Manrique (1793-1823) se enferma repentinamente y muere. Luego, la conspiración es develada (18 de agosto de 1823) y los dirigentes castigados. Pero como su nombre lo indica, ya desde los inicios de la lucha de Cuba por su liberación aparece ligada a Bolívar y a Venezuela.

Posteriormente, otro cubano que había logrado escapar con vida de la represión desencadenada a propósito del movimiento “Soles y rayos de Bolívar” intenta conseguir el apoyo de Bolívar para lograr la independencia de Cuba. Se trata de José Aniceto Iznaga (1791-1860), quien había tratado infructuosamente ver al Libertador en 1823 y quien finalmente, se entrevista con él en Caracas en febrero de 1827: “El cubano [Iznaga] le presentó sus argumentos militares: la factibilidad de atacar a la Cuba española, entregándole un estado de las defensas de la Isla, con sólo unos 4.500 hombres del ejército regular según él. Por otro lado, desde el punto de vista político, le indicó al Libertador el deseo de los cubanos de imitar y secundar a la América insurreccionada, con el apoyo de la República de Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Ecuador).

Por esta época Bolívar y Sucre proyectan la liberación de las colonias españolas de Cuba y Puerto Rico a nombre de la República de Colombia (Venezuela, Nueva Granada, Ecuador) creada por Bolívar en 1819 en el Congreso de Angostura. Planifican expediciones para alcanzar ese propósito. En 1825 Sucre le manifiesta a Bolívar: “Todos los cuerpos están pues reunidos para que Ud. resuelva de ellos lo que guste; se hallan los cuerpos en muy buen pie; yo creo que puestos en La Habana darían a Colombia y la América un día de tanta gloria como el nueve de diciembre [victoria en Ayacucho]” (1° de agosto de 1825). En 1827 Bolívar escribe: “Libres Cuba y Puerto Rico, Colombia no tendrá que temer a las armas españolas”. En carta a los generales José Padilla y Mariano Montilla, les dice: “Es, pues, llegado el momento de que nosotros salgamos al mar y llevemos la guerra a los españoles arrancándoles primero la isla de puerto Rico, que nos servirá de escala para ir a la Habana”.

De modo que estaba entre los planes de nuestros libertadores darle la independencia a Cuba y a Puerto Rico, colonias sometidas al imperio

español. Pero había un problema: Estados Unidos se oponían a la independencia de Cuba, la cual deseaban anexionar a su territorio. De modo que Bolívar debió considerar este obstáculo. Sin embargo, buscó una solución. “Si los cubanos proclamasen su independencia, presentando siquiera un simulacro de gobierno, y pidiesen entonces auxilio al Gobierno de Colombia, entonces ni el Gobierno de Inglaterra ni el de los Estados Unidos se opondrían, ni aunque se opusieran Colombia se detendría”, manifestó.

Hoy estamos en las mismas, Venezuela guiada por el ideario del Libertador luchando por mantener su independencia e irradiando la doctrina bolivariana para que otros pueblos conquisten su libertad, y Estados Unidos intentando coartar nuestro afán de ser libres y anexarnos como semicolonias y patios traseros a su hegemonía. Pero venceremos. Nos alumbran el sol y los rayos de Bolívar.

SUCRE Y BOLÍVAR ANTE LA AGRESIÓN EXTRANJERA⁸

Cuando los suramericanos ya habíamos derrotado definitivamente al imperio español, se presentó un nuevo peligro. En 1825 la provincia de Chiquitos, que pertenecía a Bolivia cuyos presidentes fueron sucesivamente Sucre y Bolívar, fue invadida por el imperio de Brasil con la pretensión de anexarla a su territorio. Los invasores brasileños dirigidos por el coronel Manuel José de Araújo exigieron a las tropas patriotas abstenerse de regresar al mencionado territorio, pues si lo hicieren “desolarían la ciudad misma, de la cual no dejarían sino fragmentos de lo que fue para memoria de la posteridad”. No contento con esto, el comandante Araújo envió al Gran Mariscal de Ayacucho lo que Bolívar llamó una “bárbara e insolente intimidación” (Documento 10379 del Archivo del Libertador. Arequipa, 30 de mayo de 1825).

Sucre le responde al invasor de manera terminante: “Uds. han cometido una agresión injusta”, les reclama. Insiste en que este acto “es la violación más escandalosa del derecho de gentes y de las leyes de las naciones, y un ultraje que no sufiremos tranquilamente”. Enfatiza: “Nuestro gobierno desea el mantenimiento de la paz y de la más estrecha amistad entre los gobiernos americanos, pero no teme de nadie la guerra: poco ha que acaba de humillar diez y ocho mil soldados de sus más orgullosos enemigos, y sus ejércitos están dispuestos para hacerse respetar y castigar a los injustos”. De inmediato, le exige al comandante agresor que abando-

8 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 142, del 29 de septiembre al 6 de octubre de 2017, p.10, sección análisis.

ne el territorio usurpado; y le informa que ya ordenó al ejército patriota que “marche contra Ud. y no se contente con liberar nuestras fronteras, sino que penetre al territorio que se nos declara enemigo, llevando la desolación, la muerte y el espanto para vengar nuestra patria, y corresponder a la insolente nota y a la atroz guerra con que Ud. la ha amenazado”.

El Libertador no se quedó atrás. Analizó con gran cuidado la situación y tomó la ofensiva. Asumió que dicho acto de provocación, una “atrocidad abominable” la calificó, podía ser parte de un plan de las potencias europeas agrupadas en la Santa Alianza Europea (Inglaterra, Francia, Rusia, España) para lanzarnos a una guerra con Brasil y así comenzar su reconquista de las posesiones coloniales perdidas. Para enfrentar la arremetida no dudó en organizar un operativo continental de resistencia anticolonial. Ordenó:

Debemos, pues, prepararnos para una larga contienda con la mayor parte de la Europa. Creo que lo primero que debemos ejecutar, si la Santa Alianza se mezcla en nuestros negocios, es que el Perú y Buenos Aires ocupen inmediatamente el Brasil; Chile a Chiloé; Colombia, Guatemala y México deben ocuparse de su propia defensa, y toda la América formar una sola causa, atendiendo todos a la vez a los puntos atacados o amenazados. Para formar esta liga y este pacto, es más urgente que nunca la reunión de los federados en el Istmo de Panamá, a fin de tomar aquellas medidas anticipadas y preparatorias que demanden las circunstancias.

Afortunadamente, la decidida intervención de nuestros libertadores y la inteligente acción de la diplomacia lograron sortear el peligro de una conflagración bélica entre la América insurgente contra la Europa expansionista y su peón brasileño. De modo que no fue necesario emprender una guerra para defender nuestra independencia y soberanía. Pregunto: y si fuimos capaces de organizarnos para defender la provincia de Chiquitos, cuando fue amenazada por el imperio de Brasil al servicio de las potencias expansionistas europeas, ¿qué no seremos capaces de hacer por Nuestra Venezuela, ahora cuando EE. UU., acompañado por sus socios menores, amenazan con aplicarnos sanciones, bloquearnos e invadirnos?

En aquella época ya Bolívar y Sucre organizaban la resistencia continental antimperialista, la unión de toda Suramérica para enfrentar a los invasores. Hoy nos toca seguir su ejemplo y aplicar su doctrina de defensa integral de la Patria. Ello implica continuar creando conciencia de los peligros que se ciernen sobre Venezuela, de los propósitos económicos y geopolíticos de nuestros enemigos externos, del papel que juegan sus aliados estratégicos en el plano internacional, del rol que desempeñan los pitayanquis internos. Asimismo, es indispensable continuar organizando la resistencia popular en todos los niveles, desde el cultural hasta el tecnológico, pues la dependencia nos hace vulnerables. Además, tal y como lo demostraron Bolívar y Sucre, debemos mantener en alto las banderas de la dignidad, y continuar desarrollando una estrategia de unión latinoamericana para defender cualquier nación o pueblo amenazado. Repetimos con nuestros ancestros: “Nuestro gobierno desea el mantenimiento de la paz”, pero no nos doblegaremos ante la “bárbara e insolente intimidación”.

ANDRÉS BELLO ANTIMPERIALISTA⁹

Si los intelectuales de la derecha supieran realmente quién fue Andrés Bello (1781- 1865) no le habrían colocado su nombre a instituciones íconos del pensamiento conservador como la UCAB, ni escribirían libros laudatorios acerca de este caraqueño como lo hizo Rafael Caldera. Por el contrario, lo ocultarían e intentarían que pasara inadvertido. Del mismo modo, si los universitarios críticos y los revolucionarios latinoamericanos, entre ellos los del PSUV, tuviéramos una idea aproximada de quién fue Andrés Bello, seguramente lo estudiaríamos más acuciosamente, le tendríamos menos recelo y lo reconoceríamos, junto a Bolívar y Martí, como referente teórico fundamental en las luchas de nuestros pueblos por alcanzar la independencia, la integración, la identidad, la autodeterminación y la soberanía; temas en los que sentó cátedra. Formaría entonces parte del imaginario de la Revolución: su palabra estaría presta a inspirarnos, especialmente en estos momentos, cuando nuestro país es amenazado por la más grande potencia imperial del planeta.

Sí, porque Andrés Bello fue un decidido antimperialista. Para los doctos europeos de su época, el imperialismo estaba justificado. Por ejemplo, el francés Renán (1823-1892) declaraba: “La conquista de un país de raza inferior hecha por uno de raza superior que se establece en él para gobernarlo, nada tiene de chocante. La ley de la vida es el reinado de los más fuertes, la derrota y la sumisión de los más débiles”. En contra-

9 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 183, del 21 al 28 de septiembre de 2018, p. 12, sección análisis.

posición con esta apología del imperialismo, el venezolano Andrés Bello expresa: “En la república de las naciones, hay una aristocracia de grandes potencias, que es en la que de hecho reside exclusivamente la autoridad legislativa; el juicio de los estados débiles ni se consulta, ni se respeta”. Denuncia con firmeza: “El soberano que emprende una guerra injusta, comete el más grave, el más atroz de los crímenes, y se hace responsable de todos los males y horrores consiguientes: la sangre derramada, la desolación de las familias, las rapiñas, violencias, devastaciones, incendios son obra suya”.

Así, frente a las justificaciones que siempre han alegado los imperios para someter a las naciones débiles, a quienes acusan de constituirse en amenaza a su seguridad, responde con palabras que parecen dirigidas a Obama o Trump. Expresa: “No hay duda de que cada nación tiene derecho para proveer a su propia conservación y tomar medidas de seguridad contra cualquier peligro. Pero éste debe ser grande, manifiesto e inminente para que nos sea lícito exigir por la fuerza que otro Estado altere sus instituciones a beneficio nuestro”.

En relación con las alianzas entre potencias imperialistas para someter a las pequeñas naciones, expresa unas ideas que no les gusta oír a los jerarcas de la OTAN y la Unión Europea. Bello se opone a estas confederaciones imperiales porque imponen “una intervención demasiado frecuente y extensa en los negocios interiores de los otros Estados. Aceptarlas implicaría una supremacía irreconciliable con los derechos de soberanía de los demás Estados y con el interés general que traería los más graves inconvenientes”.

Con respecto a las ideas de invadir como medida para evitar el ascenso y la difusión de las revoluciones, Bello expresa palabras que parecen dirigidas a los apátridas que piden a gritos la intervención extranjera en Venezuela, creyendo que con ello van a detener el torrente revolucionario. Dice: “Las intervenciones que tienen por causa o por pretexto el peligro de un contagio revolucionario han sido siempre funestas, efímeras en sus efectos, y rara vez exentas de perniciosos resultados”. Y ahora que ya EE. UU. busca todo tipo de pretextos para invadir Venezuela, parece decirles a los funcionarios del Pentágono y la Casa Blanca: “Se llama pretexto las razones aparentemente fundadas, que se alegan para

emprender la guerra, pero que no son de bastante importancia, y solo se emplean para paliar designios injustos”.

Sí, Andrés Bello abogó por la defensa de la soberanía y la independencia. “La independencia de la nación –dijo– consiste en no recibir leyes de otra, y su soberanía en la existencia de una autoridad nacional suprema que la dirige y representa”. Pero no luchó tan solo por la independencia y soberanía políticas, insistió en la necesidad de alcanzar lo que llamó “independencia de pensamiento”. En ese sentido se propuso fortalecer la independencia intelectual de los suramericanos como requisito para el logro de la plena emancipación de América del Sur. Se preguntó: “¿Estaremos condenados a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las?” Exhortó a la juventud: “Aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia de pensamiento”. Hoy más que nunca debemos avanzar en ese sentido y liberarnos de cualquier tutelaje intelectual que nos impida ver con ojos propios la realidad que nos circunda.

En fin, Andrés Bello es uno de los grandes desconocidos, tanto entre cierta derecha que lo venera porque no lo conoce, como entre mucha gente de izquierda que lo desdeña porque no lo ha estudiado. Para remediar este mal propongo que llenemos la UCAB, las universidades públicas y el PSUV con carteles contentivos de su pensamiento antimperialista y con sus textos. En la UCAB sacarán sus libros de la biblioteca, y en nuestras universidades y el PSUV... ¡le daremos, al fin, la bienvenida!

IV

Peticiones, injerencia, invasiones y bloqueos

OLIGARCAS SOLICITAN INVASIÓN EXTRANJERA¹⁰

En varios momentos históricos los oligarcas han pedido la invasión extranjera contra Venezuela. Esto ha ocurrido cuando han visto en riesgo sus intereses de clases y sus prebendas. Durante la Guerra Federal, por ejemplo, el pueblo avanzaba en las conquistas sociales: expropiación de latifundios improductivos, prohibición de la tienda de raya, entrega de tierra a los campesinos, creación de espacios comunales, democratización de la vida pública, etc. La respuesta de un sector de la oligarquía fue pedir la invasión foránea porque el país estaba “entregado a todo género de excesos y a la guerra social”. Para el mismo, solo la expresa injerencia podría resguardar sus riquezas y garantizar su dominio político. Así, el 21 de noviembre de 1861, un grupo de oligarcas envía una carta al gobierno Británico donde le solicitan la invasión a nuestra tierra y la entrega de una porción importante del territorio ya que “la intervención no podrá menos que producir los mejores resultados”. En la comunicación acotan: “somos habitantes de Venezuela”; como para dejar claro que estaban facultados para hablar en nombre de todos los venezolanos. Luego manifiestan: “Es un deber que tienen las naciones civilizadas de Europa tender la vista a estos países e intervenir en ellos de una manera directa. Es este un deber que tienen que llenar las naciones europeas para con las repúblicas suramericanas que necesitan su intervención tutelar”. De paso aconsejan cómo debe ejecutar la invasión: “que se decida y lleve a cabo la

10 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 130, del 7 al 14 de julio de 2017, p. 11, sección análisis.

intervención de una manera igual a la que las tres potencias Occidentales de la Europa emplean respecto a México”.

Proponen, además, entregar la Guayana entera a Gran Bretaña, es decir, toda nuestra actual Zona en Reclamación y los actuales estados Bolívar, Delta Amacuro y Amazonas. Explican: “Hay en Venezuela, entre los hombres pensadores, la opinión de que conviene a ésta desprenderse del territorio de La Guayana. Ninguna de las naciones de Europa puede con más ventaja poseer a Venezuela como la Gran Bretaña”. Luego de que el sur de Venezuela pase a manos de Inglaterra, la nueva nación se convertirá en “un centro civilizador que repartirá su influencia benéfica a todas estas repúblicas”, profetizan.

De igual modo, a comienzos del siglo XX fue solicitada otra invasión contra nuestra patria. Para entonces, Cipriano Castro se había convertido en epicentro de la lucha antimperialista y estaba irradiando con su ejemplo a otros países latinoamericanos, lo que ocasionó severos enfrentamientos con las principales potencias europeas y con Estados Unidos. Entonces, sus enemigos foráneos aliados con el traidor de turno planificaron su derrocamiento. La oportunidad llegó cuando a finales de 1908 se fue a Europa a someterse a una operación y dejó encargado del poder a su compadre Juan Vicente Gómez. En ese momento, para favorecer la traición, garantizar el golpe de Estado e impedir la vuelta de Castro al poder, el canciller José de Jesús Paúl envió un telegrama a EE. UU. donde solicitó la intervención extranjera: “pidió hacer saber al Gobierno Norteamericano el deseo del presidente Gómez de arreglar satisfactoriamente todas las cuestiones internacionales. Cree conveniente la presencia de nave de guerra norteamericana en la Guaira”. De inmediato arribó a nuestras costas “una escuadra, con un almirante, con acorazados con 5000 hombres de tropas de desembarco”. Para cuidar los intereses de la oligarquía y de EE. UU. llegaron a la Guaira la cañonera “Dolphin”, el crucero “North Carolina” y el acorazado “Maine”. En el caso de que el pueblo venezolano se hubiese sublevado los marines lo habrían reprimido como lo hicieron por la misma época en las naciones del Caribe donde intervinieron.

La historia se repite, actualmente, el movimiento popular avanza en sus conquistas y el gobierno se radicaliza en la lucha antimperial. Es, por

consiguiente, el momento oportuno para que aparezcan los apátridas y sus propuestas de invasión contra nuestra Patria. Ahora bien, pedir la invasión extranjera contra el propio país es uno de los más graves delitos políticos que pueda cometer un ciudadano. En muchas naciones esto se paga con la pena capital o cadena perpetua, y con la expropiación de los bienes de los implicados. La rigurosidad del castigo tiene que ver con el hecho de que toda invasión va acompañada de asesinatos en masa de connacionales, de grandes daños al patrimonio público y privado, de la imposición de gobiernos al servicio de potencias foráneas, de regímenes *de facto* contrarios a la voluntad mayoritaria, de acciones que atentan contra la soberanía nacional, de empobrecimiento de la nación y sus habitantes, de colonialismo cultural, etc.

En nuestro país, por tanto, la Asamblea Nacional Constituyente debe prever las sanciones que habrán de aplicarse contra quienes solicitan invasiones contra Venezuela. La penalización debe corresponderse con la gravedad del delito. De lo contrario seguiremos viendo a personeros de la oligarquía venezolana pasearse libremente por las embajadas y los salones de gobiernos imperiales requiriendo la invasión contra nuestro país. ¡La Asamblea Constituyente decidirá cómo castigarlos! ¡La traición a la patria no quedará impune!

LA REPÚBLICA DEL ZULIA Y PANAMÁ, DOS INVENTOS GRINGOS¹¹

En el año 1927 ocurrió un hecho insólito del cual se habla poco: Estados Unidos instigó a un pequeño grupo de independentistas zulianos para separar el estado Zulia del resto de Venezuela y constituir la República del Zulia, integrada por el departamento Santander de Colombia, la Goajira y el estado Zulia. El propósito era apoderarse por completo de la riqueza petrolera de la zona y ocupar un espacio geopolítico estratégico para el control del resto de Latinoamérica. Para lograr sus fines acudieron a una maniobra imperial de moda para la época: se hicieron las víctimas.

Los representantes de una compañía estadounidense, la Smith y London, declararon que sus propiedades habían sufrido daños y perjuicios a consecuencia de las conmociones políticas internas, y que el Estado no les había resarcido de las pérdidas. Ellos sabían que con sus exigencias violaban la doctrina del Derecho Internacional que ya para entonces establecía que los empresarios extranjeros,

...se someten por el hecho de establecerse en un país para ocuparse en sus negocios, a las mismas leyes y a los mismos tribunales que los ciudadanos de él, y el Gobierno no puede hacerse responsable para con ellos de las consecuencias de una conmoción, ni siquiera de una guerra civil, sin que esta responsabilidad constituya una desigualdad injustificable entre los extranjeros y los ciudadanos nacionales.

11 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 132, del 21 al 28 de julio de 2017, p. 10, sección análisis.

Pero los empresarios gringos hicieron caso omiso de las leyes internacionales. Solicitaron la intervención del gobierno de USA, apoyándose en la doctrina expansionista impuesta por el presidente John Calvin Coolidge, según la cual “donde existe la propiedad de un norteamericano, está el territorio de EE. UU., y nuestra Marina y nuestro Ejército lo protegerán”. Los gringos buscaron, además, la colaboración de líderes separatistas locales, quienes se auto proclamaron “libertadores”, y salieron a apoyarlos.

La misma estrategia les había resultado exitosa en Colombia en 1903, cuando le cercenaron Panamá. En efecto, el 3 de noviembre de ese año, el Concejo Municipal de la Ciudad de Panamá, azuzado por EE. UU., se reunió bajo la “voluntad del pueblo de ser libre y de establecer un Gobierno propio, independiente y soberano, sin la subordinación de Colombia, bajo el nombre de República de Panamá”. De inmediato Estados Unidos reconoció al reciente “Estado independiente” y ratificó un acuerdo impuesto a Colombia por medio del cual la Zona del Canal de Panamá pasaba a ser un protectorado bajo jurisdicción norteamericana. Este hecho se conoce como “El atraco yanqui, mal llamado en Colombia la pérdida de Panamá, y en Panamá nuestra independencia de Colombia”.

Unos pocos empresarios yanquis que compraron a unos pocos colombianos apátridas –“ninguno que sospecháramos fuera leal a Colombia” confesó uno de los “independentistas”– fueron los autores de este desmembramiento contra la nación colombiana. Luego del acto de mutilación, contaron con el apoyo de la marina norteamericana: más de “diez acorazados y miles de soldados yanquis invadieron Panamá” para evitar que los colombianos patriotas defendieran su territorio de los “libertadores” que lo entregaban.

Eso mismo quisieron hacer los gringos en Venezuela. Afortunadamente, desde la “Liga Antimperialista de las Américas” fue denunciado el intento de amputación de nuestro territorio y se rechazó la política injerencista de Estados Unidos y sus aliados internos. El comunista Eduardo Machado escribió en el momento:

Los yanquis en posesión de la región petrolera del Zulia, intentan separarla de nuestra nación, para repetir la maniobra de Panamá. La

separación del estado Zulia finalizará con toda esperanza de ser libres. Contra esa amenaza debemos estar alertas. La constitución del Zulia en Estado independiente daría a los Estados Unidos una base de control sobre nuestro desenvolvimiento económico y político. La constitución del Zulia en Estado independiente es la pérdida de la soberanía.

Aprendamos la lección. La integridad de nuestro territorio y su plena soberanía son temas claves en la Asamblea Nacional Constituyente. Bajo ninguna razón podemos permitir la amputación del país, el establecimiento en el mismo de “espacios independientes” o bases extranjeras donde no ejerzamos plena jurisdicción, ni el establecimiento de empresas foráneas con derechos especiales o ventajas en relación con las nacionales. Al respecto, debemos estar alerta con unos pitiyanquis que andan disfrazados de “nuevos libertadores” y que, profanando la memoria de Bolívar, están dispuestos a amputar nuestro territorio, a sembrarlo de bases militares foráneas, y a darles ventajas a los empresarios extranjeros sobre los de nuestro país. Debemos recordarles: ¡Venezuela es del pueblo venezolano!

¡SOCORRO, VIENE UN GRINGO!¹²

Cada vez que EE.UU. envía un delegado oficial suyo a Latinoamérica es porque ha perpetrado un delito y necesita justificarse, o está planificando un crimen y busca secuaces. Cuando un delegado suyo visita un país suramericano es porque algo trama. Estados Unidos no da puntada sin dedal.

El primer delegado estadounidense que vino a Venezuela llegó en 1818, hace exactamente doscientos años; se llamó Juan Bautista Irvine. Llegó con la misión de exigir que le devolvieran las fragatas gringas “Tigre” y “Libertad”. Estas habían sido confiscadas por el ejército patriota por el delito de contrabandear armas y víveres a favor de los realistas sitiados en Angostura. No pidió perdón por violar la neutralidad en la guerra entre la Venezuela insurgente y la España imperial. No, vino a exigir a nombre de EE. UU., cuyo Presidente era James Monroe, que le entregaran la prueba del delito (las fragatas) e indemnizaran a los “pacíficos” ciudadanos estadounidenses.

Bolívar se opuso a sus pretensiones injerencistas. Le manifestó: “las goletas ‘Tigre’ y ‘Libertad’ han venido a traer armas y pertrechos a los sitiados, y por esto cesan de ser neutrales, se convierten en beligerantes, y nosotros hemos adquirido el derecho de apresarlas por cualquier medio que pudiésemos ejecutarlo”. El cónsul no quiso oír los alegatos jurídicos fundados en el derecho público internacional. Envía un informe secreto

12 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 160, del 2 al 9 de marzo de 2018, p. 10, sección análisis.

a la Casa Blanca donde expresa: “Bolívar con sus pretextos se ha vuelto acusador de los demandantes. Lo que se refleja contra nuestro Gobierno. Cuando los hechos y las pruebas escasean, las suple con su inexhausta imaginación parecida a la de Don Quijote”. Ante la negativa del Libertador de plegarse a sus exigencias, se lanza a conspirar contra el líder patriota. Recomienda: “Un cambio de gobierno restauraría la ley en este país más perjudicado por los daños de un Don Quijote que por las crueldades de un inexorable y salvaje enemigo” (carta al Secretario de Estado John Quincy Adams del 1º de octubre de 1818). E insiste: “la dictadura de Bolívar debe tener un fin” (carta al Dr. Forsyth de 6 de octubre).

Casi un siglo después, en 1906, Estados Unidos envía un delegado suyo a visitar toda Suramérica. Desde la Casa Blanca se aplicaba la doctrina del “Gran garrote” contra las naciones latinoamericanas y caribeñas. Con base en esta doctrina se cometieron todo tipo de tropelías contra indefensos estados (Cuba, Puerto Rico, Colombia, República Dominicana, Haití). En especial contra Venezuela, cuyo gobierno nacionalista presidido por Cipriano Castro (1899-1908) fue sometido al boicot y a una sistemática campaña de descrédito internacional. Sin embargo, como EE. UU. aun no era la principal potencia mundial, necesitaba el apoyo de los gobiernos suramericanos para apuntalar su política exterior injerencista. Envío en 1906 un emisario llamado Elihu Root con “designios benévolos”, dijeron. El propósito de la gira “es el de tratar de convencer a los latinoamericanos de que los Estados Unidos abrigan sentimientos de amistad hacia ellos y no desean gobernar sus asuntos sino que es simplemente filantrópico el interés que toman, puesto que están dispuestos a ayudarlos a desarrollar sus intenciones a fin de que ocupen en el mundo el puesto a que tienen derecho”.

Medio siglo después, en marzo de 1954, una delegación estadounidense visitó nuestra nación, sede de la X Conferencia Interamericana, que se reunió en la UCV (que aún estaba por inaugurarse). La delegación gringa estuvo presidida por John Foster Dulles, Secretario de Estado. El representante de la potencia yanqui “condena las actividades del movimiento comunista internacional por constituir ello una intervención en los asuntos americanos”. Aclara que: “esta declaración de política exterior hecha por las Repúblicas americanas en relación con los peligros de ori-

gen extracontinental está destinada a proteger y no a menoscabar el derecho inalienable de cada Estado americano de elegir libremente su propia forma de gobierno”. Pero más allá de esa declaración de “principios democrática” que por lo demás era sostenida por los gobiernos dictatoriales de turno (Somoza en Nicaragua, Trujillo en Santo Domingo, Batista en Cuba, Pérez Jiménez en Venezuela) el gobierno de EE. UU. requería una justificación doctrinaria para invadir Guatemala, cuyo gobierno presidido por Jacobo Arbenz estaba llevando a cabo reformas a favor del pueblo, que afectaban los intereses de los grandes terratenientes, especialmente de la compañía estadounidense United Fruit Company.

De este modo, luego de la visita de Dulles a Caracas, Guatemala fue arrasada por la aviación norteamericana, apoyada por el títere Carlos Castillo Armas quien dirigió un ejército de mercenarios. Miles de inocentes mueren durante los primeros días de la invasión. Después otros miles son buscados en sus casas y asesinados. Allan Foster Dulles, hermano de John Foster Dulles y Director de la CIA, es el encargado de escribir la nueva Constitución de Guatemala.

Recientemente, en el 2018, Rex Tillerson en nombre de EE. UU. visitó distintos países de América Latina. Como J. B. Irvine propone “un cambio de gobierno” para Venezuela, pues “la dictadura debe tener su fin”. Insiste, como Elihu Root, en que ha venido con “designios benévolos”, que “abriga sentimientos de amistad”, que su propósito es “simplemente filantrópico”; y siguiendo a John Foster Dulles, dice no querer “menoscabar el derecho inalienable de cada Estado americano de elegir libremente su propia forma de gobierno”.

Claramente el visitante yanqui está preparando un crimen: la invasión de EE. UU. contra nuestro país. Además busca aliados internos y externos que lo apoyen. Se siente victorioso y ya se apresta a escribir una nueva Constitución sobre las ruinas de Venezuela. Si estudias el pasado es imposible que no llegues esta conclusión. Entonces hay que prepararse para enfrentar una invasión y resistir tanto a los invasores gringos como a sus colaboradores criollos. ¡Y algunos dicen que el estudio de la historia no sirve para nada!

PACTO SECRETO CONTRA EL IMPERIALISMO¹³

El 9 de noviembre de 1900 se firmó un pacto secreto entre varias naciones suramericanas para enfrentar el avance imperialista de Estados Unidos, y para construir una Patria Grande latinoamericana unida, soberana e independiente. El Pacto Secreto fue suscrito por los presidentes Cipriano Castro (1858-1924) de Venezuela, José Santos Zelaya (1853-1919) de Nicaragua, Eloy Alfaro (1842-1912) de Ecuador, y por el líder liberal colombiano Rafael Uribe Uribe (1859-1914). El primer paso sería el restablecimiento de la “Gran Colombia” creada por Bolívar en 1819 y que estuvo vigente hasta 1830, cuando Gran Bretaña y EE. UU. apoyados en las oligarquías locales, disolvieron ese gran Estado creado por el Libertador.

Mediante este Pacto Secreto los países signatarios se declaraban unidos por los principios de unidad, integración, antimperialismo y defensa integral de la Patria proclamados por el Bolívar. El acuerdo establecía que la agresión contra uno o más de los países aliados, generaría la solidaridad inmediata de los otros, correspondiendo al general Cipriano Castro la dirección suprema de la guerra defensiva una vez declaradas las hostilidades.

Estas precauciones no eran injustificadas. Estados Unidos a lo largo del siglo XIX venía arrollando mediante invasiones militares a las naciones latinoamericanas que adelantaban proyectos independientes o buscaban la unidad: 1) Entre 1846-1848 emprende una guerra contra

¹³ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 186, del 19 al 26 de octubre de 2018, p. 7, sección política.

México y le arrebatan la mitad de su territorio; 2) En 1854 la marina yanqui bombardea y destruye el puerto nicaragüense de San Juan del Norte, después de un intento oficial de cobrarle impuestos al yate del millonario norteamericano Cornelius Vanderbilt, quien había atracado su nave en dicho puerto; 3) En 1855 el filibustero William Walker invade Nicaragua y se proclama presidente, durante sus dos años de gobierno invade también El Salvador y Honduras, y restaura la esclavitud en los territorios ocupados; 4) finalmente, en 1898 Estados Unidos le declara la guerra a España en el momento en que los independentistas cubanos estaban a punto de alcanzar la victoria. Las tropas norteamericanas ocupan la isla de Cuba, desconocen a los patriotas y exigen como botín de guerra la posesión de Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas.

Para el momento cuando se firma el pacto, era presidente de EE. UU. William McKinley (1843-1901), responsable de la anexión de Filipinas al territorio estadounidense. Éste, primero declara que no quiere la anexión de las Filipinas: “habría sido, de acuerdo a nuestro código moral, una agresión criminal”, afirma. Luego cambia de opinión e invade, porque “los filipinos eran incapaces de auto gobernarse, y Dios le había indicado que no podían hacer otra cosa más que educarlos y cristianizarlos”. Con la invasión vino lo que se conoce como el “genocidio filipino”: fue asesinada por los marines gringos, la sexta parte de la población total del país.

De modo que tomar medidas conjuntas ante una posible invasión era cuestión de vida o muerte para las naciones latinoamericanas gobernadas por líderes nacionalistas, como lo eran Castro, Zelaya, Alfaro y el dirigente Uribe Uribe. Ante esto, la reacción de EE. UU. no se hizo esperar. En la prensa de la época manifestaron:

Hay muchas razones para creer que Cipriano Castro ha entrado en una conspiración con los presidentes del Ecuador y Nicaragua y los jefes revolucionarios de Colombia, animados por el propósito de unir 4 países en una sola confederación, con Bogotá por capital. Se sabe en los círculos diplomáticos de Bogotá, Caracas y Quito que durante un año el presidente Castro ha estado fraguando aquel plan.

A partir de entonces EE. UU. le declararon la guerra a los gobiernos y dirigentes nacionalistas involucrados en el proyecto bolivariano

de defensa antimperial, y prepararon meticulosamente derrocamientos, invasiones y magnicidios selectivos. Estados Unidos actuó siguiendo la conseja de que las venganzas se sirven frías. Cipriano Castro tuvo que enfrentar a una oposición costeadada por potencias foráneas; fue víctima de una invasión colombiana en 1901 y de un golpe de Estado apoyados por EE. UU. en 1908. José Santos Zelaya es echado violentamente del poder en 1909 por una conspiración conservadora financiada por los Estados Unidos, apoyada en las bayonetas de los infantes de marina. Eloy Alfaro es asesinado en 1912 por unas hordas azuzadas por agentes de la reacción y de las embajadas extranjeras, que luego descuartizaron su cadáver. Uribe Uribe terminó asesinado por dos sicarios en 1914, cuando nuevamente su figura se levantaba en reclamo de la soberanía colombiana y cuestionaba la apropiación por parte de EE. UU. del Canal de Panamá.

Si todo esto ocurrió a comienzos del siglo XX cuando un grupo de líderes antimperialistas acordó suscribir un Pacto Secreto y defender la Patria suramericana del avance expansionista estadounidense, entonces debemos estar preparados para enfrentar cualquier atrocidad, porque ahora gritamos a los cuatro vientos nuestras consignas, y por todas partes retumban las palabras de Chávez: “No estamos dispuestos a legarle a la posteridad el vil patrimonio de un nuevo coloniaje, sino el luminoso patrimonio de la independencia definitiva”.

INVADIR NO ES VENCER¹⁴

Cada vez que un presidente de EE. UU. anuncia una intervención militar contra cualquier nación del mundo, debemos tomarnos la amenaza en serio. En el siglo XX el primer presidente en recurrir a la invasión como política exterior fue Teodoro Roosevelt. Durante su gobierno (1901-1909) alcanzó éxitos notorios invadiendo pequeños países suramericanos y del Caribe. Consiguió amputarle el territorio de Guantánamo a Cuba en 1901 y, en 1903, el de Panamá a Colombia. En 1905 invadió República Dominicana y logró que EE. UU. se quedara con el 60 % de lo recaudado en las aduanas. Más tarde invadió nuevamente Cuba y Panamá. Estas invasiones ocasionaron grandes pérdidas de vidas, cuantiosos daños al patrimonio público y privado, terribles lesiones a la dignidad humana.

Pues bien, el gobierno de Roosevelt adversó sistemáticamente al presidente de Venezuela Cipriano Castro (1899-1908), este impulsaba una política antimperial y nacionalista que en la Casa Blanca no estaban dispuestos a tolerar. El venezolano se atrevió a incrementar el pago de impuestos a las compañías extranjeras que funcionaban en el país, entre ellas a la empresa estadounidense New York and Bermúdez Company que explotaba el lago de asfalto Guanoco, el mayor del mundo. Entonces el gobierno de EE. UU. hizo todo lo posible por boicotear a Castro: promovió la baja de los precios internacionales del café, nuestro principal producto de exportación, para reducir nuestros ingresos; favoreció a las

¹⁴ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 136, del 18 al 25 de agosto de 2017, p. 9, sección especial.

potencias europeas que en 1902 invadieron Venezuela, concediéndoles ganancias ilegítimas pagadas a costa de nuestro erario; permitió la falsificación de moneda venezolana en su territorio, a sabiendas de que sería distribuida en Venezuela entre los enemigos de Castro; financió al jefe de la oposición, el banquero Manuel Antonio Matos, quien recibió un cheque por cien mil dólares; utilizó a Colombia para que le hiciera la guerra a Venezuela y desestabilizara nuestro gobierno; desarrolló una campaña periodística contra Castro, donde lo tildaron de “mono ignorante”; apoyo a los venezolanos opositores que desde esa nación organizaban expediciones militares contra Venezuela, entre ellos a Antonio Paredes; se valió de la “Unión de Repúblicas Americanas”, antecesora de la OEA, para hostigar a Venezuela, etc. Nada de esto le dio resultado. Entonces el gobierno de EE. UU. buscó un traidor para dar un golpe de Estado. Si con esto no lograban el éxito acudirán a la invasión. Roosevelt ordenó que: “Sería bueno enviar a Venezuela varios barcos, sobre la marcha, y hacer los preparativos para despachar un transporte con marinos. Pienso también que el Comando Unificado debe preparar un plan de acción en caso de que tengamos necesidad de hacerlo”.

Si considera que estos hechos se asemejan demasiado a lo que está ocurriendo ahora, debo agregar que la razón principal por la que Donald Trump no ejecuta libremente la invasión es porque sabe, al igual que lo supo Roosevelt, que cuando las potencias europeas invadieron nuestro país en 1902, los venezolanos se organizaron en milicias para defender la soberanía nacional. Somos el pueblo de Bolívar y Cipriano Castro. Una cosa es invadirnos; otra, muy distinta, someternos y derrotarnos.

CIPRIANO CASTRO EN LA CARACAS INSURGENTE

Durante el gobierno de Cipriano Castro (1899-1908) Caracas se convirtió en noticia de primera plana en todo el mundo. El 29 de octubre de 1900 se produce un fuerte terremoto que causa numerosas víctimas. Circula la versión de que el presidente Castro se encontraba en la Casa Amarilla y saltó desde un balcón hasta la calle usando un paraguas, lo que no evitó que sufriera una fractura. En 1902 un corto circuito en la zona 2 de la estación El Encantado dejó a oscuras a toda Caracas durante 103 horas. Pero ni el terremoto ni el apagón fueron la causa de que en la prensa internacional apareciera el nombre de Caracas y del presidente de la República.

La capital de Venezuela era para entonces una urbe modesta que crecía a un ritmo lento. En 1901 Castro fue autorizado a adquirir el Palacio de Miraflores, propiedad de la familia de Joaquín Crespo, para convertirlo en mansión presidencial y sede del Poder Ejecutivo. A raíz del terremoto decidió alquilar Miraflores como residencia presidencial pues el palacio era una construcción antisísmica. En 1903 ordena también la construcción de Villa Zoila, en el suroeste de Caracas; y en 1904 la construcción del Cuartel de la Montaña, sede de la Academia Militar de Venezuela. En 1905 inaugura el Teatro Nacional de Venezuela, con capacidad para casi mil concurrentes. Por las calles de la ciudad era raro ver un automóvil, el primero llega en 1904, propiedad del Dr. Isaac Capriles. No es sino hasta 1907 que se inaugura el primer servicio de tranvías eléctricos de Caracas, con una primera ruta entre Las Flores y El Valle y otra ruta que lleva a los viajeros hasta El Paraíso, haciendo escala en la Plaza Bolívar.

En esta pequeña urbe no dejan de ocurrir hechos curiosos: en 1900 desfilaron encadenados los banqueros que se negaban a prestarle más dinero al gobierno. Durante el carnaval de 1901, con la intención de burlarse de Cipriano Castro, un grupo de estudiantes opositores de la universidad organizaron “La Sacrada”, un supuesto homenaje a Alfonso Sacre, un personaje picaresco que se vanagloriaba de haber llevado a cabo grandes proezas militares. En 1907 casi por casualidad se descubre el original del Acta de la Declaración de Independencia de Venezuela que estaba extrañada desde 1812. Pero tampoco estas noticias traspasaron las fronteras de nuestro país.

Lo que sí hizo que Caracas pasara a estar en la palestra de la prensa mundial fue que el presidente Castro, primero desde la Casa Amarilla y luego desde el Palacio de Miraflores, se atreviera a enfrentarse al gobierno de Estados Unidos presidido por Teodoro Roosevelt (1901-1909) y a desafiar a las potencias europeas que invadieron nuestro país en 1902-03. Los imperios estaban acostumbrados a que las pequeñas naciones se les sometieran.

Para esa época Estados Unidos llevaban a cabo la política imperialista del “Gran garrote”. El lema de Roosevelt era “Habla con suavidad, pero lleva contigo un buen garrote”. Esto significaba la justificación de la fuerza bruta en la resolución de los conflictos internacionales con las naciones suramericanas y caribeñas. De este modo lograron: 1) La amputación del territorio de Panamá a Colombia en 1903 y la presencia militar norteamericana en la Zona del Canal; 2) La ocupación de Cuba a raíz de la guerra hispano-cubano-estadounidense de 1898 y la construcción de una base naval en su territorio (Guantánamo) en 1903; 3) La presión desmedida sobre Haití desde 1904 para que cancelase su deuda con potencias europeas sin evaluar su capacidad real de pago; y 4) La invasión gringa a República Dominicana y la incautación de sus aduanas en 1905.

Castro se opone a todo esto y junto a otros líderes del continente crea una confederación suramericana para enfrentar la agresión gringa. A lo interno, apenas llega al poder se replantea la política de impuestos para las compañías estadounidenses que explotan nuestros recursos. Impone nuevos tributos a la New York and Bermúdez Company, que explotaba el Lago Guanoco, el mayor depósito de asfalto del mundo. Esto le

granjeó la repulsa de la Casa Blanca, que respaldó el movimiento opositor que liderizó la rebelión pro estadounidense denominada “Revolución Libertadora” entre 1901 y 1903.

Asimismo, entre 1902 y 1903 el gobierno de Castro enfrenta a las potencias europeas que invaden nuestro territorio y pretenden cobrar supuestas deudas a la fuerza. Gran Bretaña, Alemania e Italia en complicidad con Francia y Holanda, a nombre de los inversionistas de sus respectivos países conformaron una pérvida alianza y aplicaron la diplomacia de las cañoneras: disparaban primero y cobraban después.

La respuesta del pueblo venezolano, en especial del caraqueño, no se hizo esperar. El pueblo sin distingos de clase o de ideología se organizó en milicias populares y salió a enfrentar al rubio invasor. Entre los más activos en la resistencia antimperial estaba el médico de los pobres José Gregorio Hernández, primero en incorporarse a las milicias populares. En su boleta de alistamiento se confirma que “El ciudadano José Gregorio Hernández se halla alistado en la milicia de la Parroquia de Alta gracia. Vive en la calle Norte 2, casa N° 36. Edad treinta y ocho años. Estado: Soltero. Profesión: Médico”.

Los imperios se alarmaron con la osadía de los insurgentes caraqueños. De inmediato, desde la prensa extranjera, lanzaron sobre el presidente de Venezuela una lluvia de epítetos: “mono”, “orangután”, “pérvido”, “lúbrico”, “vulgar” eran algunas de las descalificaciones que empleaban contra él.

Los ánimos se fueron caldeando, Caracas se convirtió en epicentro de la resistencia antimperial. Desde EE. UU. se habló entonces de una posible invasión contra Venezuela, como las practicadas por el Tío Sam en el Caribe en aquella época. El presidente Roosevelt escribe una nota oficial donde afirma: “Sería bueno enviar a Venezuela varios barcos, sobre la marcha, y hacer los preparativos para despachar un transporte con marinos. Pienso también que el Comando Unificado debe preparar un plan de acción”.

La historia se repite: hoy nuevamente Caracas se convierte en capital de la resistencia mundial. En la Casa Blanca saben que en Caracas hasta los santos más apacibles se convierten en bravos guerreros si la planta insolente del extranjero amenaza a nuestro pueblo. Saben también que

si el despotismo levanta la voz, en toda Venezuela seguiremos el ejemplo que Caracas dio.

¿ORACIÓN POR LA GUERRA O CREDO POR LA PAZ?¹⁵

Para que una potencia invada una nación, antes debe haber inyectado odio y desprecio entre sus ciudadanos contra el gobierno y el pueblo a intervenir; de modo que la ocupación sea vista como una liberación, los crímenes como proezas, y la crueldad como altruismo. De allí que cualquier invasión, boicot o injerencismo en el extranjero va precedido: 1) de una infernal campaña de descrédito y satanización contra el presunto enemigo, especialmente hacia sus líderes; 2) de una estrategia de deshumanización de la población, de modo que se haga insensible ante el dolor ajeno; 3) de una cruzada de reafirmación de la superioridad de los invasores y de la minusvalía del pueblo agredido; y 4) de la certeza del triunfo fácil y rápido.

Sin ello sería muy difícil ganarse a la opinión pública de la nación invasora para que consienta en hacer la guerra en un país extranjero, que acepte que los más jóvenes de entre los suyos, que son los que arriesgan su vida, salgan: 1) a matar y a mutilar a una gente que en la mayoría de los casos ni siquiera conoce; 2) a destruir sin razón alguna bienes y propiedades ajenas, incluyendo escuelas, sembradíos, fábricas, iglesias y hospitales; y 3) a intervenir en un territorio que días antes no sabían dónde quedaba y que generalmente está muy lejos de su país.

Sí, por más dócil y obediente que sea la población de una potencia, debe ser persuadida por la élite gobernante de la justeza de la guerra

¹⁵ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 199, del 26 de febrero al 4 de marzo de 2019, p. 11, sección memoria.

que va librar. En ello juegan un papel muy importante los intelectuales pro imperialista: se alinean en una orquesta de muerte, bajo la batuta del Estado invasor que como un macabro flautista los arrastra hacia el exterminio del otro.

Por esa razón, los gobiernos imperiales son tan duros con los intelectuales y artistas de su país que se oponen al imperialismo y sus crímenes. Son acusados de traidores y espías al servicio del extranjero. Viven siempre bajo la amenaza de la cárcel o la muerte. Son tratados con animadversión por parte de la población guerrerista. Sus voces son acalladas, ignoradas, tergiversadas y vilipendiadas. Sus bienes incautados, sus bibliotecas saqueadas, sus libros censurados. Muchas veces deben vivir aislados dentro de su propia nación. Sujetos siempre a la requisita y la vigilancia.

Por eso celebramos que en los países invasores, los hombres y mujeres con más sentido de humanidad y compasión, den un paso adelante en favor de los oprimidos. Es indispensable que eleven su voz, denuncien las guerras de ocupación y se solidaricen con los pueblos amenazados o los países subyugados. Porque si tiene valor que la gente de un pueblo invadido o amenazado –que sufre los vejámenes y los abusos– alce la voz para defender su Patria; tiene un valor inestimable que los ciudadanos de una potencia invasora, tomen la palabra para amparar al pueblo agredido y acusar a su propio gobierno.

Eso fue lo que en el pasado hicieron una serie de intelectuales y artistas estadounidenses cuando sus gobiernos intervinieron o amenazaron con intervenir en otras naciones. No se quedaron callados ni se hicieron cómplices de la fechoría. A contracorriente de lo que demandaba su propio Estado, y de lo que significaba desentonar con la opinión pública alienada de su país: 1) hablaron y escribieron contra la política exterior de su nación; 2) condenaron abiertamente los crímenes cometidos; y 3) reclamaron justicia a favor de los débiles.

Así lo hicieron muchos durante la guerra de Vietnam, inspirados entre otros, en el ejemplo de Mark Twain (1835-1910), quien a raíz de la invasión estadounidense a las Filipinas a comienzos del siglo XX, donde los marines llevaron a cabo uno de los más sangrientos genocidios de la historia, escribió una sátira titulada “Oración de guerra”. A los ciudada-

nos estadounidenses que secundaban la invasión y rezaban para que sus hijos salieran ilesos de la guerra de ocupación y volvieran victoriosos a casa, les hizo ver que en cualquier invasión hay dos lados que sufren, y que detrás del triunfo de los suyos está la desgracia de los otros. Les explicó que si triunfaban, sería causando un gran dolor a los filipinos, que no les habían hecho ningún daño ni significaban amenaza alguna contra su país. Les pidió que se sinceraran y los instó a predicar la paz o a llevar la plegaria bélica hasta sus verdaderas consecuencias. Les escribió su “Oración de guerra”, que dice así:

Oh Señor, Padre nuestro, nuestros jóvenes patriotas, ídolos de nuestros corazones, se dirigen al frente de batalla ¡no te apartes de su lado! Desde la dulce paz de nuestros hogares nosotros les acompañamos –en espíritu– a aplastar al enemigo. ¡Oh Dios, nuestro Señor, ayúdanos a destrozarnos sus soldados y convertirlos en despojos sangrientos, ayúdanos a cubrir sus campos sonrientes con las pálidas formas de sus patriotas muertos, ayúdanos a ahogar el tronar de los cañones con los gemidos de sus heridos retorciéndose de dolor, ayúdanos a destruir con un huracán de fuego sus humildes moradas, ayúdanos a estrangular los corazones de sus inocentes viudas con dolor inconsolable, ayúdanos a dejarlas sin techo con sus pequeños para que anden solas y perdidas por el desolado país vestidos de harapos, hambrientos y sedientos, sufriendo las llamas del sol en verano y los helados vientos en invierno, con el espíritu roto, hundidos de sufrimiento, implorándote les des la muerte y siéndoles negado este descanso –te pedimos lo hagas por nosotros que te adoramos–. Señor, frustra sus esperanzas, arruina sus vidas, alarga su amargo peregrinar, haz pesados sus pasos, riega su camino con sus lágrimas, mancha la blanca nieve con la sangre de sus pies heridos. Te lo pedimos en espíritu de amor, a ti que eres la fuente del amor y fiel refugio y amigo de todos los que están cansados y buscan tu ayuda con corazones humildes y contritos. Amén.

Sí, que recen los que creen que pueden impunemente invadir el país o fomentar la guerra civil y salir ilesos. Que recen los que apoyan la invasión extranjera porque salvo los marines, aquí todos tenemos familiares

y amigos que piensan distinto a nosotros, a quienes amamos y les deseamos lo mejor; que oren porque ellos podrían ser confundidos con alguno de nosotros los patriotas y ser también víctimas del odio invasor. Que recen para que en Venezuela, donde hay libertad de religión y culto, todo se resuelva en armonía entre venezolanos. Que oren para que en vez de la “Oración de guerra” que alienta Estados Unidos, se difunda el Credo de la Paz que ha prendido en el corazón de la mayoría de los venezolanos y venezolanas. Amén.

INVASIONES HUMANITARIAS¹⁶

Uno se conmueve cada vez que un presidente de Estados Unidos anuncia las razones que lo obligan a invadir una nación. Dada la superioridad militar de la potencia que dirige no necesita explicar tanto y, sin embargo, humildemente lo hace. Se esmera de tal modo en exponer los motivos que lo llevan a tomar semejante medida, en exponer los incalculables beneficios que su decisión traerá al pueblo ocupado, y lo hace con tal lujo de detalles y exceso de modestia, que uno casi se avergüenza de no haberlo entendido antes. En esos momentos nos sobrecoge el remordimiento por no haber vislumbrado a tiempo sus generosos propósitos. Recordemos, entonces, las motivaciones esgrimidas por los presidentes de USA para invadir. Tomemos dos casos al azar.

En 1991 Bush (padre) anunció la invasión a Irak. Sus servicios secretos le revelaron que en esa nación se fabricaban armas de destrucción masiva; pero ni siquiera eso lo indujo a invadir. Tomó la decisión cuando se enteró de que los recién nacidos de Kuwait eran reprimidos por el régimen iraquí de Saddam Husein. Conmovido, relató que el dictador ordenó “¡Sacar a los bebés kuwaitíes de las incubadoras y enviar las incubadoras a Bagdad!”. Como se ve, a Bush no lo impulsó el interés por apoderarse de los pozos petroleros del Golfo Pérsico, como injustamente se ha sugerido, sino su convicción cristiana. Con la intervención salvó a decenas de bebés de la arremetida del nuevo Herodes.

¹⁶ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 137, del 25 de agosto al 1 de septiembre de 2017, p. 10, sección análisis.

En el 2011 Estados Unidos invadió Libia, el país con mayor nivel de prosperidad del África. Allí los habitantes gozaban de un elevado *standard* de vida; sin embargo, en vez de EE. UU. perder su tiempo con las naciones africanas que, producto de su incuria, vivían en la extrema miseria, optó por ayudar a los libios a vivir aún mejor. Quería convertir Libia en la Suiza africana. El pueblo libio y su gobierno rechazaron el proyecto, pero los generosos estadounidenses insistieron. Anunciaron el envío de víveres, calzado, ropa y medicinas. El gobierno de Gadafi y su pueblo se negaron a aceptar el ofrecimiento por considerarlo innecesario. Entonces EE. UU. invadió Libia. El presidente Obama explicó el motivo de la invasión: “permitir que la ayuda humanitaria llegue a los necesitados y respetar los derechos de su pueblo”.

Ahora el presidente de EE. UU. anuncia una invasión militar a Venezuela. Sacrifica parte de sus vacaciones y en el intermedio de una partida de golf en su club privado se acuerda de nosotros y con gran humildad nos explica sus motivos: “Venezuela no está muy lejos, y la gente allí está sufriendo y está muriendo. La situación del país se ha convertido en un desastre peligroso”, manifestó. Fue entonces cuando caímos en cuenta de que Donald Trump es un gran benefactor. Un estadista que practica la compasión y se preocupa por la gente que sufre. Si tuviéramos que buscar un personaje comparable en misericordia tendríamos que mencionar a Mahatma Gandhi de la India, a León Tolstoi de Rusia, al Dalái Lama del Tíbet o incluso a la madre Teresa de Calcuta de Albania.

De inmediato experimentamos el complejo por no haberlo entendido así antes. Autocríticamente, nos preguntamos: ¿por qué no le abrimos ahora las puertas del país a EE. UU. y colaboramos abiertamente con sus marines, quienes vienen de tan lejos a ayudarnos?, ¿Por qué escuchamos a quienes, siguiendo el ejemplo de Bolívar, se resistieron al supuesto atropello foráneo y salieron multitudinariamente a protestar contra la aparente amenaza?, ¿por qué no vislumbramos la ingratitud y la xenofobia de quienes, en nombre de una estrecha noción de patria y soberanía, adversan la filantrópica política exterior de EE. UU.?, ¿por qué no oímos a quienes, con la doctrina Monroe en el alma, solicitaron la invasión y las provechosas consecuencias de la misma? Avergonzados reflexionamos cómo resarcir a Donald Trump y sus marines por nuestra falta de grati-

tud. En un decidido intento de rectificación nos preguntamos: ¿cuándo lo designamos “presidente honorario” de nuestro país? ¿Por qué no les conferimos de inmediato la orden de los libertadores en su primera clase a los oficiales del Comando Sur bajo su mando?, ¿y si nos convirtiéramos en Estado Libre Asociado de EE. UU.?

Ahora nos asalta el sentimiento de culpa y el remordimiento por haber sido tan miopes e ingratos. Nos provoca arriar nuestra bandera, ocultar la imagen de nuestros próceres, esconder nuestro escudo nacional, dejar de cantar nuestro himno, salir a buscar gringos, ofrecerles disculpas y pedirles encarecidamente: “pasen adelante, el país es de ustedes y de sus aliados internos, administren nuestras riquezas, y gracias por los favores recibidos”.

RAZONES PARA INVADIR¹⁷

Todas las potencias justifican las invasiones contra las naciones más débiles. Ninguna muestra remordimiento alguno por los crímenes cometidos y por los daños ocasionados. Sus aliados menores cooperan con ellas suministrándoles más argumentos para seguir invadiendo y continuar causando dolor entre los pueblos sometidos.

Cuando el imperio español invadió Suramérica, ocupó su territorio y masacró la población autóctona, uno de sus ideólogos, Ginés de Sepúlveda (1490-1573) expresó: “Con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo e islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores a los españoles como niños a los adultos y las mujeres a los varones, o los negros a los blancos, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas”. Pues bien, cuando llegaron los españoles vivía en estas tierras una población cercana a los 100 millones de seres humanos, y fue reducida a 40 millones en solo 200 años de conquista y colonización, entre 1500 y 1700. De modo que los conquistadores, quienes ejecutaron uno de los más grandes genocidios que se conoce en la historia de la humanidad, son “gentes clementísimas” que se enfrentaron a “gentes fieras y crueles” y las exterminaron.

De igual manera, cuando los europeos invadieron África y esclavizaron su población, sus ideólogos dijeron que África era el conti-

¹⁷ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 184, del 5 al 12 de octubre de 2018, p. 12, sección análisis.

nente del Diablo; por consiguiente, la labor de los europeos consistía en llevarlos a tierras lejanas y allí convertirlos al cristianismo. Así que los africanos traídos a América habían sido elegidos por Dios para su salvación eterna. Se les decía: “El Señor Os sacó de vuestra tierra, y os escogió para enseñaros el camino verdadero y cierto de la bienaventuranza”. Millones de africanos fueron esclavizados y sometidos a todo tipo de torturas si se negaban a trabajar o buscaban su libertad. En eso consistió “la bienaventuranza”.

Cuando en 1983 fuerzas militares de Estados Unidos invadieron Granada, que es una de las naciones más pequeñas del hemisferio occidental, el argumento utilizado por el gobierno estadounidense para intervenir fue que la isla representaba una “amenaza a la seguridad de los estadounidenses residentes en el país caribeño debido a la inestabilidad política”. Seis países del Caribe aliados a EE. UU. (Antigua, Barbados, Dominica, Jamaica, Santa Lucía y San Vicente y las Granadinas) se prestaron a esta intervención internacional. Alegaron “motivos humanitarios” y acto seguido reforzaron a los 5000 marines y boinas verdes que desembarcaron en la isla apoyándoles con 300 policías... “Algo es algo”, dijeron. Lo que nunca EE. UU. logró explicarle al mundo fue cómo una isla tan pequeña como Granada podía ser una amenaza para la nación más poderosa del planeta, cuando esta pequeña isla –conocida como “isla de las especias”–, solo ha producido nuez moscada, clavo, jengibre y canela, productos que difícilmente pueden convertirse en proyectiles.

Las invasiones generan padecimientos y dolor entre los habitantes de los países ocupados. Miles de personas son asesinadas, torturadas o encarceladas, sin distinciones políticas o de clase social. Por ejemplo, después de la invasión y posterior derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, fueron exterminados más de 200 mil guatemaltecos. En Panamá, durante la invasión estadounidense de 1989, mataron en pocos días más de 4000 personas. De modo que, tras cualquier invasión, solo queda el rastro de la muerte y la ruina, así la ejecuten “gentes clementísimas”, auspiciadoras de “bienaventuranza”, que esgrimen “motivos humanitarios”.

VISITAS DE FIN DE AÑO¹⁸

La navidad es la época ideal para promover la fraternidad y la buena vecindad entre los pueblos. Por esta razón en esta época Estados Unidos envía delegados a las naciones vecinas del sur y hace llegar sus parabienes y buenas nuevas. Lo hace en nombre del espíritu de la navidad y por el bien de todos, aunque no todos lo comprendan así. Son redentores de la humanidad que anuncian la llegada del Niño Dios. Llegan entonando el tradicional cántico decembrino “Jingle Bells” y repiten candorosamente su estribillo “Navidad, Navidad, dulce Navidad”, mientras sus marines convencen a los más reacios de que no los anima otro propósito que la caridad y la compasión.

Estas prácticas navideñas comenzaron en diciembre de 1817. En junio de ese año, siguiendo órdenes de Simón Bolívar, una expedición de patriotas suramericanos se adueñó de la Florida española, cuya posición estratégica era clave en nuestra lucha por alcanzar la independencia de todo el continente americano del imperio español. Allí nuestros internacionalistas fundaron una república independiente que llegó a poseer su propia constitución, su bandera y su moneda nacional. La respuesta de Estados Unidos llegó con la navidad. El 23 de diciembre enviaron una expedición militar dirigida por Andrew Jackson que tomó la isla por la fuerza, expulsando a los patriotas y apoderándose de un territorio que no les pertenecía. Para navidad no quedaba un solo patriota hispanoameri-

¹⁸ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 193, del 25 de diciembre de 2018 al 11 de enero de 2019, p. 10, sección análisis.

cano en la península. Los enviados del Norte celebraron con pavo asado y tarta de manzana el regalo territorial de Santa Claus.

Años después, el 2 de diciembre de 1823 el gobierno de EE. UU. hizo su carta al Niño Jesús. En la Casa Blanca formularon la Doctrina Monroe, donde hacían su petición al Redentor: “América para los americanos”, que significa el control de todo el continente por parte de los estadounidenses. Cada cierto tiempo renuevan esta solicitud. Ya para 1912 el presidente Taft avizora: “No está distante el día en que tres estrellas y tres franjas en tres puntos equidistantes delimiten nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. El hemisferio completo de hecho será nuestro en virtud de nuestra superioridad racial, como es ya nuestro moralmente”.

De este modo, han sido muchas las oportunidades en que la navidad sirvió de escenario para la visita de los enviados del Tío Sam. Entre las más recientes está la invasión a Panamá, llevada a cabo a partir de la medianoche del 20 de diciembre de 1989, cuando los niños y niñas panameños dormían, soñando quizás con los regalos que les traería el Niño Jesús. En vez de eso vivieron una pesadilla: recibieron la visita de 26 mil infantes de marina que bajaron de los cielos, sufrieron el impacto de miles de bombas, los disparos a mansalva y los cañonazos a granel. La operación dejó no menos de cuatro mil víctimas inocentes. Muchas de ellas murieron ametralladas o incineradas dentro de sus propias casas o en sus alrededores cuando trataban de escapar. El ruido no les permitió oír el “Jingle Bells” que transmitía la aviación ocupante.

Los días siguientes toda Panamá se convirtió en un inmenso campo de concentración; en una grieta del infierno donde los bienes se convirtieron en escombros, las calles en territorio de muerte, las playas en fosas comunes, y la navidad en calvario. Todo esto recibió el piadoso nombre de “Operación Causa justa”. Uno de los nuevos mandatarios colocado por EE. UU., Guillermo Ford, fue uno de los pocos que vislumbró el noble propósito de los enviados del Pentágono. Expresó: “Si tuviera que volver a hacerlo, lo haría. El costo fue alto. Fueron hombres, mujeres, civiles y militares que dieron sus vidas no por nosotros sino por la democracia, por la libertad, por la soberanía. Y no me importa pagar ningún precio por ser libre”.

En Venezuela, en tiempos de Revolución también recibimos en diciembre la visita de los emisarios del Norte y sus benévolos concesionarios. Nos venden pinos navideños, figuras de San Nicolás y mercancías para el consumismo; y nos regalan de todo: huelgas petroleras y patronales, guarimbas y desabastecimiento, sabotaje financiero y cibernético.

Mientras esto ocurre, los venezolanos hacemos el pesebre y celebramos el nacimiento del Niño Dios. Allí reside, quizás, nuestra mayor fortaleza: estamos convencidos de que la vida se impone a pesar de la asechanza de Herodes, que solo los pobres dan cobijo a los pobres, que nos guía la estrella del bien, y que con cada navidad renace de nuevo la esperanza de construir un mundo mejor.

BLOQUEO CONTRA HAITÍ¹⁹

Desde su nacimiento Estados Unidos ha hecho uso de las tácticas del bloqueo y el boicot comercial como medio de sometimiento contra las naciones y pueblos que luchan por su soberanía. Uno de los primeros países bloqueados fue Haití. No es casual que haya sido precisamente contra Haití que se haya empleado esta táctica de guerra: 1) era una de las colonias europeas más importantes de la época; 2) allí la población era predominantemente de origen africano; 3) por medios violentos lograron (1793) la abolición de la esclavitud; 4) derrotaron militarmente a los poderosos ejércitos europeos que vinieron a enfrentarlos; y 5) se convirtieron en la primera nación independiente (1804) de América Latina y el Caribe.

En efecto, Haití (para entonces llamada Santo Domingo) era la principal colonia francesa y, posiblemente, la más rica colonia del mundo, gracias a la proliferación de plantaciones de azúcar, café, y otros productos. En 1789, representaba las dos terceras partes del comercio de Francia con el exterior y era la salida comercial más importante para el tráfico europeo de esclavizados. Para Francia es clave para su supervivencia y desarrollo. De hecho, Haití significó más para la economía francesa del siglo XVIII que todas las posesiones francesas del África del siglo XX. Pero toda esta prosperidad económica se basaba en la mano de obra esclava.

Y en agosto de 1791, dos años después de la Revolución Francesa, los esclavizados de Haití se rebelan contra uno de los más salvajes regí-

¹⁹ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 163, del 3 al 10 de abril de 2018, p. 10, sección análisis

menes esclavistas de toda América. Los instigadores de la insurrección se aglutinan alrededor de su jefe, Boukman, en el bosque de la montaña Morne Rouge, a la luz de las antorchas y bajo la lluvia de una tormenta tropical. Realizan una ceremonia y Boukman eleva una plegaria donde dice a los suyos: “El dios de los blancos les inspira crímenes, pero el nuestro sólo nos empuja hacia las buenas acciones. Nuestro dios, bueno para nosotros, nos ordena vengarnos de las ofensas recibidas. El dirigirá nuestras armas y nos ayudará”. En pocos días, la insurrección se extendió por toda la isla. Uno de los líderes de la sublevación, Toussaint L'Ouverture escribió a los franceses: “Hemos sabido afrontar todos los peligros para obtener nuestra libertad, y sabremos afrontar la muerte para preservarla”.

Es la primera vez en la historia que los esclavizados negros de una nación abolieron por la fuerza la esclavitud (1793) y se liberaron, combatiendo y derrotando las potencias coloniales más poderosas de entonces: Francia, Inglaterra y España. Sometieron sucesivamente a los blancos esclavistas de la isla, vencieron un ejército español que fue en su apoyo, una expedición británica compuesta por 60.000 hombres y una expedición francesa de tamaño similar comandada por el cuñado de Napoleón Bonaparte.

Surgió el movimiento de los “Jacobinos Negros”, cuya influencia se propagó por todo el Caribe insular y continental causando pavor entre la oligarquía racista de Suramérica y EE. UU., temerosas de que el ejemplo haitiano contagiara al resto de la población esclava del continente y de las islas.

Entonces, las potencias esclavistas reaccionan con furia. Haití sufre un largo período de aislamiento internacional promovido, fundamentalmente, por Europa y Estados Unidos: no admiten la existencia de una nación gobernada por antiguos esclavos. Ello implicaba una amenaza para sus propios sistemas esclavistas y para su prestigio como potencias blancas.

EE. UU. jugó un papel protagonista en su odio al pueblo haitiano. Ya en 1791 George Washington, apoyaba financieramente a la administración colonial francesa; sin tal apoyo la estructura militar de la monarquía francesa no habría podido sostenerse durante los primeros meses de la revolución antiesclavista e independentista haitiana. En 1805, el secreta-

rio de Estado Norteamericano James Madison, coincidió con el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Charles Talleyrand, en que: “La existencia de un pueblo negro en armas es un espectáculo horrible para todas las naciones blancas”. En 1806 Estados Unidos se suma al bloqueo contra la Haití impuesto por las principales potencias europeas, su presidente Thomas Jefferson prohíbe el comercio norteamericano con esa isla caribeña; y en 1807 renueva el embargo económico contra el gobierno haitiano y promueve la división territorial de esta isla caribeña, una república ubicada en el Sur y una monarquía ubicada en el Norte. La primera fue presidida por Alexandre Petión y la segunda por Henri Christophe.

A comienzos del siglo XIX, Haití, un pueblo digno demostró que se puede resistir, e incluso vencer a los imperios más poderosos. Para retomar la expresión de C. L. R. James, autor de la obra *Los Jacobinos Negros*: “los esclavos que hicieron la revolución haitiana fueron verdaderos héroes de la emancipación humana”. Por esta razón un líder de la negritud, el martiniqueño Aimé Césaire afirmó: “Haití representa las Antillas heroicas y las Antillas africanas. Haití es el país donde el hombre negro se ha puesto de pie por primera vez, para afirmar su voluntad de formar un nuevo mundo, un mundo libre”.

Hoy, a comienzos del siglo XXI, el bloqueo y el embargo son aplicados contra Venezuela. Las distintas potencias imperiales lideradas por EE. UU. se coaligan para impedir la propagación de las ideas revolucionarias en Latinoamérica y el Caribe. Olvidan que cuando en 1816 Bolívar visitó Haití para solicitar ayuda para impulsar la independencia de toda Suramérica, su presidente Alejandro Petión le regaló su espada libertadora. Y hoy, esta espada ha sido desenvainada de nuevo para cortar las amarras que pretenden someternos. En Venezuela tenemos la firme voluntad de “formar un nuevo mundo, un mundo libre”.

MANOS FUERA DE VENEZUELA²⁰

El imperio estadounidense siempre ha metido sus manos en las naciones latinoamericanas que luchan por su soberanía, y desde acá los pueblos insurgentes le han exigido que saque sus manos de nuestras naciones. Han sido muchas las oportunidades en que las manos gringas se han manchado con la sangre de los suramericanos; muchas las ocasiones en que estas manos se han hundido en las entrañas de nuestra tierra en busca de petróleo, hierro, cobre, oro... Nunca estas manos se han extendido amistosamente para construir lazos duraderos de amistad con Latinoamérica; al contrario, se convierten en puños que solo saben amenazar, golpear y aporrear. No han servido para construir, sino para aniquilar; no han sido usadas para dar vida, sino para arrebatarla. Como tenazas pretenden aprisionarnos; como garras, desgarrarnos; como zarpas, lesionarnos. No hay manos que agraven tanto. Por eso los latinoamericanos con sentido del honor le gritan con firmeza a los yanquis: “saquen sus manos de nuestra patria”.

Así ocurrió en Nicaragua a comienzos del siglo XX cuando Estados Unidos invadió el país centroamericano y sometió a la población a una guerra de exterminio que causó miles de muertos y cuantiosos desastres. A los invasores, que para el momento de la ocupación dispusieron de 6 cruceros de guerra, 5000 marines, 27 aviones y 14 buques de guerra, se les enfrentó un ejército popular prácticamente desarmado que luchaba

²⁰ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 198, del 15 a 22 de febrero de 2019, p. 6, sección política.

con rifles capturados al enemigo, granadas de mano fabricadas con latas de sardina, machetes con los que trabajaban en sus conucos y hondas con las que eran capaces de derribar aviones.

Su líder fue Augusto César Sandino (1895-1934). La poeta chilena Gabriela Mistral (1889-1957) lo llamó “héroe nato y criatura providencial”, e invitó a los jóvenes de Suramérica a unirse al “pequeño ejército loco de voluntad de sacrificio” que enfrentaba a EE. UU., “para ofrecerle a Sandino lo mejor que puede cederse”. Les incitó al ejercicio de la solidaridad: “Harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro”, les dijo. Entre los latinoamericanos que se incorporaron con más fervor a esta lucha anti-imperialista estuvieron, como siempre, y en la primera fila del combate, los venezolanos; entre ellos Carlos Aponte Hernández, quien llegó a ser Coronel del ejército sandinista, Carlos León, Salvador de la Plaza y los hermanos Gustavo y Eduardo Machado.

Precisamente, gracias sobre todo al trabajo de Gustavo Machado, el 18 de enero de 1928 fue fundado en México el “Comité Manos Fuera de Nicaragua” (Mafuenic) que de inmediato organizó actos de calle “contra el imperialismo yanqui, por la liberación de Nicaragua y de toda América”. Los principales objetivos del Comité fueron: “1) el envío de medicamentos y en general de auxilios médicos a Sandino, ya que son los únicos elementos que le faltan para continuar la lucha contra los invasores extranjeros; 2) hacer la propaganda más amplia contra los procedimientos del imperialismo norteamericano en Nicaragua, así como en los demás países latinoamericanos, y a favor de la lucha emancipadora de Sandino”.

Al Comité Manos Fuera de Nicaragua se le unieron decenas de organizaciones internacionalistas, entre ellas la Liga Antiimperialista de las Américas, la Unión Centro Sud Americana y Antillana (representada por Carlos León), el Congreso Antiimperialista Mundial y la Liga Internacional Antifascista, entre muchas otras. Por otra parte, y para difundir las labores del Comité y llamar a la conformación de más filiales se fijaron los días 11 y 12 de febrero como “Días Manos fuera de Nicaragua”.

El Comité Manos Fuera de Nicaragua se convirtió en un articulador de los movimientos antiimperialistas y antifascistas del momento y en el principal vocero internacional de la Nicaragua Sandinista. Efectuó una

sistemática campaña de divulgación tanto de los crímenes del imperialismo estadounidense en Nicaragua y América Central, como de las acciones de resistencia antimperial llevadas a cabo por el ejército sandinista. Tal fue su influencia que incluso Albert Einstein se pronunció públicamente “contra la política imperialista del Gobierno estadounidense, persiguiendo y destruyendo a los defensores de la independencia de Nicaragua”. El Comité logró, además, la conformación de sucursales en todo el mundo, incluso en Estados Unidos, donde su organización fue posible debido especialmente a la iniciativa de Eduardo Machado y de Sócrates Sandino (hermano del líder nicaragüense), quienes residían temporalmente en el país del norte. Allí lograron imprimir diez mil estampillas con la leyenda “Proteste contra la intervención de los marines en Nicaragua”. Incluso hubo movilizaciones y campañas de agitación frente a la Casa Blanca que, por supuesto, fueron violentamente reprimidas.

Hoy en nuestro país, al igual que ayer en Nicaragua, las manos arteras de Estados Unidos pretenden asfixiar un pueblo que no acepta someterse. *Son manos infames, surcadas de maldiciones, sucias de muerte y tierra, oscuras de sangre ajena.* Y hoy, emulando las lecciones del pasado, levantamos la consigna “Manos Fuera de Venezuela” (Hands off Venezuela). Comenzamos por recoger millones de firmas en apoyo a la Patria de Bolívar y en contra de las amenazas de invasión yanqui. Participamos en las movilizaciones populares en defensa de Venezuela. Organizamos en el mundo entero los comités de solidaridad con nuestra Patria. Dictamos charlas y conferencias contra la amenaza de ocupación. Difundimos revistas, libros y videos que explican la verdad sobre Venezuela. Articulamos a las distintas organizaciones que a nivel mundial luchan por la paz y contra el intervencionismo. Denunciamos a los “traidorzuelos o almas secas del sur” –así los llamó Sandino– que promueven la injerencia extranjera.

Hoy desde Venezuela, a los gringos y a los “traidorzuelos o almas secas del sur” les repetimos las palabras que le dirigiera Sandino a un general estadounidense invasor: “nos oponemos a toda intromisión del gobierno de Usted en los asuntos interiores de nuestra nación, la soberanía de un pueblo no se discute, sino que se defiende con las armas en la mano”. Al gobierno de Estados Unidos le pedimos, le exigimos, le ordenamos: ¡Manos fuera de Venezuela!

∞ V ∞
Las armas del Monroísmo

OPERACIÓN BALBOA: PASADO Y PRESENTE²¹

El año 2001 marca el comienzo del siglo XXI y del tercer milenio de nuestra era. Ese año ocurrieron una serie de hechos que hacían presagiar que a partir de entonces ya nada sería igual en todo el planeta. Las piezas del ajedrez geopolítico se fueron acomodando para una reorganización del mundo. En enero, en Estados Unidos, George W. Bush toma posesión como presidente. Se estrena en política exterior mandando a bombardear la antiquísima ciudad de Bagdad, capital de Irak. Luego, el 11 de septiembre se perpetran los atentados simultáneos contra las Torres Gemelas y el Pentágono; y la Casa Blanca saca partido del evento. A partir de entonces la lucha contra el terrorismo será la excusa perfecta para enfrentar internacionalmente a cualquier gobierno nacionalista o antimperialista. Así, en octubre, Estados Unidos y sus aliados invaden Afganistán en represalia por su supuesta participación en el atentado terrorista del 11 de Septiembre. Afilan sus garras para atrapar cualquier presa.

Y una de sus presas más codiciadas es Venezuela y su Revolución. Para entonces, el Gobierno Bolivariano ya era percibido desde el Norte como potencial enemigo. Encabeza los proyectos integracionistas suramericanos, adversa abiertamente el proyecto de subordinación de Suramérica a Estados Unidos conocido como el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), y fomenta alianzas que repotencian la OPEP

²¹ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 135, del 11 al 18 de agosto de 2017, p. 12, sección análisis.

y el reposicionamiento internacional de las naciones productoras de hidrocarburos, entre ellas Venezuela.

En este contexto ocurre un hecho que los venezolanos no debemos olvidar: el Plan Balboa. Fue un operativo militar fraguado por EE. UU. para invadir Venezuela y apoderarse de nuestras riquezas. La intención era derrocar al presidente Chávez, quien sería suplantado por un gobierno *de facto* a las órdenes de la Casa Blanca. Dicho régimen debía acabar con todo foco de resistencia popular, abolir la Constitución de 1999, destruir el Estado democrático y desmembrar la Nación venezolana.

Pero una invasión no se ejecuta sin una cuidadosa preparación y sin crear las condiciones objetivas y subjetivas que la hacen posible. Internamente había que hacer arder a Venezuela, crear desestabilidad y violencia, y responsabilizar al gobierno bolivariano de tener las manos manchadas de sangre. De esto se encargarían internamente la oposición venezolana y los medios privados, siguiendo el mandato de EE. UU.. Externamente, se necesitaban aliados que estuvieran dispuestos a hacer el trabajo sucio a cambio de algunas migajas. La labor fue encomendada a tres países subordinados: España, Colombia y Panamá.

Ahora bien, ¿cómo fue orquestado el asalto a nuestro país? El operativo comenzaba como un imaginario ejercicio didáctico en el seno de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas Españolas. Éstas llevaron a cabo una actividad pedagógica llamada “Juego de Guerra” que consistía en la simulación de una invasión del occidente de Venezuela desde Colombia y Panamá dirigida por EE. UU., que debía intervenir porque estábamos a las puertas de una guerra civil. La situación se había tornado tan grave que el Consejo de Seguridad de la ONU autorizaba la incursión. En el pensum se “aclaraba” con el mayor cinismo: “El planteamiento del ejercicio presenta una situación ficticia, producto de la evolución de unos acontecimientos imaginarios aunque parezcan adaptados a una situación real”.

Prácticas similares se llevan a cabo siempre que se pretende invadir cualquier país a fin de preparar psicológica y militarmente a los ocupantes. En este caso los “estudiantes” debían planificar operaciones armadas por aire, tierra y mar. El líder de la operación, EE. UU., era identificado como el País Azul; Colombia, su peón, como el País Blanco; Panamá, su protectorado, como el País Cian, y Venezuela, el “Estado

fallido”, como el País Marrón con una “zona de guerra” de color Negro. Los colores no son casuales. Las simulaciones se llevaron a cabo y se consideraron todos los escenarios para lograr el objetivo. Al final los cursantes fueron sometidos a rigurosas evaluaciones llevadas a cabo por grupos de expertos entrenados por la OTAN.

Un oficial venezolano estaba haciendo el curso. Era parte de la estrategia imperial: buscaban gente capaz de traicionar a su patria. Pero este militar se indignó por el “juego de guerra” en el que Venezuela era atacada. Vio como el puente sobre el Lago era derribado, los aeropuertos inhabilitados, los pozos petroleros incendiados, los puertos bloqueados, los cuarteles asaltados y la población masacrada. “Cuando ya estaban devastadas las bases militares del país, un avión civil surca las aguas del Caribe y es derribado. El oficial venezolano preguntó por qué, y le respondieron que allí iba el líder del país marrón. Más claro, imposible”. Las protestas del venezolano no fueron tomadas en cuenta y las clases continuaron normalmente. Cuando esto se supo en Venezuela, Chávez advirtió: “No se equivoquen, porque si algún día se les ocurre la loca idea de venir a invadirnos, aquí los haremos morder el polvo defendiendo la libertad de nuestra tierra. Que no se olviden los gringos que aquí están los hijos de Bolívar dispuestos a ser libres”.

Ahora, en tiempos constituyentes, llegan noticias acerca de la reactivación del Plan Balboa. Los actores son los mismos: Estados Unidos que dispone de gran poderío económico, mediático y militar; Colombia que mantiene en su territorio siete bases militares gringas alrededor de nuestro país, y acaba de firmar la paz con las fuerzas revolucionarias internas, lo que le deja las manos libres para apretar el gatillo contra Venezuela; Panamá que, entre otras, dispone de “La Base Howard”, que en los juegos de guerra del pasado fue la base para centenares de salidas de aviones hacia Venezuela; finalmente España, que aún no supera la frustración por la paliza que le dimos durante la lucha por la independencia y que, desmemoriada como es, olvida que EE. UU. le hizo injustamente la guerra en 1898 y le arrebató sus posesiones. Ahora se incorpora el Reino Unido que pretende arrebatarle más territorio a Venezuela.

Para la aplicación del nuevo Operativo Balboa, EE. UU. necesita un acto de rebelión real o simulada en las filas de la Fuerza Armada Nacio-

nal Bolivariana. Esta es la razón por la que supuestos militares atacan nuestros cuarteles a nombre de un hipotético sector descontento de la oficialidad. Este es el motivo por el cual filman comunicados públicos y divulgan la grabación en las redes sociales. Con estos ataques se activa nuevamente el Plan Balboa. Renace también el espíritu libertario de Chávez y de Bolívar. Como dijera el Comandante: ¡No se equivoquen!

AGENCIAS DE NOTICIAS ¿LIBERTAD DE EXPRESIÓN O DE MANIPULACIÓN?²²

Cuando un gobierno progresista llega al poder, la libertad de expresión se convierte en el derecho que con más empeño defienden los empresarios de los medios de comunicación. Para ellos, la libertad de expresión es un trapo que enarbolan cuando les interesa y que enlodan cuando les conviene. La verdad es que dentro de sus empresas estos adalides de la libertad ejercen una rigurosa censura y excluyen cualquier opinión divergente. Sus periódicos, emisoras radiales, canales de televisión y cadenas informativas constituyen el soporte comunicacional de la clase social a la que pertenecen y del imperio al que sirven. Esto es especialmente cierto en el caso de las injerencistas transnacionales de la comunicación estadounidenses: sus cruzadas informativas sobre Latinoamérica pretenden socavar la autoridad de los dirigentes y desestabilizar los gobiernos soberanos.

En vida del Libertador, por ejemplo, desde Estados Unidos se desarrolló una cruzada difamatoria en su contra. En la Casa Blanca, Simón Bolívar era considerado un potencial enemigo porque estaba llevando a cabo un proyecto integracionista ambicioso: una república (Colombia) integrada por varias naciones hermanas que podían desafiar el poderío de cualquier potencia imperial. Esto era demasiado para el naciente imperio del Norte. Por supuesto que los periódicos no dijeron las verdaderas razones del ataque contra el Libertador. Se dedicaron simplemente a

22 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 113, del 10 al 17 de marzo de 2017, p. 12, sección huellas.

denigrarlo. El “dictador”, el “usurpador”, el “loco de Colombia” lo llamaban. Así lo informa Belford Wilson, nuestro cónsul en Washington. En carta enviada a Bolívar (1827) denuncia “Por aquí tienen contra usted una agresiva campaña. No he encontrado un solo norteamericano que hable bien de Usted; los papeles públicos que circulan del uno al otro extremo de los Estados Unidos sólo hacen calumniar y denigrar los actos y su reputación. Sería inútil empeñarse en contener el torrente de mentiras que se publican cada día”.

Tras la cortina de la libertad de expresión se escondían los verdaderos designios imperiales y los intereses de los dueños de los medios: impedir la integración hispanoamericana y minar el prestigio del Libertador. Los periódicos de los oligarcas nacionales, marionetas de las publicaciones gringas, se hacen eco de las calumnias. Pero Bolívar les salió al paso y estableció que los directores y articulistas debían asumir la responsabilidad por sus escritos, de modo que quienes traspasaran los “justos límites” y “abusaren de esta libertad” deberían ser castigados, “dictando contra este abuso penas proporcionales”.

Lo mismo pensaba Simón Rodríguez, para él, el interés por divulgar ideas y puntos de vista no podía dejarse al libre albedrío de los propietarios de medios de comunicación y de otros grupos económicos o de poder nacional o extranjero. Para él, el Estado debe controlar su uso para que no vaya en desmedro del “Bien Común”. Demanda: “Destiérrese de las sociedades cultas el pernicioso abuso de la prensa... No se autorice en público lo que la urbanidad condena en reuniones privadas”.

Ahora, las factorías comunicacionales yanquis creen que están por encima de la ley. Consideran que tienen patente de corso para decir cualquier cosa, de cualquier manera, sobre cualquier tema, sin importar si lo que dicen está ajustado o no a la verdad y a la ética. Difunden las mentiras más descabelladas contra quienes enarbolan proyectos políticos emancipatorios, silencian los hechos criminales que perpetran sus aliados de clase o distorsionan la información que no les favorece.

En la actualidad se intensifican las campañas mediáticas extranjeras contra Venezuela. El “torrente de mentiras” no se detiene. Entonces, como nación soberana, nos vemos obligados a tomar medidas y aplicar “contra este abuso penas proporcionales”. Y eso es lo que ha hecho nues-

tro gobierno cuando Conatel ordenó la suspensión y salida inmediata de las transmisiones del Canal de Noticias CNN en español del territorio nacional. ¿O es que en defensa de la libertad de información vamos a permitir la libertad de manipulación y opresión? Recordemos el informe del senado de EE. UU. donde reconoció que “el tema de la libertad de expresión fue el más importante dentro de la campaña internacional contra Allende”. ¡Aprendamos las lecciones de la Historia!

LA MENTIRA POLÍTICA COMO INSTRUMENTO DE DOMINIO²³

Hay libros proscritos en el campo de la política; quienes los han leído y aplican sus enseñanzas no los nombran ni los muestran en público. Uno de estos libros es *El arte de la mentira política*, folleto satírico publicado en el siglo XVIII, escrito por John Arbuthnot y prologado por Jonathan Swift, el autor de *Los viajes de Gulliver*. Lo primero que destacan los autores es que la “mentira es un arte útil y noble”, consiste en “hacer creer al pueblo falsedades saludables con un buen fin: hacerse con el poder y conservarlo”. Dan consejos para que las mentiras parezcan verosímiles, se difundan más rápido o duren más tiempo. Recomiendan asimismo que los políticos mendaces no se crean las falsedades que inventan, porque podrían terminar intentando resolver los problemas a partir de creerse las mentiras ideadas por ellos mismos. Les sugieren, en caso de ser desenmascarados y para salvaguardar su credibilidad, “no decir nada durante tres meses que no sea verdadero; esto les dará derecho a difundir mentiras durante los siguientes seis meses”. Les hacen ver que no deben perder la fe en la eficacia de la mentira porque “al igual que el más vil de los escritores tiene sus lectores, el más grande de los mentirosos tiene sus crédulos: y suele ocurrir que si una mentira perdura una hora, ya ha logrado su propósito, aunque no perviva. La falsedad vuela, mientras la verdad se arrastra tras ella”.

En EE. UU. este texto no es fácil de conseguir, a pesar de las sucesivas ediciones. Cada tiraje se agota de inmediato solo con las compras que

²³ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 120, del 28 de abril al 5 de mayo de 2017, p. 12, sección análisis.

hacen los funcionarios de la Casa Blanca, el Departamento de Estado, el Pentágono y el Congreso. La mentira es la filosofía que orienta la política exterior de esta nación. En el 2002, por ejemplo, el vicepresidente de EE. UU. Dick Cheney aseveró: “No hay duda de que Saddam Hussein tiene armas de destrucción masiva. No hay duda de que él las está acumulando para usarlas contra nuestros amigos, contra nuestros aliados y contra nosotros”. Luego, en el 2003 el presidente George W. Bush afirmó: “En Irak hemos encontrado las armas de destrucción masiva. Así como los laboratorios biológicos”. Partiendo de esta premisa el gobierno estadounidense desplegó una feroz guerra que causó la muerte de medio millón de iraquíes y redujo el país a escombros. Cuando en el 2005 se realizaron las investigaciones en búsqueda de las armas, no se encontró ni un insecticida. Sin embargo, EE. UU. no se retractó. Sus tropas se quedaron en Irak, montaron gobiernos títeres, masacran a la población y están dedicados a hacer negocios con la reconstrucción del país que destruyeron.

Ahora EE. UU. recurre nuevamente a la mentira para imponer sus políticas de dominio. Ataca Siria bajo el viejo pretexto de que su gobierno hace uso de armas químicas de destrucción masiva. Esconde la verdad: el gobierno sirio intenta acabar con los depósitos de armas químicas que los “rebeldes” usan contra la población. Pero las evidencias poco importan. A Estados Unidos lo único que le interesa es encontrar la excusa perfecta para reactivar su industria armamentista y apropiarse de los recursos minerales de Siria.

Otra gran mentira: en 1945 inmediatamente después de lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima, el gobierno estadounidense negó que la misma propagara una onda radiactiva y que ello estuviera ocasionando muertes. El reportero Wilfred Burchett viajó a Hiroshima y desmintió la falaz versión. A consecuencia de ello fue despedido del periódico donde trabajaba y sometido a una infamante campaña. Ahora EE. UU. acaba de lanzar en Afganistan “la madre de las bombas”, su vocero oficial explicó que el bombardeo solo tiene fines disuasivos y no ha causado muertes. Mientras daba la declaración escondía con disimulo la nueva versión de *El arte de la mentira política*. ¡Todos lo vieron!

Del mismo modo en Venezuela, a pesar de la conocida aversión a la lectura de parte de los políticos de oposición quienes prefieren “trin-

cheras de piedras a las trincheras de ideas”, la obra *El arte de la mentira política* es leída con entusiasmo por los dirigentes de la MUD y los parlamentarios de la Asamblea Nacional. Es el texto de cabecera de nuestros eternos viajeros, y lo llevan en su equipaje de mano cuando visitan cualquier país para desprestigiar al nuestro. Por supuesto no lo enseñan a sus anfitriones, por temor a que éstos crean que tienen la intención de engañarlos también a ellos.

Lo cierto es que los líderes opositores se han tomado muy en serio las recomendaciones sobre las mentiras hechas por Arbuthnot y Swift. Siguen al pie de la letra sus previsiones. En ese sentido nadie entre ellos se hace responsable por las mentiras que echan a rodar, tal y como se recomienda en la obra mencionada. De este modo “pocas son las mentiras que llevan las señas de su inventor y el más prostituido de los enemigos de la verdad puede difundir millares de mentiras sin que pueda conocerse su autor”. Se plantean “hacer de la montaña montículos y de los montículos montañas”, y para ello “se confían a los ministros extranjeros y hacen subir o precipitarse el crédito de la nación” tal y como indica el manual. Están desesperados, se valen de la mentira para alcanzar el poder o “vengarse cuando se ha perdido”. Saben que “la mentira es el último consuelo de los grupos derrotados”. Pretenden crear matrices de opinión negativa contra el gobierno y los líderes revolucionarios. Construyen “enjambres de mentiras que zumban alrededor de las cabezas de algunos, como hacen las moscas en torno a las orejas del caballo durante el verano, son legiones flotantes que pululan, tantas como para oscurecer el aire”. Durante sus manifestaciones callejeras sus mercenarios aparecen flanqueados con armas de última tecnología, pero no dejan de usar palos y piedras que recogen entre los escombros que van dejando. Para ellos “la verdad debe quedar enterrada bajo un montón de piedras”, como recomendaban los autores de *El arte de la mentira política*.

En el pasado los que ahora son oposición, mientras ejercieron el poder, hicieron reiterado uso de la mentira. Cuando asesinaron a Fabricio Ojeda en el Palacio de Miraflores, inventaron que se había suicidado. Cuando mataron a Noel Rodríguez y su madre le preguntó al presidente Rafael Caldera dónde estaba su hijo, éste aun sabiendo que los órganos de seguridad lo habían matado le respondió: “debe estar en Chile”. Cuan-

do torturaron a Jorge Rodríguez hasta causarle la muerte, el ministro de Relaciones Interiores Octavio Lepage, manifestó en rueda de prensa que éste había fallecido de “muerte repentina”. Nuestros luchadores sociales “desaparecían” tras pasar por los campos de tortura, o morían acribillados por la espalda como en los casos de Cantaura, El Amparo y Yumare. La investigación arrojaba siempre los mismos resultados: una mentira.

Ahora desde la oposición se emplean las mismas argucias. Ya los vimos creando un “falso positivo” audiovisual en el 2002 cuando inventaron las escenas de “criminales chavistas disparando sobre pacíficos manifestantes” en Puente Llaguno o en la Plaza Altamira. Y no han parado de mentir. La lista es larga, es un producto de exportación para facilitar el derrocamiento del gobierno revolucionario, la satanización de los movimientos populares y lograr por fin la esperada intervención estadounidense “en una noche tan linda como ésta”.

Afortunadamente han cometido un error. En el libro *El arte de la mentira política*, los autores recomiendan que las mentiras “mantengan siempre un tamaño razonable”, es decir, no debe sobrestimarse la credulidad del público ni subestimar su inteligencia pretendiendo hacerles creer lo absurdo; además, debe cuidarse la coherencia, de modo que no haya contradicciones entre una mentira y otra. La más reciente mentira de la oposición creada para que la verdad sea “enterrada bajo un montón de piedras” no se la creen ni sus más fervientes partidarios. Primero dijeron que en Venezuela somos tan atrasados y los chavistas tan lerdos que no somos capaces de producir ni una bebida saborizada; ahora andan diciendo que en los laboratorios del gobierno se producen... “armas químicas” que luego son arrojadas contra los “manifestantes pacíficos”. Para demostrarlo publicaron unos videos donde se ve gente portando *sprays* que expelen... espuma de afeitar, y policías brasileños reprimiendo manifestaciones en apoyo a Dilma. Señores dirigentes de la oposición, sean serios. Estimen el sentido de las proporciones y cuiden que sus mentiras “tengan un tamaño razonable”.

OEA: INJERENCISMO E INDIGNIDAD²⁴

La OEA es la organización panamericana integrada por EE. UU. y sus neocolonias al sur del Río Bravo. Le otorga a EE. UU. licencia para engañar, desestabilizar, invadir y matar en Latinoamérica. Es la antesala diplomática, comunicacional y militar de esta potencia. En teoría se orienta por principios pacifistas, democráticos y humanistas. En su declaración de principios establece que “Los Estados miembros son jurídicamente iguales, disfrutan de iguales derechos e igual capacidad para ejercerlos, y tienen iguales deberes”. Pero esto es pura cosmética. En la práctica EE. UU. lo controla todo, el resto de las naciones son satélites al servicio de su política exterior.

La composición de la OEA es esencialmente diferente a la ideada por Bolívar para conformar la unión entre naciones. Para él no debían formar parte de una misma organización las potencias imperiales y las naciones débiles. Por esa razón, cuando creó en 1826 el Congreso de Panamá, primer ente de integración latinoamericana, Bolívar se negó a convocar a Estados Unidos: eso “era como invitar al gato a la fiesta de los ratones”, afirmó. En la OEA, repito, EE. UU. es la nación principal y las demás están sometidas a su hegemonía.

Este es su prontuario: fue creada en 1948 en medio de la guerra fría; por tanto, fue el arma diplomática para combatir el comunismo; y comunista era todo gobierno o movimiento que emprendiera cualquier reforma a favor de los pobres o amparara los intereses de su nación. La

²⁴ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 116, del 31 de marzo al 7 de abril de 2017, p. 6, sección política.

justificación era una especie de galimatías: “Como el comunismo no es un asunto interno sino claramente internacional, su supresión, aun por la fuerza, en una nación americana, por una o más de otras repúblicas, no debe constituir una intervención en los asuntos de esa nación”.

En realidad, la OEA nació manchada de sangre: sus sesiones inaugurales se desarrollaron en Bogotá mientras la CIA y sus secuaces ejecutaban el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, causando una ola de indignación que generó el “Bogotazo”. Luego, en 1954, la OEA se reunió en nuestro país. Acá fue firmado el “Pacto de Caracas”, donde se acordó poner freno al avance del “peligro rojo” y desestabilizar el gobierno de Jacobo Arbenz quien estaba desarrollando una reforma agraria que beneficiaba a los campesinos pobres y tocaba los intereses de la United Fruit Company, transnacional que poseía más del 40 % de las tierras cultivables del país, de la que eran copropietarios los hermanos Allan y John Foster Dulles, Director de la CIA y Secretario de Estado, respectivamente. Para mantener esta situación se inventaron un libreto de ciencia ficción: submarinos y barcos soviéticos cargados de armas se dirigían a Centroamérica con el fin de iniciar una expansión comunista desde Guatemala. De inmediato el embajador de EE. UU., Richard Petterson, declaró que su misión era “construir aquí en Guatemala un ejemplo de contención del comunismo y de las injusticias sufridas por las compañías norteamericanas en todas partes”. Se creó así un clima de terror y en 1954 un militar progringo llamado Castillo Armas, invadió el país con el apoyo de la aviación estadounidense y luego asestó un golpe de Estado. El saldo de la intervención fue de más de 200 mil muertos y millares de desaparecidos.

La OEA también sirvió de caja de resonancia de una intensa propaganda dirigida a desacreditar a Cuba. Denunciaron que ésta se había “identificado con los principios de la ideología marxista-leninista”, había establecido un “régimen político, económico y social fundado en esta doctrina” y aceptaba la “ayuda militar de las potencias comunistas extra continentales”. En 1960 su Secretario General propuso a sus miembros “la ruptura de relaciones diplomáticas, consulares y económicas con Cuba”, hecho que se consumó a partir de 1961. Posteriormente, en 1962, la expulsaron de la organización y de inmediato avalaron un bloqueo genocida que ha causado graves daños a esta nación. La OEA argumen-

tó: “1. Que la adhesión de cualquier miembro de la Organización de los Estados Americanos al marxismo-leninismo es incompatible con el Sistema Interamericano y el alineamiento de tal Gobierno con el bloque comunista quebranta la unidad y solidaridad del hemisferio. 2. Que el actual Gobierno de Cuba, que oficialmente se ha identificado como un Gobierno marxista-leninista es incompatible con los principios y propósitos del Sistema Interamericano”. Los gringos andaban envalentonados por su éxito contra el pueblo guatemalteco y querían probar suerte contra Cuba. Entonces, Fidel les respondió: “Si los yanquis intentan destruir la Revolución Cubana por la fuerza, ¡no encontrarán aquí su Guatemala, sino que encontrarán aquí su Waterloo!”. En esa ocasión nuestro canciller Ignacio Luis Arcaya, en nombre del pueblo venezolano, se opuso al atropello contra la patria de Martí. Esto le valió ser bautizado como el “Canciller de la Dignidad”.

Desde la Habana Fidel expresó agradecido: “¡Venezuela es uno de los pueblos más heroicos y revolucionarios de este continente! ¡Venezuela es un país donde hay una tremenda conciencia revolucionaria! ¡Venezuela es un país donde hay una tremenda conciencia antimperialista! ¡Venezuela es un país que ha tenido que sufrir mucho la opresión de las tiranías militares y la explotación de los monopolios yanquis! ¡Venezuela no es un país cruzado de brazos! ¡En Venezuela hay un pueblo que es amigo de Cuba! ¡Venezuela es el pueblo de donde surge Simón Bolívar, y de Venezuela surgieron los soldados que dieron la libertad a la mitad del continente sudamericano!”.

Ahora la OEA la ha emprendido contra Venezuela y su gobierno democrático. Ya no inventa barcos soviéticos cargados de armas, como cuando invadió Guatemala, ni dice que recibimos “ayuda militar de potencias comunistas extra continentales” como cuando embistió contra Cuba. Ahora se plantea abiertamente la injerencia en los asuntos internos del país, sin más ni más. Parte de que “se ha alterado el orden constitucional en Venezuela”. Exige que en nuestro país sean liberados los genocidas que han sido privados de libertad; además reclama que se realicen elecciones... ¡en 30 días! De lo contrario se ejecutarán sanciones similares a las aplicadas en el pasado contra Guatemala y Cuba. Olvidan las palabras de Fidel: “¡Venezuela no es un país cruzado de brazos!”

Enarbolamos las banderas de la dignidad que sostuvo en la OEA Ignacio Luis Arcaya. Somos un pueblo decoroso y combativo. No aceptaremos el servilismo de los apátridas de la Asamblea Nacional y de la MUD que pretenden entregar el país. No nos dejaremos arredrar por las amenazas del imperio del norte ni de la OEA, su “Ministerio de Colonias”.

JAMES BLAINE Y LOS ORÍGENES DE LA OEA²⁵

Aunque la Organización de Estados Americanos (OEA) nació en 1948, sus verdaderos orígenes se remontan al año 1889 cuando se desarrolló la Primera Conferencia Panamericana como estrategia de dominio continental planificada y ejecutada fundamentalmente por el Secretario de Estado de EE. UU. James Blaine (1830-1893). Aquellos polvos trajeron estos lodos.

A finales del siglo XIX Estados Unidos se había convertido en una nación poderosa desde el punto de vista económico y geopolítico. Necesitaba mercados donde vender sus mercancías excedentes y colocar sus capitales, y gobiernos sumisos dispuestos a aceptar su dominación. En ese sentido, para 1880 el Secretario de Estado James Blaine diseña un proyecto para apuntalar la hegemonía estadounidense. Convoca en 1881 a un “Congreso de Paz” o “Primera Conferencia Panamericana” que habría de reunirse en Washington en 1882. En la carta que envía a su representante en Caracas, George W. Carter, le pide que diga que el objeto principal del encuentro es “considerar y discutir los medios de impedir la guerra entre las Naciones de América”. Siguiendo sus órdenes Carter le escribe al canciller de Venezuela Rafael Seijas que el objeto del mismo es “discurrir y adoptar algunos métodos practicables, distintos del recurso a la fuerza para el ajuste de las controversias” (Washington, 29 de noviembre de 1881). Es decir que la antecesora de la OEA nació supuestamente para fomentar la paz.

25 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 205, del 10 al 17 de mayo de 2019, p. 13, sección memoria.

El evento pautado para 1882 no se realizó porque el presidente James Garfield fue asesinado en 1881. Blaine, que no era del equipo del nuevo gobierno (1881-1885) presidido por Chester Arthur, renuncia al cargo. Pero insiste en impulsar la Conferencia Panamericana. En correspondencia que envía al nuevo presidente enfatiza las verdaderas intenciones de esta Conferencia: los negocios. Le expresa que mediante la misma se “incrementará la producción y el consumo y se estimulará la demanda de artículos que los empresarios norteamericanos pueden suministrar ventajosamente”.

Años después, durante la presidencia de Benjamín Harrison (1889-1893) se llevará a cabo la Primera Conferencia Internacional, impulsada por su mentor originario James Blaine, quien había recuperado el cargo de Secretario de Estado. Con este nuevo impulso, la Conferencia se inició el 2 de octubre de 1889 y culminó el 19 de abril de 1890. Al frente de la delegación de EE. UU. se encuentra, como era de esperarse, James Blaine, artífice de la Conferencia.

Estados Unidos reúne a sus vecinos suramericanos para hacerles saber la posición hegemónica que ocupa, y el rol subalterno que desempeñan los estados suramericanos. Allí propone la apertura en Suramérica de un mercado sin trabas proteccionistas para EE. UU., de modo que en Suramérica sean adquiridas las mercancías estadounidenses, sin la recíproca intención de facilitar ni la producción de manufacturas suramericanas ni la exportación de sus productos hacia el norte anglosajón.

José Martí (1853-1895) quien había sido invitado en calidad de periodista para difundir el evento vislumbró el peligro que esto significaba y alertó:

Jamás hubo en América, de la Independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

A esta Primera Conferencia Panamericana asistieron por Venezuela Nicanor Bolet Peraza, José Andrade y Francisco Antonio Silva. El país atravesaba una situación internacional difícil a consecuencia de la política expansionista de Gran Bretaña, que pugnaba por acrecentar sus posesiones coloniales a costa de arrebatarle territorio a nuestro país. A pesar de las declaratorias en contra de la intromisión de Europa en Suramérica, EE. UU. no apoyó la propuesta de Venezuela de someter el conflicto con Gran Bretaña al arbitraje internacional. “De este modo Venezuela se quedó sola en el conflicto con la principal potencia mundial, Gran Bretaña”. Como protesta ante esta actitud farisea “el delegado venezolano se vio forzado a abstenerse de firmar el Tratado de Arbitraje General, promovido por el Secretario de Estado norteamericano Blaine, como medida de presión ante la falta de respuesta del Gobierno estadounidense en relación al conflicto con la Gran Bretaña”.

En fin, el gobierno de EE. UU. no está dispuesto a defender a Venezuela del ataque de Gran Bretaña. Solo se interesa por sus riquezas. Propone: 1) “un tratado de reciprocidad comercial que se aplique a los productos de ambas naciones que sean conducidos en buques bajo la bandera de Venezuela o de los EE. UU., y a los que se les concederán los privilegios de los nacionales en el tráfico de las costas”. ¿Cuáles productos de exportación de Venezuela?; 2) “Los ríos de Venezuela serán reservados para la navegación de buques de ese país y de los EE. UU.”. ¿Y en los ríos de EE. UU. también podrían navegar libremente nuestros barcos cargados de mercancías made in Venezuela?; 3) “La necesidad de un tratado de amistad, comercio y navegación entre los dos países que garantice la protección de las personas y propiedades de los ciudadanos de ambas naciones que residan en la otra”. ¿Y no fue bajo este argumento de protección de sus ciudadanos que EE. UU. hicieron la guerra e invadieron varios países posteriormente?

Ya desde sus orígenes la OEA clamaba por la paz, cuando sus verdaderas intenciones eran defender los intereses económicos y geopolíticos de EE. UU.. Por tanto, los venezolanos no solo celebramos haber salido de la OEA, ¡es que nunca debimos haber entrado!

GOOD BYE, OEA²⁶

Al iniciarse el siglo XX el gobierno de Estados Unidos presidido por Teodoro Roosevelt (1901-1909) se opuso sistemáticamente al gobierno de Cipriano Castro (1899-1908). En suelo norteamericano se llevaron a cabo una serie de acciones dirigidas a desprestigiarlo y derrocarlo. Una de ellas tiene un sesgo claramente delictivo: en 1906 fueron fabricados clandestinamente troqueles destinados a la acuñación de monedas venezolanas falsas, cuyo propósito era financiar un movimiento opositor denominado “Revolución Regeneradora”. La fábrica de dinero “made in USA” se instalaría en un lugar escondido del Delta del Orinoco y desde allí se distribuiría entre los rebeldes.

El responsable principal del delito fue el capitán George B. Boynton, ex-gerente de la Orinoco Company Limited, empresa cuyas concesiones habían sido derogadas por nuestro gobierno. Al ser sorprendido *infra-ganti* en la comisión del delito se defendió alegando que:

...sus actos no deberían ser considerados como fraude sino como una medida revolucionaria. Su propósito era ayudar financieramente a los opositores de un gobierno antipopular. Además, los troqueles no iban a actuar en territorio norteamericano ni se proponían acuñar dinero estadounidense; fabricarían una moneda que con el triunfo de la revolución anticastrista iba a ser legal en Venezuela.

26 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 121, del 5 al 12 de mayo de 2017, p. 13, sección patria grande.

De inmediato la prensa norteamericana expresó que no podía castigarse una falta que pretendía respaldar una rebelión contra un gobernante extranjero enemigo de EE. UU.. El acusado fue sometido a juicio y absuelto por los tribunales. Para justificar la sentencia el juez de la causa alegó: “La América del Sur es la tierra de las revoluciones. El Gobierno de ayer no es el Gobierno de mañana. Puesto que era en el extranjero, en Suramérica, donde debían efectuarse las operaciones denunciadas, ello escapa a la jurisdicción de Estados Unidos”.

Simultáneamente a este hecho, los periódicos de EE. UU. desencadenan una campaña de descrédito contra Castro. Divulgan “que es un hombre de pequeña inteligencia, mucha ostentación y un deseo muy acendrado de pelear con todo el mundo, particularmente con los Estados Unidos”. Con fines desestabilizadores divulgan noticias donde exageran el mal estado de salud del presidente Castro, hasta el punto de que afirman que “ya no puede ni moverse ni hablar”, y anuncian su pronta muerte. Entre líneas dejan correr la maledicencia. Afirman “que su médico y amigos ocultan la naturaleza de su mal, lo cual alarma al público”. Difunden la especie de que “es la creencia general, que al morir el General Castro, una revolución estallará en Venezuela”.

También en EE. UU. se ampara a los venezolanos opositores que desde esa nación organizan libremente expediciones militares contra Castro. Entre estos rebeldes se encuentra Antonio Paredes, quien dirige la “Revolución Legalista”. A fines de 1906 se encuentra en Nueva York, y según pudo averiguar la diplomacia venezolana “estaba haciendo las diligencias necesarias para la consecución de un barco, y tenía compradas miles de armas y municiones”.

Ese año de 1906 la “Unión de Repúblicas Americanas”, antecesora de la OEA, estaba organizando la Tercera Conferencia Panamericana. El propósito del evento era afianzar la hegemonía de EE. UU. en Latinoamérica mediante un acercamiento amistoso con los suramericanos, entre quienes reinaba un clima antiyanqui a raíz de los siguientes sucesos: 1) La política del “Gran garrote” enarbolada por el presidente Roosevelt, que significaba la justificación de la fuerza bruta en la resolución de los conflictos internacionales con las naciones suramericanas y caribeñas; 2) la postura “neutral” asumida por EE. UU. durante la invasión de potencias

europas a Venezuela en 1902-03, con su consiguiente epílogo, el “corolario Roosevelt a la doctrina Monroe” que sirvió para avalar el tutelaje gringo a las naciones del sur; 3) la amputación del territorio de Panamá a Colombia en 1903 y la presencia militar norteamericana en la Zona del Canal ; 4) La ocupación de Cuba y la construcción de una base naval en su territorio (Guantánamo) en 1903; 5) La presión desmedida sobre Haití para que cancelase su deuda con potencias europeas sin evaluar sus posibilidades reales; y 6) La invasión gringa a República Dominicana y la incautación de sus aduanas, hecho ocurrido en 1905.

Para los proyectos expansionistas gringos era vital disipar la atmósfera de desconfianza y garantizar que nadie faltaría a la Tercera Conferencia Panamericana, dirigida por ellos. Para tal fin la Casa Blanca envió un emisario a las principales naciones suramericanas; y en todas partes repitió el mismo discurso diplomático: “Estados Unidos abrigan sentimientos de amistad hacia los suramericanos y no desean gobernar sus asuntos; su interés es simplemente filantrópico”. Sin embargo, y pese a la combinación de presiones y fingimientos, Venezuela decidió desmarcarse y no asistir al evento. Fue la manera de expresar el descontento por la injerencia yanqui en los asuntos internos del país y el continente. Significó el preludio de la ruptura de relaciones diplomáticas con USA, ocurrida en 1908. Los diarios gringos se quejaron porque Venezuela no participó en “esa amistosa reunión de sus vecinos”.

La historia se repite. Después del asedio injerencista contra nuestro país por parte del gobierno del Tío Sam y sus obedientes sobrinos, nos retiramos de la OEA, su Ministerio de Colonias. Ya era hora de romper con esa inicua entidad manejada por un anfitrión que promueve tan “amistosa reunión de vecinos”. Ha llegado el momento de consolidar nuestra posición en los bloques integracionistas suramericanos que han surgido en el siglo XXI bajo el fuego de la lucha antimperial. OEA, nos vamos. ¡Vivan el Alba, Unasur, Petrocaribe y la CELAC!

LA AYUDA MÉDICA HUMANITARIA²⁷

El gobierno de USA se especializa en proporcionar ayudas médicas humanitarias. Basta que en la Casa Blanca se enteren de que en Suramérica hay gente con problemas de salud para que se preocupen y nos envíen médicos filantrópicos: realizan investigaciones en áreas de la salud que no son prioritarias, nos curan de dolencias que no padecemos y logran que contraigamos enfermedades que no hemos sufrido antes. Uno de los más emblemáticos expertos en hacer este tipo de trabajo fue el médico patólogo norteamericano Cornelius Packard Rhoads (1898-1959) quien trabajó en Puerto Rico para el Instituto Rockefeller de Investigaciones Médicas, hoy Universidad Rockefeller.

Llegó a la isla en 1931 y se instaló en el Hospital Presbiteriano de San Juan. Se refería a sus pacientes como “animales de experimentación”. Llamó la atención por el elevado número enfermos que se le morían. Finalmente un ayudante de laboratorio dio con la clave: el mismo Cornelius Packard Rhoads los mataba. Por casualidad encontró una carta donde éste le contaba a su amigo Fred Stewart que aprovechando su condición de médico les había causado la muerte a varios pacientes, simplemente porque eran puertorriqueños:

Sin duda –dijo– la raza más sucia, más vaga, más degenerada y más ratera que jamás haya habitado la esfera. Enferma habitar la misma isla con ellos. Lo que la isla necesita no es labor de salud pública, sino

²⁷ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 201, del 29 de marzo al 5 de abril de 2019, p. 10, sección análisis.

una ola gigantesca o algo que extermine la población. Entonces podría ser habitable. Yo he hecho lo mejor que he podido para adelantar el proceso matando a 8 y trasplantándoles el cáncer a varios más.

Esta carta llegó a manos del líder nacionalista puertorriqueño Pedro Albizu Campos (1893-1965) quien exige que se abra una investigación. El juicio se desarrolla en circunstancias difíciles porque EE. UU. no quiere permitir que en Puerto Rico se acuse a ningún médico estadounidense de cometer ningún delito. No obstante, la furia del pueblo boricua al enterarse de lo ocurrido es muy grande y la causa judicial no se detiene. Albizu Campos exige “la prueba examinada” con el propósito de someterla a una comisión internacional de expertos, para proceder luego a castigar al galeno asesino. Su propuesta no es aceptada, a pesar de haberse encontrado que trece de las personas utilizadas como conejillos de Indias sin su conocimiento –entre ellas una niña campesina de doce años– habían muerto durante los experimentos y que ocho de ellas, el mismo número mencionado en su carta inculpativa, habían sido tratadas directamente por el propio Packard Rhoads.

Debido a la presión del gobierno de EE. UU. este “médico humanitario” es declarado inocente. Para evitar una reacción popular que se pudiera convertir en motín antimperalista es enviado fuera de Puerto Rico y regresa a su país. Estados Unidos ingresa en la Comisión de Energía Atómica, donde somete a radiación a soldados y pacientes civiles; en 1945 recibe la condecoración Legión del Mérito por su contribución al desarrollo de la guerra química. Rhoads apareció en la portada del 27 de junio de 1949 de la revista *Time*, donde se le enaltece por sus aportes... en la lucha contra el cáncer.

En 1950 Albizu es encarcelado por luchar por la independencia de Puerto Rico. Para Estados Unidos era un peligroso enemigo al que había que mantener en la cárcel: una vez allí había que desprestigiarlo y asesinarlo. Es sentenciado a 54 años de presidio con trabajos forzados. A Packard Rhoads se le encomendó la tarea de matarlo sin dejar rastros. Resolvió aplicarle radiaciones radioactivas.

Albizu Campos, quien además de abogado también se graduó de fisicoquímico en Harvard, denunció que le estaban aplicando radiación

“...sin asumir nadie la responsabilidad, ocasionándole una muerte que se pueda alegar es del corazón o una hemorragia cerebral que resulte en una hemiplejía (parálisis) o en su muerte”. Agregó: “Cuando uno recibe el ataque atómico se le hincha todo el cuerpo; cuando uno quiere leer, no lo permiten; le lanzan rayos a los ojos”. El ataque radiactivo lo dejó semiparalizado y mudo. Finalmente, le causó la muerte.

En septiembre de 1953 un médico psiquiatra neocolonizado llamado Luis M. Morales desautorizó las denuncias de radiación contra su persona que Albizu Campos estaba formulando. El psiquiatra declaró paranoico al líder puertorriqueño. Pero quienes posteriormente estudiaron el expediente afirman que el mismo constituye un ejemplo “del más despreciable abuso y mal uso de la psiquiatría por parte del Estado”. En el texto “Yo acuso. Tortura y asesinato de don Pedro Albizu Campos”, el investigador Pedro Aponte Vázquez señala: “Una serie de documentos originados en la década de los 50 revelan que Albizu no fue el único sometido a tortura y experimentación y que, por consiguiente, es razonable conjeturar que Rhoads y su gobierno aprovecharon la reclusión de los Nacionalistas para experimentar con ellos”.

Cuando murió Cornelius Packard Rhoads en 1959, las revistas médicas gringas destacaron: “La investigación del cáncer en la era moderna ha perdido a uno de sus mayores arquitectos”. En 1979, la Asociación Estadounidense de Investigación contra el Cáncer (AACR por sus siglas en inglés) instituye en su honor el premio Cornelius P. Rhoads.

Médicos como él son los que, en caso de aceptarla, nos darían ayuda humanitaria. En enviarnos gente así consiste la filantrópica solidaridad estadounidense. ¡Con ayudas como éstas no hacen falta catástrofes, plagas ni epidemias!

MATAR DE HAMBRE: TÁCTICA DE GUERRA NAZI²⁸

Matar de hambre a una población es una táctica de guerra nazi. A lo largo de la historia había sido puesta en práctica de manera empírica por los ejércitos convencionales para rendir una plaza sitiada y luego someter a los sobrevivientes; pero rara vez se pensaba en el aniquilamiento total del enemigo. Sin embargo, los investigadores alemanes al servicio del Tercer Reich le dieron fundamento científico a esta maquiavélica forma de exterminio. Durante la Segunda Guerra Europea (1939-1945) concibieron y planificaron con extrema frialdad la forma de llevarla a cabo. El propósito era exterminar al pueblo soviético, que enarbolaba las banderas del socialismo y se oponía al avance del nazifascismo.

Leningrado fue uno de las ciudades rusas escogidas para probar la eficiencia de esta táctica genocida: la ciudad poseía decenas de fábricas, entre ellas la única industria de tanques pesados, carros y trenes blindados del mundo. Esta urbe era clave desde el punto de vista geopolítico pues constituía un importante nudo de comunicaciones con el norte del país. Allí vivían tres millones de habitantes, el equivalente a toda la población de Caracas hoy en día. Además, siendo Leningrado la cuna de la Revolución rusa de 1917, su destrucción asestaría un duro golpe a la moral de los soviéticos. Por tanto, los nazis se plantearon ocupar esta importante posición estratégica, pero antes, como un huracán de muerte, arrasaría con la población.

²⁸ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 215, del 26 de agosto al 2 de septiembre de 2019, pp. 8-9, sección especial.

El primer paso fue bloquear Leningrado. Se aisló casi por completo a la ciudad de los principales centros de abastecimiento de comida. Luego se la sometió a un bombardeo incesante, entre las ocho de la mañana y las diez de la noche. El asedio se prolongó casi 900 días, desde septiembre de 1941 a enero de 1944.

Esto causó una hambruna generalizada. Los leningradenses se vieron obligados a despegar el papel tapiz de las casas para rasparlo y comer el pegamento elaborado a partir de un compuesto de harina. También tuvieron que comerse las correas y todos los artículos de cuero, los perros, los gatos, los cuervos y hasta las ratas. En medio de la desesperación hubo incluso actos de antropofagia. Diariamente miles de personas morían por inanición y por enfermedades causadas por la falta de nutrientes o los trastornos gastrointestinales. El saldo final fue escalofriante: más de un millón de personas, es decir, una tercera parte de la población, murió de hambre en menos de tres años.

El plan de matar de hambre a los habitantes de Leningrado fue estudiado meticulosamente por el profesor dietético Ernst Ziegelmeyer del Instituto de Nutrición de Múnich quién, con base en concienzudos estudios que incluían analizar el censo de habitantes y la cantidad de alimentos que podían ser guardados de acuerdo a la capacidad de los almacenes, concluyó que en muy poco tiempo la comida mermaría y, en consecuencia, los ciudadanos tendrían que someterse a un plan de racionamiento que solo les permitiría el consumo de 250 gramos de pan diarios, porción insuficiente para mantener la salud. De este modo, mediante la combinación del ataque aéreo, el sitio por tierra y el bloqueo naval, los alimentos se acabarían rápidamente y los defensores irían falleciendo por inanición, sin tener los alemanes necesidad de luchar y sufrir bajas.

El proyecto fue aprobado por el Alto Mando de las Fuerzas Armadas Nazis. Al respecto Hitler declara (29 de setiembre de 1941): “He resuelto borrar a Leningrado de la faz de la tierra. No nos corresponde a nosotros, ni nos corresponderá el problema de la supervivencia de su población, es decir de su abastecimiento. En este combate, en el que nuestra resistencia está en juego, es contrario a nuestros intereses salvar a la población de esta ciudad, ni siquiera a una parte de esta”. Alrededor de 725.000 militares con armamentos de todo tipo sitiaron Leningrado

para impedir que la población pudiera salir a abastecerse de lo indispensable para vivir.

En consecuencia, hubo un especial ensañamiento con los almacenes de comestibles. Los proyectiles destruyeron toneladas de azúcar, grasa, harina, pasta, cereales y granos depositados en las fábricas y silos, pulverizaron los frigoríficos para dañar toda la comida, hundieron las gabarras que transportaban víveres por los ríos, incendiaron los sembradíos, destruyeron los mercados y los comercios.

Simultáneamente se desarrolló una guerra comunicacional. La aviación nazi lanzó propaganda donde se anunciaba: “Vuestra ciudad está completamente rodeada por los ejércitos alemanes. El alto mando no desea en modo alguno imponer sufrimientos a la población civil. Pero la rendición constituye la única alternativa a la aniquilación absoluta o al hambre. Convened a vuestros dirigentes de que es preciso sacrificar el bolchevismo en aras de la paz. ¡Es mejor ser un súbdito sano de vuestros conquistadores indiscutibles que un bolchevique hambriento!”.

¡Pero Leningrado no se rindió! Sus habitantes hicieron de todo para sobrevivir: abrieron una ruta secreta para el abastecimiento de alimentos que eran transportados desde las ciudades cercanas (pero fueron descubiertos); ajustaron el racionamiento al mínimo indispensable para que todos pudieran alimentarse; se organizaron patrullas para atender a los enfermos y socorrer a los desvalidos; un grupo de voluntarios taló madera en los bosques no ocupados por los alemanes; unos buzos extrajeron miles de toneladas de carbón que yacían bajo el agua del puerto, concretamente de unos barcos ingleses que en el siglo XIX habían arrojado el mineral al fondo; otros buzos rescataron del Lago Ladoga toneladas de trigo que se pudieron secar y recuperar para comer; durante el aniversario de la Revolución Bolchevique para elevar la moral los niños recibieron como premio una porción de leche con una cucharada de harina de papa y los adultos tomates salados; se crearon nuevas rutas de aprovisionamiento que fueron bautizadas como “Carreteras de la vida”. Además fueron cultivadas clandestinamente cientos de hectáreas de hortalizas, papas y repollos, por grupos de familias que recibían adiestramiento especial en agricultura y economía de guerra. También el Instituto Científico de Leningrado produjo una harina sintética a base de conchas y

caparazones, complementada con aserrín, mientras grupos de botánicos resguardaban un banco clandestino de semillas. “Desesperados, los habitantes tuvieron que obrar milagros para sobrevivir como por ejemplo convertir el azúcar quemado de una fábrica en un sirope calcinado que se podía mascar e ingerir sin riesgo como un caramelo. Científicos y químicos inventaron pan con un 20 % de harinas trituras, un 10 % de semillas oleosas y un 10 % de celulosa, lo mismo que leche con semillas de soja o sopa de agua caliente de hojas de pino o cuero de zapato hervido. Pronto se fabricaron ingeniosos inventos para llevarse algo a la boca como sopas hechas de encuadernación de libros, caldos de hojas secas, pasta de ramas jóvenes de árbol cocidas con turba o sal, pan de celulosa, harina de algodón, leche de algas, lácteos con intestino de gato mezclado con aceite de clavo e incluso se elaboraron 2.000 toneladas de salchichas cocinadas con cuerda de violines que mezclaban con simiente de lino y aceite de maquinaria industrial”.

En medio de las más terribles desgracias, permaneció viva la llama de la esperanza, y se emprendieron los más poderosos actos de resistencia. Se organizó una orquesta sinfónica, bajo la dirección de Karl Eliasberg, que fue capaz de interpretar la Sinfonía de Leningrado, del compositor ruso Dimitri Shostakovich: un verdadero himno de dignidad y lucha. Los músicos debilitados por la hambruna apenas eran capaces de sostener sus instrumentos, sin embargo tocaron. El día del estreno de la obra, se colocaron altavoces en toda la ciudad no sólo para que el pueblo asediado escuchara el concierto, sino también para que las tropas invasoras supieran que allí nadie se rendiría.

Finalmente, el arrojo y el amor por la Patria vencieron sobre unos invasores que blandían la guadaña de la muerte. Los alemanes fueron definitivamente derrotados en enero de 1944. El pueblo de Leningrado celebró con bailes la victoria sobre sus agresores y rindió homenaje a los caídos. “Subestimaron nuestra voraz hambre de vivir”, escribió una superviviente.

Hoy, los epígonos de Hitler que ocupan la Casa Blanca pretenden aplicar contra la Venezuela Bolivariana la misma táctica de guerra de la Alemania Nazi: matar de hambre a la población. Esto lo están haciendo mediante: 1) la imposición de ilegales bloqueos y embargos que obstacu-

lizan el acceso a las fuentes de compra y abastecimiento de alimentos del mercado internacional por parte del Estado venezolano; 2) la aplicación de una estrategia de hiperinflación que imposibilita a la mayor parte de la gente la adquisición incluso de los alimentos de la canasta básica.

Esta criminal política está causando por un lado, desazón y rabia contenidas que aún no hallan un cauce para manifestarse (el pueblo es sabio y paciente, diría Alí Primera); por el otro, serios niveles de desnutrición que ya se hacen visibles (especialmente entre quienes viven de un salario); que generan daños a la salud física, emocional y mental del pueblo venezolano. El propósito de esta política de inspiración nazi es debilitar material y espiritualmente a nuestro pueblo para que se rinda y entregue la Patria. Aniquilarlo progresivamente para destruir su capacidad de resiliencia ante las dificultades.

Si este es el plan del enemigo, entonces la estrategia de lucha del Estado venezolano conjuntamente con el Poder Popular debe centrarse en organizar la producción, almacenamiento, procesamiento, transporte, comercialización y consumo de alimentos en el marco de una economía de guerra.

Y porque en esta guerra Venezuela no se rinde, urge que diseñemos, ejecutemos y evaluemos juntos, con sentido de venezolanidad, un proyecto sistemático y coherente que garantice la seguridad y soberanía alimentarias, basado en las fortalezas y potencialidades de nuestra nación y nuestra población en cada territorio; aplicando el principio de Hipócrates que establece: “Que tu medicina sea tu alimento, y el alimento tu medicina”.

Así, con la misma fuerza y creatividad con que Leningrado derrotó a unos agresores que la querían matar de hambre, hoy nuestra Patria vencerá a los epígonos del nazismo que pretenden someternos por hambre y enfermedad. ¡Y conquistaremos nosotros mismos el buen vivir y la prosperidad que todos merecemos!

JUGAR LIMPIO: ¿QUÉ DEMOCRACIA?²⁹

Fue el filósofo e historiador holandés Johan Huizinga (1872-1945) uno de los primeros en destacar la importancia social y cultural del juego. En su libro “*Homo Ludens*” explica que el juego es tan esencial como el pensamiento (homo sapiens) y el trabajo (homo faber) en el desarrollo integral del individuo y de la sociedad. Jugar constituye en sí mismo un aprendizaje pleno, sin el cual no es posible la convivencia social, el progreso y la democracia. Subraya que “la verdadera civilización exige el *juego limpio*, lo que en términos lúdicos equivale a *buena fe*. Romper este principio puede llegar a quebrantar o distorsionar la propia cultura”.

Ahora bien, el juego está basado en normas que deben ser respetadas por los participantes en todas las circunstancias, bien sea que pierdan o que ganen. El juego de competencia por su parte obliga a cada contendiente a mejorar su desempeño. El ganador debe atemperar la arrogancia que da el triunfo; y el perdedor asumir que si asimila las lecciones, la derrota será la madre de futuras victorias. Lamentablemente esto no ha sido asumido así por los gobernantes del imperio estadounidense y sus jugadores del patio trasero suramericano: cuando ganan arrasan con el contrincante; y si pierden, desconocen y boicotean el resultado.

Veamos algunos casos: en Guatemala Jacobo Arbenz (1913-1971) llega al poder mediante elecciones que se realizaron en noviembre de 1950, donde participó el 71,62 % del electorado. Obtuvo el 65,44 % de los votos, muy por encima de su más cercano adversario, quien solo alcanzó

²⁹ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 170, del 22 al 29 de mayo de 2018, p. 10, sección análisis.

el 18,69 %. Una vez en la presidencia puso en marcha una serie de planes dirigidos a beneficiar al pueblo, entre ellos, la reforma agraria con la que pretendía dotar de tierras a los campesinos pobres. Para ello expropió las tierras baldías, entre éstas las de la compañía frutera estadounidense United Fruit a la cual le exigió, además, el pago de un modesto impuesto a las exportaciones para financiar los programas sociales. Entonces la CIA maquinó una estrategia para derrocar al gobierno: inventó que Arbenz era un agente del comunismo internacional y acto seguido perpetró un golpe de Estado, con el apoyo de sicarios guatemaltecos, en junio de 1954, que dejó un saldo de alrededor de 200 mil asesinatos y la contracción de la producción nacional. EE. UU. no solo impuso el nuevo gobierno militar sino además le señaló una lista de líderes que debían ser eliminados, y también diseñó el plan económico que arruinó el país.

Algo similar ocurrió en República Dominicana, Juan Bosch (1909-2001) es electo presidente en diciembre de 1962 tras haber alcanzado el 60 % de los votos (ganó en 62 de los 77 municipios existentes), mientras su principal contendor alcanzó el 30.08 %. De modo que ganó las elecciones por un margen de alrededor de 30 puntos porcentuales por encima de su más cercano adversario y su victoria cubrió todo el territorio nacional. Su discurso de campaña se había concentrado en las reivindicaciones sociales y esto produjo una fuerte reacción entre los sectores conservadores. Bosch tomó posesión el 27 de febrero del 1963; pero fue depuesto por un golpe de Estado apoyado por EE. UU. el 25 de septiembre de ese mismo año, tras enfrentar los grupos empresariales que convocaron una huelga general (20 de septiembre de 1963) que paralizó el país por dos días. Fue suplantado por un triunvirato militar. A éstos les increpó: “Nos hemos opuesto y nos opondremos siempre a los privilegios, al robo, a la persecución, a la tortura. Creemos en la libertad, en la dignidad y en el derecho del pueblo dominicano a vivir y a desarrollar su democracia con libertades humanas pero también con justicia social”. Después se desató la guerra civil y, con la anuencia de la OEA, sobrevino la invasión estadounidense el 28 de abril de 1965, “para evitar que la República Dominicana se vuelva comunista” reveló un vocero de los ocupantes. Se estima que entre 6.000 y 10.000 dominicanos, la mayoría civiles, murieron durante los sucesos.

Ahora, cuando en Venezuela acabamos de obtener una indiscutible victoria electoral socialista en medio de las más difíciles circunstancias, sabemos que EE. UU. y sus aliados nacionales y foráneos buscarán salidas violentas. Pero el pueblo y su gobierno no se cruzarán de brazos ante la embestida antidemocrática. Por los momentos proponemos... abrir un canal humanitario hacia EE. UU.. Enviarles urgentemente a sus gobernantes algunos juegos tradicionales de Venezuela: bolas criollas, perinolas, trompos, metras, gurrufios, dominós, y el libro "*Homo Ludens*" de Huizinga. ¡A ver si aprenden a jugar limpio y respetan al contrario cuando pierden!

LA NESTLÉ EN LOS PAÍSES POBRES: EL GATO EN LA FIESTA DE LOS RATONES³⁰

Niños africanos esclavizados cultivan buena parte del cacao que posteriormente es convertido en chocolate por las transnacionales de la alimentación, especialmente por la empresa suiza Nestlé. En efecto, los países del África Occidental suministran más del 70 % del cacao que se comercializa en el mundo, y este es explotado por niños pobres. Estos son atraídos con la promesa de un buen salario; luego son enviados a plantaciones apartadas, lejanas de sus hogares; y una vez allí son prácticamente secuestrados y obligados a trabajar como esclavos.

La vida de los niños esclavizados en las plantaciones es una pesadilla. Allí trabajan de 80 a 100 horas por semana. Uno de ellos contó: “Las palizas formaban parte de mi vida. Siempre que te cargaban con sacos (de granos de cacao) y caías mientras los transportabas, nadie te ayudaba. En lugar de eso, te golpeaban y golpeaban hasta que te levantabas de nuevo”. Otro dijo que “jamás había siquiera probado el chocolate; la gente disfruta de algo que me causó sufrimiento producir”. Este cacao es comprado por la Nestlé y luego convertido en barras de chocolate y ricos bombones mercadeados en atractivos envoltorios.

En la obra *El lado oscuro del chocolate*, la periodista Miki Mistrati afirma que la Nestlé no solo es responsable de comprar el cacao producido por niños esclavizados; lo que constituye en sí misma una práctica empresarial antiética e inmoral. En realidad, asevera, esta compañía es

30 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 151, del 6 al 13 de diciembre de 2017, p. 12, sección análisis.

la autora intelectual de todo el circuito económico que genera esclavitud infantil en África. El *modus operandi* de esta transnacional es el siguiente: primero propicia una política “amistosa” de cooperación y acercamiento con las naciones productoras de cacao y con la comunidad científica local vinculada a la agricultura cacaotera por medio de una seductora estrategia comunicacional y de un hábil cabildeo político; luego firma convenios científicos y tecnológicos con universidades y centros de experimentación y los asesora en todo lo relacionado con el proceso de producción y comercialización del cacao; a continuación entra en contacto con las comunidades y se familiariza con la idiosincrasia de la población asentada en las zonas cacaoteras; posteriormente se pone en contacto con los dueños de las plantaciones y las casas comerciales, a quienes orienta a fin de que obtengan mayor rendimiento y máximas ganancias; lo que se logra vendiendo toda la cosecha a la empresa monopolista transnacional y bajando los costos de producción mediante la explotación de mano de obra infantil.

Por supuesto que además del interés económico inmediato, detrás de todo esto está el propósito imperial de Nestlé en el sentido de conocer directamente la biodiversidad de los países que asesoran, e identificar las debilidades, fortalezas y potencialidades de sus habitantes; para sacar así el máximo provecho geopolítico y lograr el mayor control de su economía. Sin saberlo, las naciones que reciben el “apoyo” de esta transnacional se convierten en eslabones de un circuito aparentemente científico que compromete la soberanía nacional y la independencia.

Dada esta información, me ha sorprendido saber que en Venezuela hay actualmente instituciones (nacionales y regionales) oficiales y privadas vinculadas con la producción y mercadeo del cacao que impulsan convenios de asesoría con la Nestlé. Sus promotores son funcionarios públicos, científicos y emprendedores que a lo mejor actúan de buena fe obnubilados por los beneficios que en materia de apoyo a la investigación y a la productividad ofrece la transnacional. Lamentablemente, son, por decir lo menos, muy ingenuos y confiados. Creen en las buenas intenciones, el espíritu científico y la filantropía que anima a esta compañía extranjera. Si durante la conquista se dice que intercambiamos oro por espejitos; ahora estaríamos cambiando información agrícola valiosa por espejismos.

Por todo esto, los venezolanos no deberíamos concertar acuerdos con corporaciones con agenda oculta, cuyo sentido de la ética es contrario a los principios de humanidad consagrados en nuestra Constitución. En tal sentido instamos a los movimientos ambientalistas, a los defensores de los derechos humanos, a los organismos vinculados con la ciencia y al Gobierno Nacional a abrir un proceso de investigación para conocer y derogar los convenios suscritos. De igual modo, exhortamos a los constituyentes a prohibir en la nueva Carta Magna la firma de acuerdos con quienes han incurrido en violación de los derechos humanos en cualquier lugar del mundo, especialmente cuando las víctimas son niños y niñas. Al respecto, sería pertinente guiarnos por los consejos de Simón Bolívar, quien nos alertaba sobre el peligro de traer a los poderosos a nuestra casa. Expresaba: “Es como invitar al gato a la fiesta de los ratones”.

VI

La Colombia santanderista: Alfil de EE. UU. contra Venezuela

COLOMBIA LA GRANDE, Y LA OTRA³¹

A Bartolomé de las Casas le pareció una usurpación el hecho de que nuestro continente en vez de llamarse “Colombia” en honor a Cristóbal Colón, llevase el nombre de “América” en homenaje a Américo Vespucio. “El nuevo continente –afirmaba– debería haber sido llamado Columba, y no como es injustamente llamado, América”. Posteriormente Francisco de Miranda proyectó que todas las colonias españolas, una vez alcanzada la independencia, debían unirse en una sola y gran nación autónoma e independiente que debía llamarse “Colombia”. Su idea era conformar un solo Estado suramericano que abarcaría desde el Río Misisipi hasta Cabo de Hornos, cuya capital sería Panamá, ubicada en el centro del continente. Para él Colombia es “el continente más fértil, más inexpugnable y más rico de la Tierra”. Luego el Libertador creó una gran república con el nombre de Colombia. Fue fundada en una histórica sesión del Congreso de Angostura el 17 de diciembre de 1819. Abarcaba un inmenso y estratégico territorio conformado por las actuales Venezuela, Colombia, Ecuador, Panamá y parte de la Guyana hoy en reclamación. Al finalizar el evento el neogranadino Francisco Antonio Zea declaró: “La República de Colombia queda constituida, viva la República de Colombia”. Posteriormente, en marzo de 1820, Bolívar confiesa: “La intención de mi vida ha sido una: la formación de la República libre e independiente de Colombia entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado”. Dicha nación existió durante 11 años: entre 1819 y 1831.

31 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 109, del 10 al 17 de febrero de 2017, p. 12, sección formación.

A lo largo de la historia hubo varias tentativas por refundar esa gran Colombia proyectada por Bolívar. Lo intentaron Rafael Urdaneta, Santiago Mariño y los militares que liderizaron la revolución de las Reformas a partir de 1834. Como lo explica Fermín Toro Jiménez: “Estos próceres exilados en 1830, de regreso a la patria en 1834, después de haber sido desterrados por los autores del magnicidio de Colombia de 1828, como una sola voluntad enarbolan la bandera del restablecimiento de la República de Colombia”. Lamentablemente fueron derrotados por la oligarquía paecista antibolivariana. Posteriormente, en 1900, una coalición de líderes suramericanos encabezados por Cipriano Castro, de Venezuela; José Santos Zelaya, de Nicaragua y Eloy Alfaro, de Ecuador, firman un pacto cuyo propósito fundamental es refundar la Gran Colombia de Bolívar para hacer frente al expansionismo gringo que amenazaba todo el continente.

Pues bien, así como existe una Colombia grande (la soñada por Las Casas, Miranda, Bolívar, Urdaneta, Castro y Gaitán), hay también una Colombia pequeña, la de la oligarquía colombiana. Esta Colombia es violenta, ingrata, servil, injerencista, mezquina y abusadora. Violenta con su propio pueblo que en elevado número ha tenido que emigrar de su patria para garantizar el derecho a vivir. Ingrata con Venezuela que ha acogido a un porcentaje importante de sus habitantes, a los que, además de darles la nacionalidad, les ha brindado los mismos beneficios que al resto de los ciudadanos de nuestro país. Olvida la lección de Bolívar: “La ingratitud es el crimen más grande que pueden los hombres atreverse a cometer”. Servil porque en vez de liberarse del dominio de EE. UU. (la potencia que les arrebató Panamá en 1903) instala bases militares gringas en su territorio mientras afirma que “no le dio tiempo” de invadirnos. Injerencista porque conspira abiertamente contra la estabilidad de nuestro país al propiciar el contrabando de extracción, el paramilitarismo, el establecimiento de casas de cambio que afectan nuestra moneda, etc. Mezquina, porque no es capaz de reconocer las importantes conquistas del gobierno bolivariano en materia de seguridad social. Abusadora porque ofende el gentilicio venezolano al llamarnos “venecos” (que nos recuerda la descalificación de sudacas acuñada en España) y ejecutar una campaña sistemática de descrédito contra nuestro pueblo. Como se ve, hay dos Colombia, una grande; y la otra... chiquitica.

LA INVASIÓN DE COLOMBIA Y EE.UU. CONTRA VENEZUELA³²

El 26 de julio de 1901 por orden del gobierno conservador colombiano de José Manuel Mallorquín, 6.000 hombres fuertemente armados invadieron Venezuela. “Aquel ejército había traído la consigna de saquear nuestros pueblos, mancillar nuestra honra y enriquecerse con el fruto de nuestro trabajo”, cuenta un testigo de los hechos. Para cubrir las apariencias, al frente de las huestes fue puesto un venezolano, Carlos Rangel Garbiras, un apátrida que había sido presidente del Gran Estado de Los Andes. Ante la agresión, el presidente Cipriano Castro proclamó: “El sagrado suelo de la patria ha sido invadido por un ejército de colombianos”. De inmediato, los venezolanos salieron a combatir a los invasores. Nuestras fuerzas eran numéricamente inferiores, pero lucharon con bravura y heroísmo durante tres días y medio. Al final, los ocupantes fueron derrotados. En el terreno quedaron regados más de 1.500 muertos de ambas nacionalidades, entre ellos José Rosendo Medina, padre de Isaías Medina Angarita, quien cuarenta años después sería presidente de Venezuela.

Lo que se ventilaba no eran simplemente las diferencias entre dos naciones vecinas, sino un conflicto entre dos bloques de poder antagónicos: el bolivariano y el colombo-estadounidense. El primero estaba representado por el presidente de Venezuela, Cipriano Castro; el de Ecuador, Eloy Alfaro; el de Nicaragua, José Santos Zelaya, con el apoyo del líder

32 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 106, del 20 al 27 enero de 2017, p. 12, sección formación.

liberal colombiano Rafael Uribe Uribe. Habían suscrito un pacto secreto el 9 de noviembre de 1900, mediante el cual se proponían continuar el legado del Libertador y refundar la Gran Colombia como estrategia para frenar el avance expansionista de EE. UU. y defender nuestros pueblos de cualquier ataque foráneo. En concreto si cualquiera de las naciones signatarias era atacada, juntas enfrentarían la agresión.

El segundo bloque representaba a la oligarquía colombiana subordinada a Estados Unidos. Esta coalición no era más que un alfil de la potencia estadounidense, por tanto se oponía a la refundación de la Gran Colombia. Sus planes eran que EE. UU. ocupara posiciones estratégicas en Suramérica para así ejercer mejor su dominio en la región, desestabilizar los gobiernos nacionalistas que defendían su soberanía e imponer gobiernos vasallos que obedecieran las políticas de EE. UU.

A pesar de que en el campo de batalla vencimos al bloque enemigo, éste realineó sus fuerzas y en pocos años logró victorias contundentes que hicieron de Estados Unidos una superpotencia, y de Suramérica su patio trasero. Primero, en 1903, EE. UU. apoya el movimiento secesionista panameño y se apodera a traición de Panamá que era parte de Colombia, su socia. Hundieron su espada en medio de Latinoamérica para controlar mejor nuestros destinos. Alegaron “el derecho de expropiación sobre las razas incompetentes”. De este modo EE. UU. ocupó un territorio estratégico en el centro del continente. Esto ya se veía venir. Fue denunciado con anticipación (23 de marzo de 1901) por Rafael Uribe Uribe, quien conocía los planes imperiales. Escribió a sus conciudadanos: “Apoderados [Estados Unidos] de Panamá, su predominio sobre todo el Continente queda asegurado, y sería de preguntar con qué derecho Colombia, por su sólo interés particular, compromete la independencia y porvenir de las demás repúblicas hispanoamericanas, favoreciendo el desmesurado desarrollo del imperialismo yanqui”.

La respuesta de la oligarquía colombiana no pudo ser más vergonzosa. Se cuenta que un general colombiano, Pedro Nel Ospina, preocupado por la amputación del territorio colombiano con el apoyo de EE. UU., fue a visitar al presidente de Colombia José Manuel Mallorquín. Éste lo recibió diciéndole: “General, no hay mal que por bien no venga. Se nos separó Panamá, pero tengo el gusto de volverlo a ver por esta casa”.

Simultáneamente, EE. UU. financió y respaldó a los grupos de oposición proyanqui que se enfrentaban a los gobiernos nacionalistas y soberanos de Nicaragua, Ecuador y Venezuela. Ejecutaron magnicidios, asestaron golpes de Estado, propiciaron sublevaciones y colocaron gobernantes entreguistas. Todo con ayuda de la oligarquía colombiana. En el caso del líder liberal colombiano Uribe Uribe que apoyaba al bloque bolivariano, la solución fue más directa: le calumniaron sin descanso a través de la prensa conservadora; y en virtud de que su prestigio no menguaba contrataron dos sicarios que le partieron el cráneo con dos hachuelas cuando caminaba por la plaza Bolívar.

Hoy la historia se repite. Colombia firma un pacto con la OTAN, la más grande coalición guerrerista del hemisferio, controlada por USA. Con esta alianza se reactiva el bloque colombo-estadounidense que “compromete la independencia y porvenir de las demás repúblicas hispanoamericanas, favoreciendo el desmesurado desarrollo del imperialismo yanqui”. Colombia se convierte nuevamente en peón del gobierno gringo, el cual aguarda sigilosamente para dejar caer su garra sobre cualquier país de Latinoamérica y el Caribe. Ahora, su principal objetivo es atacar Venezuela y destruir la Revolución Bolivariana. Amenaza nuestra integridad, cercena nuestra soberanía y pone en riesgo nuestro futuro. Su consigna es la misma que en el pasado: saquear nuestros pueblos, mancillar nuestra honra y enriquecerse con el fruto de nuestro trabajo. ¡Alerta, no podemos permitirlo!

DERECHA: INTRANSIGENCIA Y ENTREGUISMO³³

Hay un hecho histórico que la oligarquía colombiana no quiere que le recuerden: que hasta 1903 Panamá era parte del territorio colombiano; y ese año se convirtió en un protectorado de Estados Unidos. Y no quiere que se lo recuerden porque en ese suceso la élite conservadora de Colombia tiene buena parte de la responsabilidad. En 1901, la misma se negó a acordar la paz que le proponían sus oponentes internos, los liberales. Prefirió coquetear con EE. UU., y preparó de este modo el escenario para dejarse arrebatar Panamá. Cuando quiso actuar para evitarlo ya era tarde: su aliado imperial se había apoderado de Panamá, la región potencialmente más próspera de toda Colombia. Estos fueron los hechos.

A comienzos de siglo se desarrollaba en Colombia una contienda civil denominada Guerra de los Mil Días (1899-1902) cuyos contendientes eran los conservadores y los liberales. De este modo, mientras los colombianos peleaban entre sí, EE. UU. planeaba arrebatarle una porción estratégica de su territorio para construir el canal y una base naval. El líder de los liberales, Rafael Uribe Uribe, se percató a tiempo de los propósitos imperiales. Le propuso a los conservadores la creación de un espacio para el diálogo, y la firma de un acuerdo de paz entre ambos bandos para “librarnos de la común plaga”. En tal sentido escribió en 1901: “Estoy listo a lanzar un manifiesto en favor de la paz”. Su objetivo era acabar con la violencia fratricida en aras de un ideal superior: la Patria.

33 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 123, del 19 al 26 de mayo de 2017, p. 12, sección análisis.

Su intención, deponer los intereses de partido y convocar la unión para enfrentar la amenaza foránea. Si no se hacía esto, auguraba que Colombia sería expuesta “por todo un inmenso porvenir a la roca de la vergüenza”.

Lamentablemente, el partido conservador se negó a aceptar la propuesta de paz que le extendió el progresista partido liberal. El resultado fue el previsto: unos pocos panameños apoyados por EE. UU. establecieron el 3 de noviembre de 1903 un “Gobierno propio, independiente y soberano, sin la subordinación de Colombia”. En el acto de proclamación los separatistas gritaron sin pudor: “¡Viva la República de Panamá, Vivan los Estados Unidos de América!”. En las costas se encontraban diez acorazados gringos para asegurar que todo saliera bien.

La élite de derecha colombiana que se negó a aceptar las propuestas de paz de sus connacionales, poco tiempo después vio como ante sus propios ojos EE. UU. le arrebató un territorio estratégico con gran potencial de riquezas. A ella no le tocó nada. Años después, en 1922, Colombia tuvo que conformarse con una “indemnización” estadounidense por 25 millones de dólares, para “eliminar todas las desavenencias producidas por los acontecimientos políticos ocurridos en Panamá en 1903”.

Hoy la derecha venezolana, siguiendo el mal ejemplo de la élite conservadora colombiana, prefiere la invasión del país por parte de Estados Unidos que llegar a un acuerdo de convivencia política con los socialistas, sus adversarios internos. Sus intereses de clase y de partido están por encima de los intereses de la Nación y el pueblo. Su odio les impide contribuir a forjar la unidad nacional, y desanimar así la intención injerencista de nuestro poderoso enemigo del Norte. Su miopía política les imposibilita abandonar la táctica de la violencia y crear una atmósfera de paz que garantice nuestra soberanía. Su entreguismo los lleva a rechazar cualquier oferta de paz porque su intención es crear un escenario de confrontación que sea aprovechado por EE. UU. para ocupar nuestra tierra. Su arrogancia los lleva a rechazar el diálogo porque creen que con el apoyo extranjero podrán conquistar el poder.

Afortunadamente, en Venezuela las prácticas sectarias de la derecha no conducirán al entreguismo y a la ocupación de nuestro territorio. Mientras sus dirigentes preparan el escenario para la invasión a nuestra Patria; nosotros fortalecemos el ambiente de paz que necesitamos para

garantizar su soberanía. Mientras ellos planean convertirnos en sucursal de Estados Unidos, nosotros apuntalamos la independencia nacional. Mientras ellos se hacen más intolerantes, nosotros construimos redes de convergencia y puntos de encuentro.

Ellos son sectarios y violentos; pero nosotros los socialistas insistiremos en el diálogo, la unidad y la paz. No caeremos en provocaciones que faciliten la injerencia imperialista. Lucharemos para que Venezuela jamás sea atada “a la roca de la vergüenza”. Estamos convencidos de que, como afirmaba el Libertador: “De la paz se deben esperar todos los bienes y de la guerra nada más que desastres”.

¿COLOMBIA O COLONIA?³⁴

Fue Bartolomé de las Casas (1484-1566) el primero que empleó el vocablo “Colombia” para designar el Nuevo Mundo. Era un gran admirador de Cristóbal Colón (en italiano Cristóforo Colombo) y pensaba que el continente entero debía llamarse “Colombia”, “Columba” o “Colonia” en homenaje al Almirante. Pero las cosas no salieron como él pensaba: al continente se le comienza a llamar América en honor a Américo Vespucio. ¿Cómo pasó esto?

En 1507 se edita y divulga la “Cosmographiae Introductio”, obra impresa por los monjes del convento Saint-Dié de Lorena (Francia), que incluye un mapa confeccionado por Martin Waldseemüller, donde es bautizado el Nuevo Mundo con el nombre de “América”. Esta denominación es producto de las noticias que circulaban en Europa a partir de las *Cartas de viaje* de Américo Vespucio (1454-1512), las cuales alcanzaron gran difusión y fama.

En ellas Vespucio expresa una verdad no atisbada por Colón: aquellas regiones inexploradas por los europeos no formaban parte de la costa de Asia, ni eran un archipiélago, sino que constituían un nuevo continente. Afirma: “Conocemos que aquellas tierras no eran una isla sino un continente”. Y acto seguido insinúa que él es su descubridor: “Yo he descubierto el continente habitado por cantidad de pueblos, animales... en cuatro viajes que hice para descubrir nuevas tierras”.

34 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, Nº 210, del 5 al 12 de julio de 2019, p. 10, sección análisis.

En la obra “Cosmographiae Introductio” Waldseemüller le toma la palabra, y sin pensarlo dos veces lanza la audaz invitación de bautizar el nuevo continente con el nombre de “América”. Propone: “En la actualidad tres partes del mundo (Europa, África y Asia) están exploradas por completo, y una cuarta parte fue descubierta por Américo Vespucio. Puesto que Europa, Asia y África han recibido nombres de mujeres, no veo qué se puede objetar a que la nueva tierra lleve el nombre del hombre sagaz que la descubrió; dándosele por consiguiente, el de América, tierra de Américo”.

Muchos se opusieron a la propuesta, especialmente Bartolomé de las Casas. Le pareció una usurpación el hecho de que el “nuevo continente” en vez de llamarse “Colombia”, “Columba” o “Colonia” en honor a Cristóbal Colón (1451-1506), llevase el nombre de “América” en homenaje a Américo Vespucio. Se pregunta. “¿Cómo puede Vespucio usurpar el honor y la gloria que corresponden al Adelantado, y atribuirse a sí solo el mérito?”. Para Las Casas debe llamarse Colombia todo el continente que hoy llamamos América, conocido para entonces como Las Indias. Y colombianos debían ser llamados, por tanto, sus pobladores originarios, “aquellas indianas gentes, pacíficas, humildes y mansas que a nadie ofenden”.

En su libro *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Bartolomé de las Casas describe la violencia ejercida por los conquistadores en los predios de Colombia. Narra “las matanzas y estragos de gentes inocentes y despoblaciones de pueblos, provincias y reinos que en ella se han perpetrado”. Acciones “inicuas, tiránicas y por toda ley natural, divina y humana, condenadas, detestadas y malditas”. Ejecutadas por “muchos insensibles hombres que la codicia y ambición ha hecho degenerar del ser hombres, con las traiciones y maldades que han cometido, despoblando con exquisitas especies de crueldad aquel orbe”.

Todo esto que vengo contando sobre el origen de la palabra Colombia lo conocen, mejor que nosotros, los eruditos intelectuales colombianos de derecha y sus doctos gobernantes. No en balde son los únicos en todo el hemisferio cuyo conquistador, Gonzalo Jiménez de Quesada, era uno de los pocos licenciados, cuando en el resto del continente casi ninguno pasaba de soldado o porquerizo. Saben que solo

su país lleva el nombre al que alguna vez aspiró el continente entero: ¡Colombia!

Conocedores del idioma español, preferirían castellanizar la voz “Colombia”, de oscuras reminiscencias italianas, y llamarse abiertamente Colonia... en vez de Colombia. De ese modo podrían asumir sin eufemismos su condición de territorio ocupado, de factoría al servicio de un Estado foráneo, de zona para expoliar los recursos naturales y exportar materia prima barata, de protectorado administrado por representantes de los colonizadores de raza blanca que explotan a la población nativa y reprimen a sus líderes insurgentes, de cabeza de playa contra las naciones vecinas, de sucursal cultural e ideológica de una potencia, de filial que suscribe tratados comerciales lesivos a su soberanía, de plataforma de bases militares extranjeras; de espacio que le produce estupefacientes al mercado global; de asentamiento donde se entrega a la población a la sevicia de los invasores; en fin, de patio trasero condenado al atraso.

Así las cosas se sincerarían: la condición de colonizados les vendría dada por el nombre; su gentilicio sería el de “colonialos” en vez de colombianos, y les sería más fácil ejecutar sus tareas de cipayos. Sí, porque a lo largo de la historia el Estado colombiano se ha comportado como una Colonia. Como decía Gaitán: “Dolorosamente sabemos que en este país el gobierno tiene la metralla homicida para los hijos de la patria, y la temblorosa rodilla en tierra ante el oro norteamericano”.

En la Colombia de la élite esta es la regla. Como ocurría en la época cuando Bartolomé de las Casas proponía que todo el continente se llamara Colombia, hoy en este territorio sus gobernantes hacen méritos para que se le llame Colonia: entregan sus riquezas y reprimen a los nativos para servir a los nuevos conquistadores. Allí, como en toda colonia, se ejecutan “matanzas y estragos de gentes inocentes”, llevadas a cabo por “muchos insensibles hombres que la codicia y ambición ha hecho degenerar del ser hombres, con las traiciones y maldades que han cometido”.

Pero esto no ocurrirá por mucho tiempo. El pueblo colombiano se niega a ser Colonia y reafirma su compromiso con la emancipación y la independencia. Retoma el proyecto ratificado por el Libertador (24

de octubre de 1820) cuando insistió en formar una gran Patria soberana e independiente llamada Colombia, que “las potencias extranjeras reconocerán como nación, respetarán por vuestras armas vencedoras, estimarán por la justicia de vuestra causa y admirarán por vuestra consagración a la Patria”.

SITIAR UNA PLAZA: CARTAGENA EN 1815³⁵

En términos militares “sitiar una plaza” significa poner cerco a una fortaleza, una ciudad o una nación para apoderarse de ella, someter a su población y apropiarse de sus riquezas. Es una táctica de guerra cuyo propósito es doblegar y rendir al enemigo mediante la aplicación de una ofensiva dividida en tres fases que se desarrollan en forma consecutiva: bloqueo, asedio y ataque final.

El bloqueo busca evitar que la población sitiada reciba agua y alimentos; medicina y atención médica; luz, electricidad o gas; armas, municiones y tropas; vestido, abrigo y calzado; dinero y mercancías, información favorable o recreación, suministros y en general ayuda de cualquier tipo. Su objetivo es debilitar y desmoralizar a la población para que ante las carencias extremas y los sufrimientos indecibles a la que es sometida (hambre, sed, enfermedades, plagas, pillaje, falta de servicios, saqueos) se entregue abatida, sin defenderse.

Luego viene el asedio, que consiste en hostigar y amedrentar sistemáticamente a los sitiados, en primer término, mediante el fuego contra todo aquel que intente romper el cerco para escapar o buscar ayuda; en segundo lugar, por medio de la propagación de epidemias entre los pobladores; y en tercer lugar, por medio de una propaganda ininterrumpida dirigida a desacreditar a los líderes del pueblo asediado y la causa que enarbolan. El propósito es convencer a los sitiados acerca de la superiori-

35 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 202, del 5 al 12 de abril de 2019, p. 10, sección memoria.

dad militar, ética y política de los sitiadores; inducir la desertión y la traición, de modo que los indecisos se pasen al bando enemigo, boicoteen las defensas, saboteen los servicios o delaten.

Finalmente viene la estocada final, el ataque o asalto. Consiste en ejecutar una arremetida militar violenta, fulminante y contundente para acabar definitivamente con el adversario, al que se extermina sin escrúpulos, y al que antes y después se le sataniza empleando en su contra toda clase de descalificaciones y se le responsabiliza de todo lo ocurrido.

Entre los “sitios” más emblemáticos en la historia de Suramérica está el de Cartagena de Indias, ocurrido entre agosto y diciembre de 1815 (105 días). Fue la agresiva respuesta del imperio español contra los cartageneros, quienes crearon el “Estado Libre de Cartagena” (1811-1815), entidad que se declaró libre de España y que formaba parte de una república soberana llamada “Provincias Unidas de la Nueva Granada” (hoy Colombia) que nació en noviembre de 1811 y desapareció en junio de 1816 bajo las botas de los invasores al servicio de España.

El sitio de Cartagena de Indias fue planificado y ejecutado por Pablo Morillo y su lugarteniente Francisco Tomás Morales, que contaron con un enorme ejército invasor de más de 10.000 hombres y una flota de cincuenta y nueve barcos, con los que realizaron un inclemente asedio terrestre y naval. Los efectos del sitio fueron devastadores. En Cartagena de Indias que era una próspera ciudad amurallada de cerca de 19.000 habitantes murió una tercera parte, víctima del hambre, la sed y las epidemias: “diariamente morían en promedio trescientas personas y las que quedaban se alimentaban de ratas, cueros y sabandijas”, cuentan los cronistas. En la ciudad se apiñaban “montones de cadáveres insepultos, hombres moribundos, esqueletos de mujeres y niños ambulantes”. Cuando los ocupantes tomaron la ciudad impusieron un Régimen del Terror: los patriotas, sin distingos de edad, sexo, oficio o clase social fueron pasados por las armas; sus bienes, confiscados; y sus familias, perseguidas.

Para la época del sitio, en Cartagena de Indias vivían muchos venezolanos que encontraron asilo en ella a raíz de la caída de la primera y la segunda repúblicas. Allí se encontraban, entre otros: Antonio José de Sucre, José Francisco Bermúdez, Pedro Gual, Carlos Soublette, Bartolomé Salom, Mariano Montilla. Abnegada y heroica fue la participación

de nuestros compatriotas en la defensa del “Estado Libre de Cartagena”. Hicieron el máximo sacrificio por defender la ciudad, las propiedades y la vida de sus hermanos. Así lo reconocieron los cartageneros, y ello consta en la historia. De hecho, cuando el neogranadino Manuel Castillo y Rada, comandante responsable de la defensa de Cartagena, es acusado por sus conciudadanos de querer entregar la plaza a los españoles y es depuesto y encarcelado (octubre), en su lugar es nombrado el venezolano José Francisco Bermúdez. Las reseñas históricas recogen esta información: “Los puntos fuertes de la defensa de Cartagena, para impedir la entrada del enemigo por tierra, fueron El Cerro de La Popa, donde El Mariscal Sucre estaba al mando con otro venezolano, Piñango”.

Cuando los sitiados se convencen de que los enemigos preparan el asalto final y ya no cuentan con pertrechos y con suficientes fuerzas para enfrentarlos, deciden abandonar la defensa, burlar la vigilancia de la escuadra española, organizar la retirada y escapar por mar. Posteriormente, tras incontables contratiempos, llegan a Haití donde reciben la generosa protección de Alejandro Petión.

Finalmente los sitiadores procedieron a asaltar la ciudad y sometieron cruelmente a una población indefensa. Luego se apoderaron del resto de las “Provincias Unidas de la Nueva Granada”, hoy Colombia. Cartagena quedó en manos de los invasores al servicio del imperio español desde el 6 de diciembre de 1815 hasta el 10 de octubre de 1821, día en el que el último gobernador español fue derrotado por un ejército patriota integrado por colombianos y venezolanos al mando del general caraqueño Mariano Montilla.

De modo que si algún pueblo de Suramérica sabe de los sufrimientos que implica ser sitiado por un imperio, ese pueblo es el colombiano, porque en Cartagena de Indias se ejecutó uno de los sitios más cruentos de que se tenga memoria en la historia militar de Suramérica. Por eso en nuestro país no nos explicamos cómo Colombia (su Estado, su oligarquía y un sector manipulado de la población) coadyuva y se hace cómplice en la ejecución de un criminal sitio contra Venezuela por parte del imperio estadounidense y sus secuaces. Especialmente cuando se trata de Venezuela, el país solidario que siempre le ha auxiliado y cuyos héroes, (nuestros predecesores Bermúdez, Sucre, Gual, Soublette, Sa-

lom, Montilla, Piñango) dieron tantas pruebas de solidaridad, especialmente en 1815, cuando les ayudaron a enfrentar el bloqueo, el asedio y el ataque imperial.

Y esto fue apenas lo que Venezuela y los venezolanos hicimos por Colombia y los colombianos en 1815, antes de que en 1819, en la Batalla de Pantano de Vargas (25 de julio) y en la Batalla de Boyacá (7 de agosto), le devolviéramos nuevamente la Patria que perdieron en 1816 a consecuencia de la invasión de Pablo Morillo. Pero esa es otra historia de fraternidad de los venezolanos que el gobierno, la oligarquía, las fuerzas armadas y las universidades colombianas no quieren que les recordemos. Una historia que nos une entrañablemente al genuino pueblo colombiano, agradecido e insurgente, víctima de la violencia que hoy mantiene a su país... en Estado de Sitio.

BOLÍVAR Y LOS VENEZOLANOS EN LA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA³⁶

En 1819 Nueva Granada (hoy Colombia) fue liberada del dominio español gracias al triunfo patriota en especial en dos batallas: Pantano de Vargas (25 de julio) y Boyacá (7 de agosto); por tanto, en el 2019 se cumplen doscientos años de esta importante gesta histórica. Cabe preguntarse, ¿qué papel desempeñaron el Libertador y los venezolanos en estas heroicas batallas? Se han dado tres respuestas:

- 1) La historiografía colombiana tradicional, profundamente xenófoba, le atribuye la mayor parte de los méritos de la victoria a Francisco de Paula Santander a quien llama el “organizador de la victoria”. Niega el rol protagónico desempeñado por Bolívar y los venezolanos, a quienes les asigna un papel secundario.
- 2) Los nuevos gobernantes colombianos consideran que fueron los Padres Fundadores de EE. UU. quienes lideraron las batallas por la independencia de Colombia, por tanto los venezolanos –y en especial el Libertador– no tuvieron ninguna participación en los hechos.
- 3) Los historiadores insurgentes revelan que fueron Bolívar y los venezolanos, con el apoyo decisivo del heroico pueblo neogra-

³⁶ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 213, del 9 al 16 de agosto de 2019, p. 14, sección memoria.

nadino, los protagonistas principales en la Campaña Libertadora de Colombia.

Primera tesis. Una de las voceras más representativas de la primera corriente es la historiadora Pilar Moreno de Ángel, la única mujer miembro de la Academia Colombiana de la Historia. Fue directora de la Biblioteca Nacional y actualmente dirige el Archivo Nacional de Colombia. En su libro titulado *Santander*, desarrolla la inconsistente idea de que la liberación de Nueva Granada se debe en especial a la capacidad organizativa y a las tácticas militares de Francisco de Paula Santander. La autora no se detiene a la hora de escamotear méritos a Bolívar y a los venezolanos. Inventa que los venezolanos apenas comenzaron la travesía del Páramo de Pisba estuvieron a punto de desertar y hubo que persuadirlos para que no se regresaran. Sin ruborizarse escribe:

La división de retaguardia, que era esencialmente de tropas venezolanas, decide devolverse, y no continuar la campaña. Y entonces Santander, que ya va camino del Páramo de Pisba, consulta a sus oficiales. Uno de éstos, Antonio Obando, dice: ‘Muy bien, que los venezolanos se devuelvan, nosotros vamos a continuar, atravesamos el páramo e invadimos la Nueva Granada’. Entonces Santander se regresa y les dice a los venezolanos: ‘Nosotros vamos a continuar, seguid nuestro ejemplo’. Fue así que los logra convencer de que continuaran la marcha.

Mas la historiadora de la oligarquía no se queda allí, lanza en ristre apunta directamente contra el Libertador. Escribe “El punto es que Bolívar había aceptado ya que se devolvían para no remontar el Páramo de Pisba, y que más bien esperaban a dar la vuelta por Cúcuta, y eso podía haber demorado meses y entonces no se habría dado la coyuntura de la invasión en ese momento”.

Esta tesis sin fundamento histórico que olvida que Simón Bolívar es *el hombre de las dificultades* tiene como propósitos: 1) desconocer el heroico y solidario papel de los venezolanos en la Campaña Libertadora de la Nueva Granada; 2) hacer olvidar al pueblo colombiano la gratitud que le debe al pueblo venezolano por los sacrificios que hiciera para

conquistar la independencia de Colombia, sacrificio que no fue menor que el que realizaron los neogranadinos en la Campaña Admirable que le dio la libertad a Venezuela en 1813; 3) menoscabar la imagen del Libertador y su decisión inquebrantable de luchar hasta vencer, persuadido como estaba de que “Dios concede la victoria a la constancia”; 4) preparar psicológicamente al pueblo colombiano para desacreditar y atacar al pueblo venezolano, víctima del asedio de Estados Unidos y sus satélites.

Segunda tesis. La liberación de Colombia es obra de los padres fundadores de Estados Unidos: John Adams, Benjamín Franklin, Alexander Hamilton, John Jay, Thomas Jefferson, James Madison y George Washington. Me imagino que esta postura tiene que ver con el hecho de que los que así piensan son, en realidad, políticos trepadores, muy ignorantes. Han llegado a la cima del poder gracias al negocio del narcotráfico, que tiene en la población de Estados Unidos a buena parte de su mercado cautivo. Por tanto, no me cabe la menor duda de que dicen esto bajo los efectos de los estupefacientes, porque hay que estar bien drogado y experimentar alucinaciones para decir que en la independencia de Colombia los padres fundadores (que para entonces ya estaban muertos o eran muy viejos) desempeñaron un rol protagónico. En realidad el gobierno de Estados Unidos ni en ese momento ni nunca manifestó interés por la independencia, ni respeto por la integridad territorial de este país. De hecho en 1903 por maniobras de EE. UU. le fue amputado el territorio de Panamá a la República de Colombia, hecho en el que sí debe haber ejercido alguna influencia el recuerdo de los Padres Fundadores, expertos en arrebatarles las posesiones a sus vecinos.

Tercera tesis. Para la historiografía insurgente, el Libertador y los venezolanos desempeñaron un rol protagónico en la Campaña Libertadora de la Nueva Granada, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. El pueblo neogranadino lo acompañó con heroísmo y espíritu de sacrificio.

Lo primero que hay que destacar es que la concepción de toda la Campaña Libertadora de la Nueva Granada, su táctica y su estrategia, fue obra del Libertador. La expuso en la aldea de los setenta ante sus ofi-

ciales y la fue supervisando y ajustando directamente sobre el terreno a medida que se desarrollaban los acontecimientos.

Lo otro que hay que resaltar es que parte importante del ejército libertador estaba compuesto por soldados y oficiales venezolanos. En efecto, el 26 de mayo de 1819 se puso en marcha desde Venezuela (Mantecal) un ejército de alrededor de 2.200 efectivos. Dicho ejército constaba de cuatro batallones de infantería: el Rifles, el Barcelona, los Bravos de Páez y la Legión Británica. De estos, dos son comandados por oficiales europeos (Arthur Sandes y James Rooke) y dos por venezolanos: el caraqueño Ambrosio Plaza y el trujillano José de la Cruz Carrillo. Adicionalmente se contaba con la artillería, que disponían de 4 piezas ligeras al mando del coronel Bartolomé Salom, nacido en Puerto Cabello. A esto se suma la caballería con más de 800 jinetes distribuidos en tres batallones al mando de venezolanos: el guariqueño Juan José Rondón, del monaguense Leonardo Infante, y el anzoatiguense Lucas Carvajal, entre otros. En este ejército, el barcelonés José Antonio Anzoátegui fue designado comandante de la división de retaguardia. Los soldados venezolanos se unen en Casanare a las fuerzas organizadas por el jefe de la vanguardia Francisco de Paula Santander: unos 1600 hombres de infantería y 600 de caballería, conformado por neogranadinos en su mayor parte y también por venezolanos.

La participación de los venezolanos en el campo de batalla fue crucial. Al inicio de las operaciones (11 de julio, en Corrales de Bonza) se destacó, entre otros, el merideño Justo Briceño, quien al mando de un escuadrón atacó a los realistas, obligándolos a replegarse. En la Batalla de Pantano de Vargas, la participación de Juan José Rondón y los llaneros a su mando fue decisiva para salvar la Patria. En la Batalla de Boyacá, hubo cuatro comandantes; tres de ellos venezolanos: Simón Bolívar, Jefe de Batalla; Carlos Soublette, Jefe del Estado Mayor; José Antonio Anzoátegui, comandante de la División de Retaguardia. Solo el comandante de la División de Vanguardia, Francisco de Paula Santander no era venezolano.

De modo que en la conmemoración de las batallas que le dieron la independencia a Colombia, los venezolanos tenemos mucho que celebrar: rememoramos el arrojo, la organización y la solidaridad de nuestros antepasados, quienes –en palabras del Libertador– “...con una constancia sin ejemplo padecieron privaciones mortales, y con un valor sin igual

en los anales de Venezuela, vencieron y tomaron el ejército del Rey”. Celebramos también “...el valor del pueblo de la Nueva Granada, que se ha mostrado digno de ser libre. Su eficaz cooperación reparó nuestras pérdidas y aumentó nuestras fuerzas. Este pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en aras de la Patria” (Bolívar en Angostura el 14 de diciembre de 1819).

Por tanto hoy, los herederos de quienes pelearon en las batallas que le dieron la libertad a la actual Colombia le rendimos tributo a esta epopeya de fraternidad y sacrificios compartidos; mientras que la oligarquía colombiana y sus voceros inventan héroes que no existieron y le escamotean méritos al Libertador, a los venezolanos y a su propio pueblo.

SANTANDER Y LOS MALANDRINES FOLLONES³⁷

No son nuevos el reconcomio y el odio de la oligarquía santanderiana contra Venezuela y los venezolanos. Razones geohistóricas que se remontan a la Colonia contribuyeron a atizar esa hoguera de resentimientos. Nueva Granada, la actual Colombia, era un Virreinato de vieja data (1717), organizado y rico, cuya élite gozaba de prerrogativas que la hacían creerse superior, mientras que Venezuela era una simple Capitanía General, recién creada (1777), pobre y en aluvional proceso de conformación del Estado; pero cuando el incendio de la guerra de independencia arrasó con el antiguo régimen y la sociedad entera entró en crisis, los venezolanos se encumbraron como bravos guerreros por encima de los neogranadinos. Se destacaron en valor e intrepidez. No dieron tregua a España, y aun en las más adversas condiciones, la enfrentaron, la hostigaron y, finalmente, la derrotaron.

En comparación con los habitantes de Nueva Granada, más apacibles y condescendientes, los pobladores de Venezuela sobresalieron como héroes aguerridos e indómitos. Así los vio el general español Pablo Morillo, jefe de los realistas, quien en marzo de 1816 le escribe al Ministro de Guerra de España:

El habitante de Santa Fe se ha mostrado tímido; el de Venezuela, audaz. Probablemente los habitantes del Virreinato no nos habrían resistido con tanta obstinación si no hubieran estado ayudados por los

37 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 194, del 10 al 18 de enero de 2019, pp. 10-11, sección análisis.

venezolanos. Por igual motivo ha sido que Cartagena se ha sostenido tanto tiempo contra nosotros. Al lado derecho de las márgenes del Magdalena han dado algunos combates: los que más se han distinguido en ellos han sido igualmente los venezolanos. La estéril provincia de Antioquia nos ha declarado una guerra a muerte por dos ocasiones, y ha cerrado el paso de sus montañas: los venezolanos han sido lo que a ello la han excitado. Santa Fe ha tomado las resoluciones más desesperadas en virtud de las insinuaciones de los emisarios de Venezuela. En una palabra, todo en la lucha actual es la obra de este maldito pueblo.

La carta que, sin proponérselo, hablaba tan elogiosamente de los venezolanos, fue interceptada por los patriotas y publicada en 1818 en el *Correo del Orinoco*. Esto no fue del gusto de los neogranadinos, que se sintieron ultrajados en su honor por las alusiones que en relación a ellos hiciera el jefe realista.

Para entonces, buena parte de las fuerzas patriotas neogranadinas habían sido abatidas por Morillo y buscaban refugio en Venezuela, donde los soldados patriotas venezolanos se batían con denuedo contra los realistas. La convivencia entre los venezolanos, que no se rendían y daban la batalla en su territorio; y los recién llegados neogranadinos, que sufrieron una dura derrota y habían tenido que emigrar del suyo, trajo como consecuencia que se desarrollara una suerte de animosidad y recelo entre los oriundos de ambas naciones. En medio de la camaradería que se da entre quienes combaten por una misma causa, aparecen también las diferencias regionales. Los venezolanos comenzaron a sentir que el arrojo y la perseverancia hacía de ellos un pueblo de libertadores y, seguramente, se lo hicieron saber a sus hermanos en apuro, con la sorna y el sentido del humor que nos caracteriza. Mientras, entre los militares pertenecientes a las élites de Nueva Granada, la *mamadera de gallo* a costa de ellos, fue incubando rabia y resentimientos.

Entre los neogranadinos que se habían asilado en los llanos de Venezuela, durante el repliegue del ejército libertador y en espera del momento para liberar a su patria, se encontraba Francisco de Paula Santander. Fue admitido en el ejército patriota venezolano en 1817; en junio

de 1818 se incorpora “con el empleo de coronel efectivo de infantería”; y luego es ascendido a general de brigada.

Éste, con rabia mal disimulada publica en el *Correo del Orinoco*, número 3, una carta (6 de julio de 1818) dirigida al editor del periódico en la que “vindica el honor” de los neogranadinos a quienes Morillo “ha imputado cobardía y timidez”; a la vez que con maña y sofismas intenta disminuir los méritos de los venezolanos en la cruenta guerra que se libra contra España. Recuerda el papel de los neogranadinos en la Campaña Admirable de 1813, dirigida por Bolívar, que le dio la libertad a Venezuela, y a la que se unieron muchos de sus compatriotas. Escribe: “Usted ha procedido justamente en haber recordado los hechos y conducta de los hijos de la Nueva Granada cuando bien conducidos libertaron el territorio que media entre el Táchira y los muros de La Guaira”. Por supuesto que no dice que en esta Campaña Admirable, él se enfrentó a Bolívar y se negó a participar. Todo lo contrario de lo que hicieron sus paisanos Antonio Ricaurte y Atanasio Girardot.

A Santander le molesta sobre todo la expresión de Morillo “Todo es obra de los venezolanos”; sin embargo, no le queda otro camino que reconocer el coraje y patriotismo de los habitantes de Venezuela. Expresa:

Es verdad que los venezolanos fueron los primeros que proclamaron los derechos de su patria, y han mostrado la senda a otras regiones: ellos han sido los que los han sostenido y defendido con una constancia que admira; ellos son los que han pulverizado las tropas enviadas de la península; son los venezolanos los que actualmente asombran al mundo combatiendo sin recursos contra ejércitos a quienes todo ha sobrado y son seguramente los venezolanos los que arrojarán de la Nueva Granada a los tiranos que la oprimen. –Agrega–, Dos años de guerra en Venezuela en la actual época me han dado ocasión de admirar al soldado venezolano, y el tiempo que ha corrido desde nuestra transformación me ha hecho conocer el entusiasmo, patriotismo y odio a los españoles que abriga en su corazón cada individuo de esa República. Felices los venezolanos que han tenido en su seno al genio de la América, que ha sabido poner en movimiento tan sublimes virtudes, y guiar a sus conciudadanos a la cumbre de la gloria.

Pero mientras reconocía esto públicamente, era otra cosa la que realmente pensaba. Su corazón estaba lleno de resentimiento y recelo contra Venezuela y sus aguerridos habitantes. Los llaneros de Venezuela, hombres acostumbrados a seguir a sus propios líderes, a reconocer solo a los más valientes y arrojados, no habían aceptado su jefatura por no considerarlo apto para dirigirlos. A pesar de que ilustres militares venezolanos como Bolívar, Mariño, Soublette y Sucre, entre otros, le brindaron su amistad, y reconocieron sus virtudes como soldado y político, al punto de que fue ascendido a general de brigada, no era gratitud lo que albergaba su corazón, sino hiel y rencor hacia Venezuela y los venezolanos.

La oportunidad de mostrar estos bajos sentimientos llegó cuando en agosto de 1818 el Libertador lo designa responsable militar en Casanare, como paso previo para la liberación de Nueva Granada. : “La operación que intento sobre la Nueva Granada debe necesariamente producir, tanto para ella como para Venezuela, incalculables ventajas”, dice Bolívar (carta a Páez, 19 de agosto de 1818).

Pero Santander no entiende de geopolítica. No ve nada de eso. Sus bajas pasiones contra Venezuela y los venezolanos lo dominan. Mientras marchaba hacia su destino escribió una carta a su paisano el coronel Pedro Fortoul, donde le invitaba a él y a los demás neogranadinos que se hallaban en Apure, a ir a reunírsele, y entre otras cosas decía la carta: “Es preciso que nos reunamos en Casanare todos los granadinos para liberar nuestra patria y para abatir el orgullo de esos malandrines follones venezolanos”.

La carta fue interceptada por Páez y enviada al Libertador, quien prefirió pasar por alto la grave falta, habida cuenta de que la libertad de Nueva Granada no podía aguardar. En efecto, desde Casanare partió un ejército compuesto, sobre todo, por venezolanos, aguerridos y nobles que estaban dispuestos a inmolarsé para conquistar la libertad de sus hermanos neogranadinos. Así lo hicieron en la batalla de Pantano de Vargas donde el coronel Rondón salvó la Patria; así lo hicieron en la batalla de Boyacá que selló el triunfo de las armas patriotas sobre España en el antiguo virreinato.

A pesar de que sin los venezolanos Nueva Granada no habría alcanzado su independencia en 1819, Santander guarda animadversión y

recelo contra Venezuela y los venezolanos. Los habitantes de nuestro país no son más que “mandrines follones venezolanos” a quienes hay que “abatir el orgullo”.

Por esta razón cuando el venezolano Leonardo Infante en medio de la batalla por la libertad de Nueva Granada le reclama por la cobardía que exhibe en el frente de combate, Santander renueva su odio y lo sentencia. En la primera oportunidad que se le presenta, le monta un juicio amañado donde le condenan a muerte. Aprovecha la ausencia de Bolívar y con saña y alevosía fusila a un venezolano ejemplar que arriesgó su vida por darle libertad a su patria. Más tarde, intenta enjuiciar a Páez, quien no cae en la trampa. Después se vuelve contra Bolívar y planifica el intento de magnicidio de 1828. Después propicia la disolución de Colombia, la gran nación creada por el Libertador. Todo, “para abatir el orgullo de esos mandrines follones venezolanos”.

Fue más noble Pablo Morillo, que en el fondo reconocía nuestra grandeza y asumió que la derrota de España en la guerra fue “obra de los venezolanos”, mientras que para Santander, pese al internacionalismo y solidaridad de los venezolanos, no éramos más que “mandrines follones”.

Pues bien, ese sentimiento de animadversión de Santander contra Venezuela y los venezolanos está presente en los corazones –si es que lo tienen– de la oligarquía y el Estado colombiano. Por esta razón a lo largo de la historia, desde Colombia se han atizado resquemores contra nuestra Patria, alimentados casi siempre por los herederos de Santander y el gobierno de EE. UU. Así ocurrió a comienzos de siglo XX cuando Colombia invadió Venezuela y sus huestes fueron derrotadas “por obra de los venezolanos”. Así ocurrirá si, olvidando los lazos que nos unen y la mutua gratitud que nos merecemos, los militares colombianos seguidores de Santander se prestan para invadir nuevamente nuestro territorio y traicionar a Bolívar, su Libertador.

USA: MATAR A GAITÁN, ASESINAR LA PAZ

Todos sabemos que con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, ocurrido el 9 de abril de 1948, recrudeció la violencia en Colombia, al punto de que más de medio siglo después aun padecemos sus consecuencias. Nadie discute el interés de la oligarquía colombiana por eliminar a quien como vocero del pueblo le disputaba sus privilegios. Lo que no se conoce en detalle es cuál fue la participación del gobierno de EE.UU. en el complot que terminó con la vida del líder. La pregunta que a estas alturas podemos formularnos es ¿qué razones podía tener la Casa Blanca para asesinar a Gaitán y, de este modo, cerrar los caminos de la justicia y la paz que él encarnaba?

Lo primero que debemos destacar es que EE.UU. siempre miró con recelo a Gaitán. Recordemos que él fue el abogado que denunció la masacre de las bananeras, brutal genocidio ejecutado en diciembre de 1928 en las plantaciones bananeras de la compañía gringa United Fruit Company. Allí, en el contexto de una masiva huelga reivindicativa contra la empresa, el ejército colombiano asesinó miles de obreros que luego fueron enterrados en gigantescas fosas comunes en el municipio de Ciénaga, cerca de Santa Marta. Este suceso fue investigado en persona por el tribuno del pueblo, Jorge Eliecer Gaitán, quien sentenció: “Dolorosamente sabemos que en este país el gobierno tiene la metralla homicida para los hijos de la patria, y la temblorosa rodilla en tierra ante el oro americano”.

Además, Gaitán era un hombre de izquierda. Había escrito su tesis de grado en derecho sobre un tema provocador: “Historia de las ideas socialistas en Colombia”, donde denunciaba el sistema capitalista, enar-

bolaba las banderas del socialismo y establecía la viabilidad del socialismo en Colombia. Allí asume su credo revolucionario: “En lo económico y social somos integralmente socialistas”. Formula una pregunta que lleva implícita la respuesta: “¿Cuál de los dos sistemas económicos, el individualista o el socialista, consulta mejor los intereses de la justicia, las necesidades del progreso y los sentimientos de humanidad?”. Pero no solo era un académico. Era un líder con dilatada experiencia política. Había sido Alcalde de Bogotá, Ministro de Educación, Ministro del Trabajo y congresista. Venía acumulando una experiencia que estaba dispuesto a poner al servicio de la causa del pueblo. Poco le faltaba para llegar a la presidencia de la República.

Entonces intentaron comprarlo. Según se supo después, a Colombia fue enviado un agente de la CIA de nombre Tomás Eliot, al frente de la operación Pantomima, que intentó alejarlo del camino de la política a cambio de canonjías personales. Al respecto su hija, Gloria Gaitán, recuerda que siendo niña “...en el año 1947 papá llegó un día a almorzar a la casa y le contó a mamá, en presencia mía, que le habían ofrecido ejercer la Cátedra de Derecho Penal en La Sorbona en París o en la Universidad de Roma, garantizándole la propiedad, en uno de los barrios más lujosos de esas ciudades, de un espléndido apartamento. Le darían igualmente una inmensa finca en la Sabana de Bogotá y otra en los Llanos Orientales y le otorgarían la financiación necesaria para que sus hijos pudieran, por el resto de sus vidas, estudiar en los colegios o universidades que quisieran en Europa”.³⁸

Pero la suerte de Gaitán estaba echada. Si no cedía ante el soborno y el chantaje, como en efecto ocurrió, iba a ser asesinado: “ya estaba en contrariedades con la embajada de Estados Unidos”, por tanto, “había que trabajarlo entonces de otra forma, era necesario llevarlo a una eliminación física”, declaró un agente de la CIA años más tarde. Ya el embajador de Estados Unidos en Bogotá, C. Wiley, había advertido, refiriéndose a Gaitán: “Vemos sus triunfos políticos con considerable aprehensión. Quienes lo conocen aseguran que él no quiere a Estados Unidos”.

38 <http://www.elcorreo.eu.org/confesion-del-agente-de-la-cia-involucrado-en-el-asesinato-de-jorge-eliecer-gaitan>).

Cuando matan a Gaitán, en Colombia se realizaba la IX Conferencia Panamericana, que dio origen a la Organización de Estados Americanos (OEA), institución supranacional controlada por EE. UU., garante de su hegemonía en Suramérica. Para EE. UU., finalizada la II guerra europea, era el momento de poner orden en su “patio trasero”, en consecuencia no podía permitir que ninguna voz disidente, como la del líder colombiano, fuese a contagiar al resto de las naciones del sur.

Pero los Estados Unidos actuaron con sigilo, no asumieron ninguna responsabilidad en los hechos. Actuaron de este modo, según un agente de la CIA involucrado, “para que la opinión pública no se formara una idea como la que se tenía que formar, que la Embajada de los Estados Unidos estaba detrás de todo esto”. Por esa razón, en connivencia con la alta oligarquía de Colombia, contrataron los servicios de un equipo de agentes entre los que se encontraba Juan Roa Sierra, supuesto autor material del crimen, ex empleado de la Embajada Alemana nazi, quien se creía la reencarnación de Francisco de Paula Santander. Según la CIA, a este individuo “...se le prometió aparte de dinero, sacarlo lo más pronto posible fuera del país. Pero nosotros pensábamos después eliminarlo físicamente –ya que este individuo, después de cometido el hecho, iba a ser para nosotros un estorbo y un testigo presencial del caso–, por lo tanto nos ahorramos ese problema ya que éste individuo al ajusticiar a Gaitán también fue ajusticiado por el pueblo”.³⁹

Hoy, sobre Colombia se cierne el manto de la violencia. Ha ganado el “No” contra la paz, estrategia adelantada por la plutocracia colombiana que busca mantener el apoyo estadounidense al paramilitarismo político y esconder, tras la fachada de la lucha contra la guerrilla, la terrible desigualdad social que reina en Colombia. En el pasado EE. UU. y sus sicarios participaron del complot para matar a Gaitán y asesinar la paz. Pero hoy, el movimiento popular colombiano, más allá de los partidos y las organizaciones políticas tradicionales, ha tomado la calle en búsqueda de la convivencia y la paz. Adelante en la marcha, como siempre, va su *Capitán y mártir de multitudes*, Jorge Eliecer Gaitán. Increpa a la oligarquía, le advierte: “Queremos la defensa de la vida humana. No creáis

39 *Idem.*

que nuestra serenidad es cobardía. Somos capaces de sacrificar nuestras vidas para salvar la paz y la libertad de Colombia”. Mientras, a su pueblo le repite su frase inolvidable: “Nada más deseable que la paz. Pero la paz tiene sus causas, es un efecto. El efecto del respeto a los mutuos derechos. Pueblo, ¡A la carga!”⁴⁰

⁴⁰ <https://www.youtube.com/watch?v=txlyhbkrxus>

RACISMO E IMPERIALISMO EN COLOMBIA⁴¹

En 1918, el psiquiatra y político colombiano Miguel Jiménez López presenta ante el Tercer Congreso de Medicina los resultados de su investigación acerca de la “degeneración de la raza”. Allí expresa: “los países donde el elemento de color va siendo preponderante han marchado lenta pero seguramente hacia el estado de tutela y de protectorado por otras razas mejor dotadas”. Estados Unidos acababa de arrebatarse Panamá a Colombia en 1903. Para este ideólogo no hay por qué preocuparse pues Panamá, donde el “elemento de color es preponderante”, está bajo la tutela de una “raza mejor dotada”. No lo decía cualquiera. Miguel Jiménez López llegó a ser ministro de Gobierno (1922), representante a la Cámara, senador de la República, presidente del Directorio Nacional Conservador y representante por el país ante la Asamblea de las Naciones Unidas (1951).

Así, mientras EE.UU. amputaba una parte del territorio de Colombia para construir libremente un canal interoceánico, este científico social colombiano al tanto de los últimos avances de la ciencia, justificaba el despojo y la imposición. Preparaba, además, el terreno para que en marzo de 1922, Colombia aceptara una limosna a cambio de su dignidad: una indemnización por 25 millones de dólares, enviada por el gobierno de EE. UU. con el propósito de “eliminar todas las desavenencias producidas por los acontecimientos políticos ocurridos en Panamá en 1903”.

41 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 187, del 26 de octubre al 2 de noviembre de 2018, p. 10, sección política.

Miguel Jiménez López dictaba cátedra. Para éste las naciones latinoamericanas, por ser mestizas están condenadas a ser colonias y semi-colonias de las naciones blancas: por las venas de sus habitantes corre sangre negra e indígena. En realidad repetía los postulados de las grandes luminarias europeas de la ciencia social, entre ellos el británico Edward Tylor (1832-1917), padre de la Antropología, quien expresa: “La historia nos enseña que más razas han adelantado en la civilización, mientras otras se han estancado al llegar a cierto límite o han retrocedido. Una explicación parcial de este fenómeno la hallamos al observar las distintas capacidades intelectual y moral de los naturales de África y de Suramérica, en comparación con las naciones del viejo mundo y de EE. UU., que las vencieron y dominaron”.

Estos pensadores pregonan que existen razas humanas, las cuales se pueden distinguir a simple vista por sus rasgos fenotípicos y el color de la piel. Cada raza tendría una serie de propiedades y rasgos morales e intelectuales –no todos necesariamente visibles– inherentes e inmodificables, que las caracterizan. A partir de este constructo ideológico se organizó un modelo de dominación y vasallaje donde las razas superiores dirigen, dominan y civilizan a las razas inferiores, cuyo rol se limita a ser mano de obra en el proceso de reproducción del sistema capitalista-colonial, y a obedecer a unos amos “mejor dotados”. En Europa y EE. UU. vive la raza blanca superior, destinada naturalmente a expandirse, civilizar y dominar al resto de las razas, distintas e inferiores, que habitan en el resto del planeta. De este modo, los pensadores y políticos eurocéntricos auspician la supremacía de las naciones y pueblos de raza blanca, con relación a las naciones y pueblos de otras razas, originarios de otros continentes, a los que considera inferiores y atrasados.

No fue casual, entonces, que cuando el gobierno venezolano demandara a fines del siglo XIX la solución pacífica de la controversia en el conflicto entre Venezuela y Gran Bretaña a propósito de la ocupación inglesa de nuestro territorio en la zona de Guayana, se designara un tribunal de arbitraje internacional, adonde no fuimos invitados. El Tribunal estuvo compuesto por cinco miembros: dos estadounidenses en representación de Venezuela, dos ingleses en representación de Reino Unido y el quinto miembro, un ruso, sería el juez o árbitro. Los árbitros “acordaron desde

el comienzo de la negociación que ningún jurista venezolano habría de formar parte del Tribunal de Arbitraje, porque no estaban dispuestos a sentarse junto a un mestizo con olor a trópico”. La sentencia de este tribunal internacional en 1899 significó un despojo ilegal de parte importante del territorio de Venezuela, ejecutado por las potencias involucradas en contra de los intereses y derechos venezolanos.

Tampoco es casual que cuando los Estados Unidos conocen a un gobernante latinoamericano en lo primero en que se fijan es en el color de su piel. Así lo hizo el ministro plenipotenciario de EE. UU. en Venezuela, míster Herbert Wolcott Bowen, que en notificación que envía al secretario de Estado de EE. UU. John Hay, luego de su primera visita al presidente de Venezuela Cipriano Castro, acota: “Su piel denota que tiene una o dos gotas de sangre india en las venas”, suficiente argumento para desautorizar cualquier punto de vista del mandatario venezolano en defensa de la soberanía nacional y para invadir el país si lo consideraba necesario.

Afortunadamente, ante la genuflexión y el bandolerismo intelectual de un sector de las oligarquías neocolonizadas representadas por gente como Jiménez López, han surgido siempre los pensadores con mentalidad soberana e independiente, seguidores de la doctrina bolivariana. Uno de ellos fue el colombiano Jorge Eliecer Gaitán. En el Discurso que pronuncia en Caracas el 18 de octubre de 1946, manifiesta: “Nosotros hemos aprendido a reírnos de esas generaciones decadentes que ven a las muchedumbres de nuestro trópico como a seres de raza inferior. Inferiores son ellos que carecen de personalidad propia y se dejan llevar por algunas mentes esclavas de la cultura europea. ¡Mentira la inferioridad de nuestros pueblos; mentira la inferioridad de nuestros países; mentira la debilidad de nuestras razas mestizas! Que vengan los europeos a presenciar el drama de esta masa enorme de América devorada por el paludismo, con gobiernos que le han vuelto la espalda a su gente para enriquecerse en provecho propio; que vengan a contemplar las inclemencias perpetuas que vivimos los habitantes del trópico, y entonces tendrán que comprender cuán brava es la gente nuestra, y reconocer la falsedad de su concepto sobre la inferioridad de las masas americanas”.

JULIO LONDOÑO, UN PROYECTIL DE LARGO ALCANCE⁴²

El investigador y militar colombiano Julio Londoño Londoño (1901-1980) fue uno de los pioneros de la ciencia de la geopolítica en Latinoamérica y Colombia. Tuvo clara conciencia de la importancia de la Historia, la Geografía y la Geopolítica como armas ideológicas en las luchas internas y los conflictos internacionales.

Por ello, como presidente de la Academia Colombiana de Historia impulsó activamente un proyecto destinado a reescribir la historia de Colombia desde la perspectiva de las oligarquías: la *Historia Extensa de Colombia*. Son más de cuarenta volúmenes encargados por el Estado colombiano en octubre de 1948, después del asesinato de Gaitán, a importantes historiadores, coordinados por el especialista Luis Martínez Delgado, “No es la obra de un solo hombre, ni podría serlo”, explica la corporación de historiadores.

Para la ejecución del proyecto, el gobierno de Colombia destinó la suma de ciento cincuenta mil pesos (\$ 150.000), pagaderos en tres anualidades a la Academia Colombiana de Historia. Desde el inicio Londoño contribuyó activamente a “gestionar la inclusión en el presupuesto y obtener el pago de las sumas con que el Estado contribuye a la publicación de la Historia extensa; a seleccionar los colaboradores de la misma; asegurarles, por medio de contratos, su remuneración; a gestionar, primero

42 Escuela Venezolana de Planificación. 16 de septiembre del 2019. <http://escuelavenezolanadeplanificacion.blogspot.com/2019/09/julio-londono-un-proyectil-de-largo.html>

en el exterior, y, luego, dentro del país, la publicación de ella; a divulgar el plan general de la obra y sus proyecciones en la vida colombiana”. El Estado contrató, además, los servicios de una de las más grandes editoriales, que “cuenta con agencias de distribución en el exterior”.

Uno de los currículos ocultos de este proyecto historiográfico es minimizar o desvirtuar la acción del pueblo en las pasadas luchas nacionales. Se propone propagar una especie de letargo entre la población para que no adquiriera conciencia de clase y no asuma el rol histórico que le corresponde como protagonista en el proceso de empoderamiento y emancipación nacional. El otro es satanizar a las naciones o pueblos vecinos y minusvalorizar los lazos que han forjado con Colombia a lo largo del proceso histórico. Los dardos van dirigidos sobre todo contra Venezuela y los venezolanos. En virtud de que la visión de la historia de los hechos pasados condiciona las actuaciones en el presente, se prepara así a la población civil y las fuerzas armadas para una eventual conflagración bélica con alguna de las naciones colindantes, especialmente con Venezuela, país con el que comparte buena parte de su frontera.

Londoño también fue miembro de número de la Sociedad Geográfica de Colombia. Obras como *La influencia de la geografía en la historia de Colombia* o *Integración del territorio colombiano*, son material de obligatoria consulta por parte de los intelectuales y militares de su país. Como geógrafo sus aportes van dirigidos a establecer el potencial económico que la geografía le ha deparado a la élite colombiana para alcanzar el máximo aprovechamiento de los recursos que disponen en su territorio. Su propósito es convertir Colombia en una subpotencia en la región suramericana.

No obstante, plantea que dicha subpotencia debe estar subordinada a Estados Unidos, porque “...a medida que los Estados Unidos fueron creciendo, nuestra cultura se fue haciendo cada vez más americana. La influencia de Washington llega hasta nosotros de una manera poderosa. Y hay que aceptar este hecho geográfico que en lo político condiciona muchas de nuestras iniciativas”.

Pero el fuerte de Londoño es la geopolítica, disciplina que estudia la mejor manera de aprovechar la influencia que puede ejercer el espacio geográfico para ampliar la esfera de poder político en el campo interna-

cional. Entre sus obras en esta materia destacan: *Geopolítica de Colombia* (1949), *Nueva geopolítica de Colombia* (1966), *Geopolítica de Suramérica* (1977), entre otras. Uno de sus admiradores subraya que “como geopolítico, en Latinoamérica compartió honores al lado de Mario Travassos, Carlos de Meira Mattos, Therezina de Castro, del Brasil; Juan Guglielmini de Argentina y Augusto Pinochet de Chile”.

Londoño sostiene que Colombia debe convertirse en una prolongación geopolítica de Norteamérica, que es “la de mayor eficacia para el trabajo material e intelectual”, y asumir el control de Suramérica, “zona que de ninguna manera presenta las mejores condiciones para el desarrollo de la cultura y la civilización”. Para alcanzar este objetivo “civilizador” la élite gobernante de Colombia debe superar una limitación mental: “Carecemos del sentido de imperio. No existe en Colombia un sentimiento imperialista”, afirma.

Con relación a las naciones colindantes con Colombia, Londoño sostiene “la necesidad de mantener amistosas relaciones con todos sus vecinos pero evitando que entre ellos se forme un anillo unificado”. Ve en cualquier forma de unión entre países vecinos “un hostil cerco de hierro” que se cierne sobre Colombia “para estrangular su comercio, neutralizar su actividad política, o anular diversos intentos de mejoramiento en materia internacional”. En consecuencia, Londoño asume que cualquier forma de integración suramericana constituye un peligro para los propósitos subimperiales de Colombia. Y en el caso de Venezuela, de sus postulados se desprende que debe hacerse todo lo posible para evitar que entre las naciones vecinas y nosotros se fomente un clima de concordia y se establezcan alianzas, pues ve en todo esto “un hostil cerco de hierro”.

Además, Londoño no puede ocultar su molestia por la privilegiada posición territorial de Venezuela. Advierte: “la morfología de la cordillera está dispuesta de tan afortunada manera que forma una serie de grandes cuencas: Maracaibo, Valencia, Caracas, cada una con su puerto sobre el mar. Además, las grandes llanuras del Orinoco, que quedan detrás de la cordillera, tienen dos amplias salidas al Caribe: la de Barcelona y la del mismo río. Así Venezuela viene a ser una de las principales naciones marítimas del continente suramericano y en este sentido, gran potencia naval de un próximo futuro”.

Ahora bien, desde hace más de medio siglo la obra de Londoño es de obligatoria consulta por parte de la oligarquía colombiana. Ha formado una Escuela que es apoyada y subvencionada por el Estado y el capital privado. Sus juicios los repiten en los centros de educación superior colombianos. Desde allí este “conocimiento” se derrama como aceite a los niveles inferiores de la enseñanza y se expande a toda la sociedad. Nadie escapa de ser embadurnado. Incluso los descendientes de Julio Londoño, entre los que hay cancilleres, diplomáticos, militares e influyentes hombres de Estado, han desarrollado sus premisas al punto de que uno de ellos propone en su tesis doctoral “la Invasión silenciosa contra Venezuela”. De este modo se ha ido conformando en importantes sectores de la población colombiana una actitud guerrerrista, un “sentimiento imperialista”, y ahora “la influencia de Washington es más poderosa”.

En la actualidad, con todo este bagaje ideológico, el gobierno de Colombia se lanza contra Venezuela y su pueblo, con la misma saña con que históricamente lo ha hecho contra el pueblo colombiano. La historia, la geografía y la geopolítica componen el arsenal teórico de alto nivel con que se dispone a justificar la embestida contra nuestro país. Porque no es posible impulsar un pueblo a una guerra si no se le ha convencido previamente con argumentos y se le han atizado sus emociones. En esto la doctrina juega un papel estratégico. Se convierte en proyectil de largo alcance y de amplio espectro. Y éste que hoy arrojan desde el otro lado de la frontera nos lo lanzó la oligarquía yanqui-colombiana y Julio Londoño hace más de medio siglo. Y pensar que la inversión inicial para la construcción de este artefacto ideológico fue de apenas de ciento cincuenta mil pesos (\$ 150.000), pagaderos en tres anualidades... a la Academia Colombiana de la Historia.

Me pregunto: ¿qué estaba haciendo el gobierno venezolano de entonces con el dinero de la nación? ¿Sembraba conciencias? ¿No sabía que teníamos que desarrollar los fundamentos teóricos de la doctrina bolivariana de defensa integral de la Patria? ¿Olvidaba que la investigación y la docencia requieren apoyo, financiamiento y divulgación? ¿Desconocía que la noción de nacionalidad no se conforma de la noche a la mañana y de manera espontánea? ¿Le era muy difícil usar parte de la renta petrolera en conformar un equipo nacionalista de científicos sociales y hu-

manistas comprometidos con el porvenir de Venezuela? ¿Ignoraba que la investigación en los campos de la historia, la geografía y la geopolítica son también asuntos de Estado? Finalmente: ¿Ignoraba que toda omisión teórica genera consecuencias políticas? ¿No sabía que la intelectualidad también desempeña un rol fundamental en los procesos históricos a largo plazo?

LLANEROS VERDADEROS Y LLANEROS USURPADORES⁴³

Los llaneros de Venezuela han jugado un papel fundamental en la lucha política a lo largo de la historia. Las sabanas llaneras, abiertas al infinito, son una invitación a la libertad. Allí se han desarrollado importantes batallas por la justicia social. Durante la guerra de independencia, mientras la lucha se limitó a defender los intereses de la oligarquía criolla y no se planteó la mejora de las condiciones de vida de los más pobres, los llaneros “darían soldados al Rey”. Pero a medida que la lucha fue adquiriendo un carácter social, los llaneros se incorporaron masivamente en el bando patriota y con sus prácticas radicalizaron el proyecto independentista. Los llanos darían próceres civiles de la talla de Juan Germán Roscio y guerrilleros heroicos como Páez, J. J. Rondón, Leonardo Infante, Pedro Saraza y muchos otros.

Los llaneros con sus acciones escribieron páginas gloriosas. Por ejemplo, en la Batalla de Araure, que se llevó a cabo en los llanos de Portuguesa el 5 de diciembre de 1813, el Batallón sin Nombre, conformado por unos valerosos llaneros enfrenta y vence al Pabellón del Numancia, gloria española y enseña militar de la Monarquía. Solo contaban con algunas lanzas y “palos con puyas”, pero en la refriega le arrebataron las armas al adversario. “Con su jefe Palacios a la cabeza y antes de media hora en carga arrolladora, heroica, serena y victoriosa, aniquilaron al enemigo”. A propósito de esta victoria, Bolívar expresa: “Nuestras armas

43 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 139, del 8 al 15 de septiembre de 2017, p. 10, sección análisis.

libertadoras han vengado a Venezuela; el mayor ejército que ha intentado subyugarnos yace tendido en el campo”. Actos de heroísmo como éste se sucedieron a lo largo de la guerra. Tan grande era el respeto que el Libertador sentía por los llaneros que, posteriormente, en una proclama les expresa: “Vosotros seréis independientes, aunque se oponga el mundo todo. Vuestros desiertos y vuestras lanzas os libran de la tiranía. Llaneros ¡Sois invencibles!”.

Al jefe español Pablo Morillo no le quedó otro camino que reconocer la grandeza de los llaneros. En carta que envía al monarca le dice que “aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado, sino tropas capaces de competir con las mejores de Su Majestad”. Y más tarde le expresa: “Si usted me da un Páez y cien mil llaneros de Guárico, Apure y Barinas, le pongo a Europa completa a sus pies”.

La participación de los llaneros venezolanos fue decisiva en las batallas por la independencia de toda Suramérica. Especialmente en la actual Colombia, fueron nuestros llaneros los que, dirigidos por Simón Bolívar, atravesaron desabrigados y descalzos el Páramo de Pisba para librar en 1819 las batallas de Pantano de Vargas y de Boyacá que le dieron la libertad a Colombia. A lo largo de la travesía “...las tropas estaban casi desnudas; la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela”, puntualiza O’Leary. Un testigo colombiano de los hechos, Francisco de Paula Santander, reconoce que “habitados los llaneros a vivir de carne sola, y a robustecerse sufriendo la lluvia, no temían la falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningún río los detenía en sus marchas; valerosos por compleción, ningún riesgo los intimidaba”.

Pues bien, ahora resulta que de la hermana república han llegado a los llanos venezolanos unos llaneros extraños. Vienen de Colombia y se hacen llamar “los nuevos llaneros”, ocupan tierras, adquieren propiedades, infringen las leyes y acosan a la población. En realidad son paramilitares y narcotraficantes al servicio de la oligarquía colombiana coaligada con el Pentágono en sus planes de invasión contra Venezuela. Como parte de un antiguo plan de invasión silenciosa planificado por élites guerreristas, los nuevos llaneros se venían asentando en el territorio venezolano

a la espera de la oportunidad ideal para dar el zarpazo. Ahora se encuentran allí para facilitar un eventual ataque desde el vecino país, en caso de que EE. UU. y el gobierno de Colombia, decidan actuar militarmente contra Venezuela, tal y como está previsto en la “Operación Balboa” y en el plan “Freedom dos”. De hecho, en todos los escenarios de guerra contra Venezuela, Colombia está presente y desarrolla un rol protagónico a las órdenes de Estados Unidos. Desde su territorio atacarán a los estados venezolanos colindantes. Necesitan los quintas columnas que detecten y destruyan cualquier foco de resistencia venezolano. Esa es la función de “los nuevos llaneros”.

Es Caín preparando el fratricidio. Es el ingrato pago de la élite militar colombiana a la memoria de los llaneros venezolanos que le dieron la libertad a su nación. Entonces: ¿Qué haremos nosotros, venezolanos descendientes de los llaneros libertadores de Suramérica, para impedir la traición contra nuestro pueblo? ¿Qué medidas cívico-militares tomaremos para lograr la defensa integral de la Patria amenazada? ¿Qué providencias tomará la Asamblea Nacional Constituyente y nuestro Gobierno para evitar que los invasores sigan trasgrediendo la ley en nuestro país? ¿Qué haremos ahora con esos ocupantes que profanan el gentilicio de los llaneros? ¿Y cuándo lo haremos?

LAS SEMILLAS IMPERIALES, SIMIENTES DEL MAL

En el siglo XIX el imperio británico comenzó a exportar ilegalmente opio a China. El emperador Daoguang y el pueblo chino se opusieron a ello. Los ingleses le declararon la guerra: la droga debía seguirse comercializando, sin importar la salud del pueblo de Confucio. Los chinos y su gobierno salieron a combatir a la armada más poderosa de la época.

Hoy un nuevo imperio pretende imponer sus políticas a una república de Suramérica, Colombia. Ahora no se trata de drogas, que ya bastante han obtenido los EE. UU. con el pretexto de combatir las, sino de las semillas certificadas. El gobierno colombiano firmó un tratado de “libre comercio” con los Estados Unidos. Entre sus cláusulas se establece que los campesinos para poder sembrar en sus propias tierras y recibir del Estado los créditos que necesitan deben comprar exclusivamente semillas certificadas, las cuales no son producidas por los laboratorios colombianos sino por las transnacionales estadounidenses. Estas semillas son más caras que sus equivalentes nativas, no ofrecen garantías de productividad y requieren de fertilizantes y plaguicidas producidos también en los laboratorios transnacionales de los EE. UU.. Además, se prohíbe a los campesinos usar nuevamente las mejores semillas que quedan en cada cosecha, tal como lo venían haciendo desde tiempos inmemoriales.

El gobierno colombiano ha criminalizado el uso y distribución de las semillas; decretado su decomiso y destrucción. Entra a la fuerza en las parcelas y se incauta la mercancía. Se lleva los sacos con semillas que encuentran en las bodegas y los vierte en botaderos. Viola la propiedad privada de los pequeños y medianos campesinos colombianos

para proteger la propiedad intelectual y pecuniaria de las grandes compañías gringas. Causa grandes pérdidas económicas entre los empobrecidos productores, pero no quiere que los monopolios agroindustriales extranjeros disminuyan sus inmensas ganancias. Reprime con fuerza a los trabajadores del campo y concilia con los paramilitares latifundistas. Se inquieta cuando los “científicos agrícolas” extranjeros ven interrumpidas su programación televisiva por las noticias que se transmiten sobre manifestaciones contra los efectos sociales de los tratados de libre comercio: esto podría afectar su imagen internacional y su crédito frente a los prestamistas foráneos.

Este gobierno colombiano en vez de gritarles a los esquiladores extranjeros “gringos go home”, lame sus botas. En vez de luchar por la soberanía alimentaria y la independencia científica, fomenta una nueva forma de colonización más cruel que ninguna otra, porque atenta contra el derecho al trabajo, la alimentación y la salud de un pueblo industrial. Echa abajo toda una tradición de producción agrícola de gran calidad a cambio de un certificado de buena conducta entregado por el gendarme del Norte. A los campesinos los trata como necios y a los ciudadanos críticos de la opinión pública como tarados. Los argumentos no podían ser más fútiles: el progreso exige sacrificios; la ciencia, apoyo; la agricultura, innovación; las metrópolis, reconocimiento.

El gobierno tiene respuestas para todo: los campesinos se rebelan, “es que no entienden de alta política”; la ciudadanía se les enfrenta, “está infiltrada por la guerrilla”; los gobiernos vecinos critican, “no permitiremos ninguna injerencia extranjera”; la tierra no produce lo esperado, “si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

El gobierno aspira a impulsar la economía y la crisis se profundiza. Combate la inflación aumentando el precio de las semillas y demás insumos agrícolas con lo cual el precio de los víveres aumenta. Pretende elevar los niveles de exportación y los índices muestran lo contrario. Se incorpora a los organismos de integración suramericanos, pero obedece a las políticas de desintegración ejecutadas por el Pentágono. Predica la paz y practica la violencia. Quiere obligarnos a todos a ser obsecuentes; pero el pueblo ya está en las calles luchando contra el latrocinio. Es

el pueblo colombiano que se inspira en Bolívar, el de la “Gran Colombia”, quien legisló en defensa de la agricultura autóctona, los intereses nacionales y el pueblo trabajador. En efecto, fueron muchos los decretos del Libertador en esta materia, se propuso toda una normativa de protección de la agricultura y de respaldo a la nación y su pueblo:

...promover la agricultura en todas sus ramas, presentar al pueblo proyectos de mejoras y reformas, divulgar el conocimiento de los principios científicos de estas artes, facilitar la adquisición de libros y manuscritos que ilustren al pueblo en esta parte, animando a los propietarios a emprender el cultivo de diversas plantas, detallándoles los terrenos que ofrezcan más ventajas, premiando debidamente a los que se aventajaren en cualquier género de cultivos y a los que inventen, perfeccionen o introduzcan cualquier mejora; incentivar a los agricultores abriendo caminos cómodos y breves para facilitar la comercialización de sus productos. Para lo cual se crearán juntas provinciales de agricultura y comercio y se exigirá la cooperación del gobierno central y los cabildos.

En el pasado el pueblo chino se enfrentó al imperio más poderoso de entonces. El gobierno se puso de su lado. Ahora, por el contrario, el gobierno colombiano enfrenta a su pueblo y apoya a los imperios foráneos enemigos de la nación. ¡Qué vergüenza! Los presidentes colombianos tienen mucho que aprender del emperador Daoguang... y de Simón Bolívar.

LA ÉLITE DE COLOMBIA CONTRA BOLÍVAR⁴⁴

Nuevamente entre los intelectuales y funcionarios de la oligarquía colombiana se ha puesto de moda hablar y escribir en contra de Simón Bolívar. Atacan al Libertador para socavar las bases de nuestra nacionalidad y, de paso, intentar destruir las raíces ideológicas de la revolución venezolana. Pero, sobre todo, el ataque contra el Padre de la Patria es parte de la preparación psicológica de un escenario de guerra. Es el preludio de la embestida militar que prepara el gobierno de Colombia contra Venezuela. La élite colombiana sabe que Bolívar es un símbolo de unidad entre nuestros dos pueblos. Necesita, por tanto, deformar su imagen ante la población colombiana para, de esta manera, preparar el ambiente psicológico que propicie el odio y atice el espíritu belicista contra los venezolanos.

La dirigencia colombiana sabe que en la memoria ancestral del pueblo colombiano está presente que fueron sus antepasados junto con los nuestros los que llevaron a cabo, en 1813, la Campaña Admirable que partió de Cúcuta y culminó con el triunfo de las armas patriotas, donde tanto Ricaurte como Girardot desempeñaron un papel memorable. Sabe también que fueron, en su mayoría, venezolanos los que en 1819 atravesaron el Páramo de Pisba y pelearon en la Batalla de Boyacá para darle independencia a Colombia. El gobierno colombiano necesita borrar de la mente de la población colombiana ese recuerdo de sacrificios compartidos y convertir en enemigo al pueblo que luchó a su lado.

⁴⁴ *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 3, N° 125, del 2 al 9 de junio de 2017, p. 11, sección política.

La oligarquía santanderista sabe que en el inconsciente colectivo del pueblo colombiano está firmemente grabado que su país y el nuestro conformaron entre 1819 y 1830 una sola y gran nación, la República de Colombia (integrada por Venezuela, Nueva Granada y Ecuador). Para entonces era el más grande y poderoso Estado hispanoamericano, embrión de una gran potencia capaz de hacer frente a cualquier amenaza extranjera. La oligarquía necesita hacer olvidar a su pueblo el recuerdo de lo que significó la unión con Venezuela, para así emprender la guerra y el vandalismo contra el pueblo de Bolívar, y facilitar de este modo, el control imperial sobre nuestra tierra.

La oligarquía colombiana tiene conciencia de que al pueblo de Colombia le avergüenza el hecho de que haya sido precisamente en su patria que una banda de traidores haya atentado en septiembre de 1828 contra la vida del Libertador. Uno de los magnicidas, Pedro Azuero, llevó a tal extremo el rencor contra el Libertador que antes de morir expresó: “El único remordimiento que llevo al sepulcro es el de no haber dado muerte al tirano de mi patria”.

En vida de Bolívar los intelectuales santanderistas de la élite colombiana manifestaron gran odio contra el Libertador. Entre sus enemigos más acérrimos estuvieron: Florentino González, Francisco Soto, Vicente Azuero y Luis Vargas Tejada. Este último, lanzó constantes llamados a asesinar a Bolívar. Escribió: “Si de Bolívar la letra con que empieza y aquella con la que acaba le quitamos, ‘Oliva’ de la paz símbolo, hagamos. Esto quiere decir que del tirano, la cabeza y los pies cortar debemos, si es que una paz durable apeteceemos”.

Ahora han surgido nuevos intelectuales antibolivarianos en Colombia. Uno de los más publicitados es Pablo Eduardo Victoria, autor de las obras *Al oído del Rey* y *La otra cara de Bolívar*. En relación con el Padre de la Patria afirma:

Bolívar era un dictador cruel y sanguinario. En Venezuela se entrenaron muchos asesinos y sicarios que luego fueron a la Nueva Granada y allí las tropas venezolanas enseñaron a matar. Bolívar sitió Bogotá y ordenó a su ejército saquear y violar mujeres. Tenía una predisposición hacia la crueldad y esto le viene de familia. Ya de niño

maltrataba a los negritos. Es el responsable de una gran catástrofe humanitaria; sembró las tierras americanas de dictaduras y desolación.

Ahora bien, ¿Quién es este intelectual que de tal modo embiste contra el Libertador de Suramérica? Ha sido congresista, profesor universitario, escritor, un “doctor” al servicio de Álvaro Uribe. Dio su respaldo al movimiento neonazi autodenominado “Alianza Nacionalista por la Libertad”. En el 2013 en el acto de relanzamiento de esta organización, fue el orador de orden... junto al terrorista venezolano Lorent Salen.

Otro ejemplo del antibolivarianismo colombiano lo constituye la novela *La Carroza de Bolívar*, del escritor Evelio Rosero, en la que pretende mostrar “la historia oculta de Bolívar”. El argumento de la obra es el siguiente: un ciudadano ejemplar, Justo Pastor Proceso, paga a unos artesanos para que decoren una carroza de Carnaval en la que aparece el Libertador como un antihéroe ridículo y desalmado. Luego entra en acción una célula guerrillera integrada por fanáticos bolivarianos, la cual se propone impedir el acto de burla contra el Libertador y, además, asesinar al pacífico organizador del evento. Al final de la novela, los violentos comandos guerrilleros bolivarianos, en medio del jolgorio de las fiestas de Carnaval, avanzan disfrazados de asnos en busca del médico que se atrevió a “desmontar el mito de Simón Bolívar”. En reconocimiento a su “aporte”, la élite cultural de Colombia le otorga a Rosero ¡el premio Nacional de Novela en el año 2014!

Luego, a la campaña antibolivariana se incorporaron los caricaturistas, los cantantes, los periodistas, los políticos y los cómicos al servicio de la guerra. Repito, la razón del ataque es muy sencilla: destruyendo la imagen del Libertador en la memoria colectiva colombiana dejan preparado el terreno para la abierta confrontación contra Venezuela. Así, se predispone simbólica y emocionalmente a la población colombiana y a sus fuerzas armadas contra todo lo que tenga que ver con Bolívar, esto es: la República Bolivariana de Venezuela, la Revolución Bolivariana, el pueblo Bolivariano Venezolano y su Gobierno Bolivariano.

¿Puede haber mayor coherencia? La oligarquía colombiana equipa sus ejércitos e instala más bases militares foráneas en su territorio; sus intelectuales orgánicos les indican hacia dónde apuntar las armas; los

aparatos ideológicos del Estado denigran contra Bolívar y las multitudes manipuladas vociferan su xenofobia antibolivariana. Unos aceitan el armamento con que embestirán contra el pueblo de Bolívar; otros fabrican el odio con los que ejecutarán sus crímenes y algunos en el ejército ya se preparan para el ataque a traición.

Algo similar ocurrió en 1901. En Colombia se creó todo un escenario anímico contra nuestro país; y el 26 de julio de ese año 6 mil hombres fuertemente armados invadieron Venezuela. Ante la agresión, el presidente Cipriano Castro proclamó: “el sagrado territorio de la patria ha sido invadido por un ejército de colombianos”. De inmediato, los venezolanos salieron a dar la batalla. Nuestras fuerzas eran numéricamente inferiores, pero lucharon con bravura. Al final, los ocupantes fueron derrotados. Según un testigo: “diezmado el enemigo colombiano por todas partes y desalojado de sus trincheras, empezó a huir a la desbandada”. La misma suerte aguarda a los que hoy avivan el espíritu belicista contra Venezuela y su Libertador. Deben prepararse para “huir a la desbandada”.

A MODO DE CONCLUSIÓN: LOS VENEZOLANOS UNIDOS FRENTA A LAS AMENAZAS IMPERIALES⁴⁵

Nuevamente Estados Unidos amenazan a Venezuela. Ignoran que somos un pueblo digno que no se deja arredrar por los poderosos. Constituimos un pueblo estructuralmente unido, consciente de sus fuerzas y orgulloso de su historia.

Somos un pueblo caribe. Cuando el imperio español envió a nuestras tierras a criminales conquistadores que asesinaron millares de indígenas y destruyeron todo lo que consiguieron a su paso, los pueblos originarios caribe les respondieron con su grito de guerra: *Ana Karina Rote, Aunicon Paparoto Mantoro, Itoro Manto*, “Sólo nosotros somos gente, aquí no hay cobardes ni nadie se rinde y esta tierra es nuestra”. Nuestros pueblos originarios desarrollaron una tenaz guerra de resistencia frente al invasor, y comandados por Guaicaipuro, Paramaconi y Terepaima infringieron duras derrotas a los enemigos. Era tal el temor de los españoles a Guaicaipuro que solo mediante traición pudieron asesinarlo. El cronista de indias José de Oviedo y Baños cuenta: “Guaicaipuro, su nombre fue siempre tan formidable a sus contrarios, que aún después de muerto parecía que infundía temores su presencia”.

Somos un pueblo de libertadores. En 1818, en plena guerra de independencia de Venezuela contra España, los Estados Unidos violaron el espacio marítimo nacional, burlaron el bloqueo impuesto por los patrio-

45 *Cuatro F*, periódico del PSUV. Año 4, N° 210, del 5 al 12 de julio de 2019, p. 14, sección análisis.

tas e intentaron vender armas a los realistas haciendo uso de dos de sus naves, las goletas “Tigre” y “Libertad”. Las embarcaciones fueron confiscadas. Entonces el encargado de negocios de los EE. UU., Mr. Irvine, en tono altanero y amenazante exige a los patriotas que sus naves le sean devueltas. Bolívar le responde con firmeza (7 de octubre de 1818): “no permitiré que se ultraje ni desprecie el Gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra España ha desaparecido una gran parte de nuestra población y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende”. En otra carta (12 de octubre) le recalca: “Se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer a imperios poderosos”.

Somos zamoranos. Ezequiel Zamora (1817-1860) movilizado por profundos ideales de justicia, lidera una revolución campesina que intenta acabar con las desigualdades sociales y repartir equitativamente las tierras entre quienes la trabajan. Recoge el descontento de los campesinos, a quienes la oligarquía goda sometida al capital extranjero les había arrebatado las tierras. Partiendo de la premisa de que “los explotados forman parte de una sola familia”, enarbola la consigna “Tierra y hombres libres”, y lanza el grito que aún hoy infunde miedo a los enemigos de la igualdad social y a sus titiriteros foráneos: “¡Oligarcas, temblad, viva la Libertad!”. Expresa: “Venezuela no será patrimonio de ninguna familia ni persona. Luchamos para proporcionar una situación feliz a los pobres. No habrá ricos ni pobres, la tierra es libre, es de todos”. Y mientras Zamora vivió, el pueblo triunfó. “Zamora tenía bajo su mando, al momento de su muerte, a 23.500 soldados de los tres ejércitos federales que lo habían reconocido como jefe. Luego de Santa Inés la oligarquía caraqueña inició planes urgentes para huir hacia las Antillas”, afirma Federico Brito Figueroa.

Somos un pueblo patriota. En diciembre de 1902 bajo el pretexto del cobro de deudas, Inglaterra, Alemania e Italia bloquearon con buques de guerra las costas de Venezuela. Para entonces sólo existía la indigna Unión Panamericana, antecesora de la OEA, que no hizo nada en defensa de Venezuela. Pero el presidente Cipriano Castro (1858-1924) respondió con un enérgico discurso: “La planta insolente del extranjero ha profana-

do el suelo sagrado de la patria”. De inmediato los que amaban la Patria, cesaron en sus diferencias y se unieron. El pueblo salió a la calle a respaldar al gobierno y a repudiar a los invasores. Se organizaron las milicias populares. Más de 100 mil venezolanos se alistaron como voluntarios. El doctor José Gregorio Hernández estuvo entre los primeros.

Somos un pueblo chavista. Recogemos el sempiterno espíritu de lucha del pueblo contra el opresor. Estamos convencidos de que, en medio de las turbulencias, el momento de la victoria definitiva ha llegado. “Si yo me callo, gritarían las piedras de los pueblos de América Latina que están dispuestos a ser libres de todo colonialismo después de 500 años de coloniaje”, manifestó el Comandante Eterno. Su vida y su obra la dedicó a construir la unidad de nuestros pueblos para no legarle un nuevo coloniaje a las generaciones futuras. Insistió: “Ante esta circunstancia de nuevas dificultades –del tamaño que fueren– la respuesta de todas y de todos los patriotas, los revolucionarios, los que sentimos a la Patria hasta en las vísceras es ¡unidad, lucha, batalla y victoria!”.

Somos caribes en pie de lucha. Heredamos el sentido de Patria del Libertador, la noción geopolítica de Cipriano Castro, la estrategia para el triunfo de Zamora y las convicciones unitarias de Hugo Chávez. Amamos nuestra Patria. Es lava ardiente la que corre por nuestro pecho. Tenemos dignidad y bríos. Confiamos en nuestra capacidad de resiliencia y en nuestra habilidad para pasar a la ofensiva. Estamos seguros de que más temprano que tarde alcanzaremos la victoria: en nuestro patriotismo radica nuestra fuerza; en nuestra disposición a seguir unidos, la clave de nuestros logros; en nuestra Historia, el espíritu que nos moviliza; en nuestra táctica de lucha, nuestro poder; y en el ímpetu de nuestro pueblo, la invencibilidad de nuestra Causa. “Dios concede la victoria a la constancia” asegura Bolívar. Así que... ¡no nos amenacen!

Bolivarianismo versus Monroísmo

CONTRAPUNTEO ENTRE LA DIGNIDAD Y EL INJERENCISMO

Nuevamente el gobierno de Estados Unidos amenaza a Venezuela y pretende someternos. Ignora que somos un pueblo digno y rebelde. La base fundamental de nuestra dignidad y la fuente de inspiración de nuestra rebeldía la constituye el legado del Libertador, quien se ha erigido en símbolo de emancipación continental. Enfrentado al bolivarianismo surgió el monroísmo, doctrina injerencista e imperial, preconizada por la élite plutocrática de Estados Unidos y por las oligarquías que gobiernan sus protectorados en Latinoamérica.

A lo largo de la historia republicana ha habido un contrapunteo entre ambos proyectos. El bolivarianismo defiende la independencia, la soberanía nacional, la autodeterminación de los pueblos, la integración suramericana, los programas de justicia social. El monroísmo, por el contrario, promueve la dependencia, el injerencismo, la desigualdad, la injusticia. Son dos proyectos opuestos en permanente pugna. Es el forcejeo entre EEUU, una nación poderosa que pretende arrebatarnos nuestras riquezas, someter a nuestros pueblos, controlar nuestros gobiernos e imponernos su cultura, contra los herederos del Libertador, quien nos ha legado una doctrina, el bolivarianismo, que es bandera de independencia, autodeterminación, soberanía, identidad cultural, unión nacional, autoestima colectiva y justicia social. ¡Y en esa confrontación los bolivarianos venceremos!

C O L E C C I Ó N B O L Í V A R X X I

José Gregorio Linares

Desde los inicios de su carrera se ha dedicado a la docencia e investigación, así como a la escritura de artículos en diversos medios impresos. Actualmente es doctorante del Programa Nacional de Formación Avanzada en Historia en el Centro Nacional de Historia. Se desempeña como profesor en la Universidad Bolivariana de Venezuela y en la Escuela Venezolana de Planificación, y es Director adjunto de la Oficina del Cronista de Caracas. Entre sus obras más destacadas se encuentra: *La utopía posible* (2013); *Nuestra América: pasado comunitario, porvenir socialista* (2014); *¡Bolívar Vive!* (2018). A nivel radial es autor del programa “Un minuto con nuestra historia”.

Centro de Estudios

**Simón
Bolívar**

